



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA

“¿Quién cocina en esta casa?”

Fricciones y acomodados a roles hegemónicos de las mujeres campesinas dentro del espacio doméstico

Paula Andrea Náñez Encalada

Universidad Nacional de Colombia

Facultad de Ciencias Humanas

Bogotá, Colombia

2020

“¿Quién cocina en esta casa?”

Fricciones y acomodados a roles hegemónicos de las mujeres campesinas dentro del espacio doméstico

Paula Andrea Náñez Encalada

Trabajo de investigación presentado como requisito parcial para optar al título de:

Magíster en Estudios Culturales

Director:

Ph. D. Oscar Iván Salazar Arenas

Universidad Nacional de Colombia

Facultad de Ciencias Humanas

Maestría en Estudios Culturales

Bogotá, Colombia

2020

Las mujeres de mi sangre

No conozco (no conocí) sus caras.
Tan sólo ésta, la de la abuela paterna,
cuyos ojos, en la fotografía
—tan fijos e impertérritos—,
poco revelan.
Tampoco sé sus nombres.
Y sin embargo,
mi pulso, el palpito de antiguos despertares,
este tejido lleno de nudos mal atados
que es mi pequeña vida,
me hacen adivinar
(en ellas, las mujeres de mi sangre)
una larga cadena de temblores.
Puedo intuir la náusea
—torva mancha en la sábana de sus amaneceres—,
la insoportable
lucidez de sus tardes,
su pesadumbre, cerrada como un bosque,
y la oscura violencia del deber de ir viviendo día a día.
Mientras amaso el barro de mis desasosiegos
puedo también palpar su resistencia
y escuchar su callada pelea con sus sombras.
(Mi hija duerme.
Y en sus pestañas todavía hay lágrimas.)

Piedad Bonnett

Agradecimientos

Especialmente a cada una de las mujeres que generosamente me permitieron entrar a sus casas y dejaron que su tiempo fuera invadido por un momento con mis preguntas. A los hombres que también hicieron parte de esta investigación, por ser una muy cálida sorpresa. A las mujeres de mi familia que me contaron sus historias, a las que me acompañaron en mis visitas a Felidia y a las que ya no están aquí pero que viven en mí. A mis padres y a mi hermano por su apoyo sin descanso.

También quiero agradecerle a mi director de tesis por su acompañamiento generoso, cuidadoso y sensible, muy importante para mí y para esta investigación. A mis compañeros de la maestría, porque en clase siempre escuchaban atentamente mis avances y retrocesos, sobre todo a las amigas que conocí aquí, por todas las veces que nos sentamos a comer y escuchaban lo que quería decir de esta tesis. A la Maestría en Estudios Culturales de la Universidad Nacional y sobre todo a la universidad pública que me ha permitido estudiar lo que he querido. *La educación del pueblo no se vende, ¡se defiende!*

Resumen

Esta investigación toma lugar en zona rural de la ciudad de Cali y explora desde una práctica específica: hacer de comer, la experiencia de las mujeres mayores campesinas frente a representaciones hegemónicas de género. Estas acciones, en el espacio doméstico, son ambivalentes y a veces se dibujan como acomodados o adaptaciones; y otras como fricciones o quiebres. De manera que son fisuras que se introducen en órdenes patriarcales no del todo monolíticos. Esta tesis, en ese orden, describe las complejidades y las tensiones de la experiencia cotidiana de las mujeres, los micropoderes y las capacidades de acción en sus vidas cotidianas, con sus familias y dentro de sus viviendas.

La búsqueda de estas fricciones y acomodados se realizó a través de tres ejes transversales y estructurantes: el estudio y análisis del espacio doméstico -la cocina-, la vida cotidiana y una práctica específica: hacer de comer. Sabemos muy poco sobre la vida doméstica campesina y sobre la vejez de las mujeres campesinas porque las investigaciones sobre campesinos tienden a concentrarse en la dimensión de la economía o la política entendida de una manera relativamente tradicional y desde unas identidades que se muestran colectivas y más homogéneas, insertas en procesos históricos concretos. Es especialmente sugerente el llamado que los Estudios Culturales hacen a investigar sobre la vida cotidiana de las personas y su articulación con y en la cultura, para entender las relaciones de poder que se configuran desde y a través de lo político, lo económico y lo histórico. En esta investigación se rastrean unas prácticas que se construyen desde las posiciones que ocupan las mujeres en el contexto en el que viven y las relaciones de poder en las cuales están inmersas, de manera que influyen las diferentes formas de capital económico, social, cultural y simbólico.

Palabras clave: vida cotidiana, espacio doméstico, representaciones hegemónicas, mujeres campesinas, fricciones y acomodados.

Abstract

This research takes place in a rural area of the city of Cali, Colombia and explores the experience of older peasant women in the face of hegemonic representations of gender from an specific practice: home cooking. These actions, in the domestic space, are ambivalent and sometimes portrayed as agreement or adaptations; and others like frictions or fissures. So, these fissures are introduced into patriarchal orders that are not monolithic. This thesis, in that order, describes the complexities and tensions of women's daily experience, the micropowers and capacities for action in their daily lives, with their families and within their homes.

The search for these frictions and adaptations was carried out through three transversal and structuring axes: the study and analysis of the domestic space -the kitchen-, the daily life and a specific practice: home cooking. We know very little about the domestic life and the old age of peasant women because research on peasants tends to focus on the economic or politic dimensions understood in a relatively traditional way and from identities that are collective and more homogeneous, inserted in concrete historical processes. It is especially suggestive the call that Cultural Studies make to investigate the daily life of people and their articulation with and within the culture, to understand the power relationships that are configured from and through the political, economic and historical dimensions. This research traces some practices that are built from the positions that women occupy in the context in which they live and the power relations in which they are immersed, in a way that they influence the different forms of economic, social, cultural and symbolic capital.

Keywords: daily life, domestic space, hegemonic representations, peasant women Colombian, friction and adaptations.

Contenido

Introducción	1
Nota 1. Una preocupación íntima	1
Nota 2. Fricciones y acomodos	3
Nota 3. Estas mujeres y no otras.....	6
Nota 4. Las señoras.....	9
Nota 5. Aspectos metodológicos y orden del texto	11
Nota 6. Sobre la escritura.....	16
Nota 7. Pertinencia de los Estudios Culturales.....	17
1. Historias de casas y cocinas. Una asociación de las mujeres con los espacios.	19
1.1. La casa compartida. Decisiones de dónde vivir y el papel de las mujeres.	20
1.2. “Yo me casé en 1951 o 52... Me parece que en el 51”.	23
1.3. La casa propia. Cuando ellas deciden dónde vivir.....	31
1.4. La construcción de la cocina. Decisiones en la construcción del espacio.....	33
1.5. La cocina es un espacio dinámico.	39
2. “Cada cual sabía lo que le tocaba hacer”. Formas de hacer de comer: las labores domésticas y su reparto	44
2.1. Formas de hacer de comer.....	44
2.2. Una cadena de delego en las labores de la cocina.....	48
2.3. “Uno viendo aprende”.....	52
2.4. “Es que son más cosas que sólo cocinar”	56
2.5. “En la casa manda es la mujer”. El gobierno femenino.....	66
3. “Yo le cocino igual que una mujer”. Los hombres en las cocinas: el hacer desvirtuando estereotipos	69
3.1. El que ayuda. El rol de los hombres en la cocina.....	69
3.2. “Cuando el muerto tiene quien lo cargue se vuelve pesado”	81
4. “Al final uno se cansa”. Hacer de comer hoy: tensiones y continuidades	90
4.1. “Es que la verdad uno se cansa”.	90
4.2. Las cocinas y los objetos hoy.	94
4.3. “Ya de 60 para arriba la gente comienza a sufrir achaques”	104
4.4. Menos presión sobre roles hegemónicos. Reflexiones en la vejez.	109
Comentarios finales	116
Bibliografía	124

Lista de imágenes

Ilustración 1. Una cocina	34
Ilustración 2. Mapa del trabajo doméstico	62
Ilustración 3. Objetos	96
Ilustración 4. Objetos	97
Ilustración 5. Objetos	98
Ilustración 6. Objetos	99
Ilustración 7. Objetos	

Créditos de ilustraciones: Alejandro Libreros <https://www.behance.net/alejolibreros>

Introducción

Nota 1. Una preocupación íntima

Estudiando comunicación social tomé una materia sobre cine negro. Ahí analizábamos el género cinematográfico, sus códigos, el tratamiento visual y la naturaleza de sus personajes. Vimos muchas películas, entre esas la trilogía de El Padrino (1972). La famosa película de Francis Ford Coppola sobre Vito Corleone, jefe de la mafia italo-estadounidense. Los hijos de Corleone se hacen mayores y siguen los pasos de su padre. Al Pacino es uno de sus hijos, el personaje que interpreta, Michael Corleone, se casa con Diane Keaton que es Kay Adams. Las tres películas tienen escenas fuertísimas: el asesinato de uno de los hijos de Corleone, acribillado en el peaje de una carretera; la recreación de la matanza de San Valentín; el atentado a Vito Corleone y así otras más. Hay mucha sangre, hombres siendo asesinados por hombres, es una película de gánsters. Sin embargo, me referiré a una escena: Kay está embarazada por tercera vez. Mientras Michael escala en la mafia, y está convencido de que todo marcha bien en el “trabajo” y en la familia, Kay está preocupada por tener otro hijo en una familia de criminales, sintiendo que cada día ama menos a Michael y con una vida que no quería para ella. Kay decide abortar en silencio. Cuando Michael regresa de un viaje a Cuba se da cuenta que ha perdido a su hijo y le pide perdón a Kay, pues para él todo ese mundo mafioso, los atentados contra la familia y su poca presencia en casa, hizo que ella estuviera muy alterada y perdiera al bebé. Que olviden todo, que lo superarán y tendrán otro hijo. Kay lo enfrenta: “Oh Michael, you are blind... It was an abortion”. Recuerdo que lo primero que pensé fue que la iban a matar. Abortó el hijo del futuro jefe de la mafia, un nieto de Vito Corleone. Ella sabía el riesgo que corría. Sabía que ese hijo le pertenecía a la familia de mafiosos, incluso más que a ella. La escena continúa y Kay sigue diciendo: “Fue provocado, Michael, y además era un varón. Un varón que yo asesiné para poner fin a toda esta basura”. Ella, que en ese universo criminal no tenía mucho poder y vivía recluida con sus hijos en la casa ante la amenaza constante de atentados por la mafia, había tomado una decisión. Había

decidido sobre su suerte y su propio cuerpo. Se había ido contra Michael y contra lo que se esperaba de ella como mujer y como madre, en un universo criminal y de una fuerte tradición patriarcal.

A diferencia de las mujeres en la película de Coppola, yo crecí en una familia de origen campesino donde las figuras femeninas no han sido relegadas y al contrario, son protagonistas. Una de las figuras más emblemáticas y los relatos más sobresalientes recaen sobre mi bisabuela: María Galindo, quien nació en 1894 en el Cauca, y que llegó muy joven a Felidia, un pueblo de Cali. Con ella inicia nuestra historia. En la película de Coppola, Vito Corleone es la figura inaugural, en cambio en la familia nuestra es mi bisabuela. La presencia de mi bisabuelo, por otro lado, es difusa y marcada por una muerte temprana que dejó a mi bisabuela soltera para casi toda la vida, a cargo de sus hijos y de una finca que ella mantuvo en pie hasta su muerte. Sin embargo, y aunque el universo de mi bisabuela no es siquiera parecido al personaje de ficción que interpretó Diane Keaton en *El Padrino*, hay algo que las conecta. Mi bisabuela no vivió en un ambiente de la mafia italiana, pero sí en uno que esperaba de ella ciertos comportamientos, unas “virtudes” femeninas y una suerte de acciones que ella debería realizar por ser mujer. Pero también he escuchado relatos sobre ella donde, como Kay, son evidentes sus intenciones por torcer ciertas ideas que “debería” haber reproducido en un momento histórico preciso. Prácticas micro y cotidianas que emergían de un malestar espontáneo. En su finca, su cocina y habitación; desde las relaciones que establecía con sus hijos e hijas y con el resto de su familia.

Este es un asunto transversal a la experiencia de muchas mujeres, que pasa por las películas y la ficción, se refuerza y se cuestiona en los relatos del cine, de la literatura y de las mismas familias, en la ciudad y en el campo. Relatos parecidos se pueden encontrar en muchas de las figuras femeninas de otras familias. En épocas donde abortar era impensable y la maternidad un deber, ¿cuántos relatos hemos escuchado de mujeres que utilizaban métodos de planificación ideados del voz a voz, cuando las pastillas anticonceptivas no existían y su alcance era sólo urbano y para una cierta clase social?, ¿o mujeres que ante la negativa de sus esposos a que ellas trabajaran lo

hacían, aunque fuera a escondidas; y madres cubriendo a sus hijas ante alguna forma de rebeldía sexual?

Pero estas experiencias no están necesariamente cerradas ni implican una liberación completa a los modelos hegemónicos con los que hemos crecido las mujeres. Los relatos que escuché de mi bisabuela en el campo describen a una mujer que por ejemplo, le exigía a sus hijos que aprendieran las labores domésticas que se realizaban en la casa, en procura de que fueran autosuficientes y colaboraran con la carga del trabajo doméstico. Pero a su vez, le pedía a sus hijas que aprendieran a planchar muy bien las camisas, con suficiente almidón, de manera que en el futuro sus esposos no salieran a la calle mal vestidos. Kay Adams, por ejemplo, el personaje ficticio de *El Padrino*, luego de decirle a su esposo que había decidido abortar y de imponerse, le dice que ella sabe que estuvo mal, que fue un asesinato, que es una aberración. Se termina juzgando, se descalifica y se culpabiliza. Estas acciones, que toman lugar en el espacio doméstico, son ambivalentes y a veces se dibujan como acomodados o negociaciones. Esta tesis, por su parte, describe las complejidades y las tensiones de la experiencia cotidiana de las mujeres, los micropoderes y las capacidades de acción en sus vidas cotidianas, con sus familias y dentro de sus viviendas.

Nota 2. Fricciones y acomodados

Crecí viendo y escuchando mujeres oponerse a lo que se esperaba de ellas por ser mujeres, madres, esposas, jóvenes o viejas. Unas veces oponiéndose, pero muchas otras adaptándose y naturalizándolo. Mientras las mujeres hacen ciencia partiendo de sentencias sexistas, o cuando repiten un chiste que subraya las relaciones tradicionales de género, por poner un ejemplo, se descubre su participación en apoyo al sistema mismo. Una consolidación del poder que las subyuga. Así como las familias patriarcales también dependen de mujeres (madres, abuelas, tías) para mantener el control sobre las niñas y jóvenes (Castellanos, 2003). No se trata de volver a las mujeres oprimidas las primeras responsables de su opresión. “Se trata más bien de señalar que las relaciones de desigualdad y dominación no pueden perpetuarse sin

incorporar de manera parcial las demandas de reconocimiento y justicia de aquellos sobre los que se ejerce” (Yie, 2015, pág. 145).

Sin embargo, los subordinados y subordinadas no son sólo actores que contribuyen a agenciar su propia dominación, sino que se resisten de múltiples maneras a la subyugación que padecen. Dice Gabriela Castellanos que “las estructuras de poder se reacomodan, tratando de asimilar y así de neutralizar cualquier resistencia, pero ese mismo esfuerzo por cooptar o por contrarrestar la oposición implica desplazamientos que tarde o temprano producen grietas en las estructuras existentes, grietas que pueden ir agrandándose” (Castellanos, 2003, p. 47). Además de las formas de resistencia más fácilmente identificables y visibles, como los esfuerzos de los movimientos sociales organizados, la resistencia también puede practicarse desde el habla, la forma de vestir, el uso y la relación con el espacio y otros comportamientos simbólicos. Se pueden ver formas de resistencia en actividades diarias: prácticas de evasión, fingir ignorancia o acuerdo, el sabotaje, la burla, el secreto. En su trabajo sobre sociedades campesinas, James Scott (2011) introdujo los conceptos de formas cotidianas de resistencia y micro política. Estas técnicas de resistencia bajo perfil evitan la confrontación directa y toman formas encubiertas. Scott plantea que los grupos subordinados producen un “discurso oculto” como crítica al poder. “Estas resistencias, en gran parte puestas en juego en el escenario de los saberes y los discursos, no son siempre evidentes, ni aún deliberadas, pero sí alcanzan, mediante un efecto momentáneo o acumulativo, una cierta eficacia” (Castellanos, 2003, p. 47).

Algunas investigaciones sobre esta temática han estudiado la forma en que las mujeres enfrentan y resisten la violencia en sus vidas íntimas (Valle, 2011). En éstas se mencionan prácticas de resistencia individuales no organizadas, que permiten rastrear un papel activo de las mujeres que se oponen, resisten y critican el poder ejercido por sus parejas; sin embargo, hablan desde contextos límite que no son los mismos para mi investigación. Otros estudios abordan las resistencias de las mujeres centrándose en los movimientos sociales y comunitarios, los movimientos de participación feminista, resistencias respecto a la maternidad que producen cambios

en las representaciones sociales, las decisiones políticas respecto a su orientación sexual y otros desde la resistencia cotidiana de las mujeres en contextos en guerra (Luna, 1992; Lamus, 2009; Murillo, 2012; Grisales, 2015; Muñoz, 2016; Salvo, 2017). Las formas de resistencia en estas investigaciones plantean un discurso político deliberado y organizado colectivamente.

La compilación de investigaciones que hacen Larracochea y Portocarrero (2016) en Nicaragua, analiza historias de resistencia y subversión frente a los estereotipos bajo los que se encasilla a mujeres y hombres. Y plantean cómo las resistencias que practican las mujeres se tornan diferentes respecto al nivel económico, cultural, generacional o de orientación sexual. De otro lado, las investigaciones sobre las resistencias de las mujeres en zonas rurales en nuestro país se concentran en el contexto del conflicto armado colombiano y su papel como gestoras de paz frente a diversos actores: guerrillas, paramilitarismo y Estado (Zuluaga y Arango, 2013; 2017; Arias-López, 2015; Centro Nacional de Memoria Histórica, 2015; Bautista y Bedoya, 2017).

Sin embargo, en este panorama de investigaciones, y en general en los estudios feministas y críticos sobre resistencias de las mujeres, existe una tendencia hegemónica a pensar que el concepto resistencia es el mejor término para hablar de las prácticas que no se alinean con la dominación patriarcal, como si se tratara de un juego de opuestos extremos, sin matices ni zonas grises. Me propongo discutir si el concepto *resistencia* describe los casos que me interesa estudiar. Y cuestionar un concepto que se volvió hegemónico en la academia cuando se habla de poder. Para este proyecto de investigación me pregunto ¿cómo en la vida doméstica se configuran prácticas femeninas de resistencia al modelo hegemónico patriarcal? Si es que éstas se dan y si se presentan bajo la idea precisamente de resistencias. Me interesa que esta investigación vuelva la mirada sobre prácticas femeninas en el espacio doméstico para dejar que éstas nos enseñen las complejas relaciones existentes en las estructuras de poder que cambian a lo largo de la historia. De manera que sean fisuras que se introducen en órdenes patriarcales no del todo monolíticos.

Nota 3. Estas mujeres y no otras

Para esta investigación propongo como escenario la zona rural de la ciudad de Cali, en el corregimiento de Felidia, ubicado al occidente de la ciudad, compuesto por siete veredas y con una población aproximada de 1.950 habitantes. Es el cuarto corregimiento en extensión de la zona rural de Cali. Tuvo una tradición fuerte en producción agrícola, sobre todo cultivos frutales y plantas aromáticas y medicinales, que se ha disminuido con los años. Felidia es el pueblo donde nació mi bisabuela, donde vivieron mi abuela y mis tías, y donde aún viven algunas primas mayores y otras de una generación igual o cercana a la mía. En esta investigación decidí ir tras el rastro de mujeres de origen campesino. Pero no desde una ruralidad en abstracto. Si iba a hablar de mujeres, lo haría de aquellas que conozco, con las que estoy familiarizada. Tendrían que ser entonces mujeres de origen rural, socializadas en ambientes rurales. No porque no pudiera hablar de otras, sino que como investigadora era de ellas de quienes tenía la necesidad de hacerlo. Decidí trabajar con mujeres de Felidia porque con esta investigación iba también tras el rastro de las mujeres de mi familia. Casi todas las mujeres con las que realicé esta investigación tuvieron algún vínculo con ellas, habían sido amigas de mi abuela, habían conocido a mi bisabuela y habían compartido con mis tías cuando ellas apenas eran unas niñas. Algunas otras pertenecen a mi familia, a quienes conocí personalmente en el desarrollo de esta investigación. Sus relatos me permitieron elaborar interpretaciones también a partir de mi experiencia personal y de lo que viví en mi infancia y adolescencia. En mi motivación íntima para la realización de esta investigación está mi historia personal, que es la historia de las mujeres de mi familia. Las relaciones familiares son un escenario privilegiado para entender un concepto como el género o las relaciones de género, “viendo cómo se relacionan padre y madre, hermano y hermana, es donde observamos desde la infancia el significado concreto de este término” (Castellanos, 2003, p. 42). Tal vez a Castellanos le faltó agregar que también podemos observar su significado concreto al devolernos en las historias de nuestras abuelas y madres, nuestras tías o primas mayores.

En esta investigación estoy rastreando unas prácticas que se construyen desde las posiciones que ocupan las mujeres en el contexto en el que viven y las relaciones de poder en las cuales están inmersas, de manera que influyen las diferentes formas de capital económico, social, cultural y simbólico. Por lo tanto, las prácticas de resistencia de mujeres en contextos rurales serán distintas, por ejemplo, a las de las mujeres que vivan en la ciudad, que tengan un grado diferente de escolaridad, o por condición de raza, edad, clase o etnia. En esa medida, también estarán expuestas a distintos grados y tipos de opresión patriarcal.

Algunas investigaciones en antropología, historia y trabajo social se han dedicado al estudio riguroso del tema de la familia y al rol de hombres y mujeres. Son numerosas las investigaciones que han caracterizado la multiplicidad de modalidades familiares en Colombia desde su diversidad geográfica, cultural y social (Gutiérrez de Pineda, 1968; 1998; 2005). Numerosas son también las autoras que han descrito y analizado las transformaciones de las familias colombianas a lo largo del siglo XX (Echeverry, 1998; Puyana, 1998, 2003; Gutiérrez de Pineda, 2003; Pachón, 2007). En general, en estas investigaciones se hace énfasis a los conflictos y cambios históricos en los roles de mujeres y hombres, nuevas tipologías de familias, cambios en la composición y estructura de los hogares, el aumento de la jefatura femenina, la tendencia a una nueva distribución de roles por género, entre otros. En muchas de las investigaciones predomina el análisis desde contextos urbanos, sectores populares y por generación, destacándose en número los estudios sobre juventud y embarazo adolescente. De las mujeres campesinas se reflexiona sobre su emancipación ubicándolas en el proceso de migración a las ciudades y al vincularse al mercado laboral, lo que les ha otorgado independencia económica y con ello, se dice, una equidad en la jefatura del hogar. Pero esta visión deja por fuera otros procesos emancipatorios que suceden en el campo, dentro de sus hogares. Además, se podría asumir una interpretación que supone una cierta pasividad de estas mujeres que se rompe al llegar a las ciudades. En el caso de mi investigación, ésta se centra en el vacío que han dejado estos estudios sobre la familia y especialmente sobre el rol de la mujer campesina, no vinculada a la

migración a las ciudades, y se detiene en las transformaciones desde su permanencia en el contexto rural y desde el espacio doméstico y cotidiano.

El término *campesino* evoca una identidad asociada a un oficio: el de cultivar la tierra. También podría decirse que hace referencia a una identidad de clase, pues evidencia un posicionamiento dentro de la división del trabajo. Siguiendo la investigación de Molina (2015), ella dice que además implica una ubicación espacial, pues es un oficio que se desarrolla en un contexto geográfico específico. Se asocia además, dice la investigadora, con un modo de vida que, “por su sencillez, se asume un tanto alejado de la “modernidad”, con unas costumbres que se idealizan como ajenas al consumismo y sus avatares” (Molina, 2015, p. 7). Sin embargo, continúa la autora, todas estas categorizaciones no son más que representaciones homogenizantes, una lista de códigos que esencializan, totalizan y reducen la identidad de las personas que se reconocen así mismos como campesinos. Esta serie de códigos, además, desconoce cómo las personas permanentemente reconfiguran sus modos de ser y relacionarse, desconoce las variaciones contextuales, y sitúa de manera unívoca las diversas maneras de ser, sentir, pensar y hacer (Molina, 2015). Mi interés no es abarcar todo el conocimiento, ni descifrar todos los aspectos de la vida cotidiana de las mujeres campesinas en el Valle del Cauca. Su propósito es más sencillo, si se quiere más posicionado. Parte de una preocupación personal por comprender cómo es que se relacionan las mujeres de origen campesino, en Felidia, zona rural del Valle del Cauca, consideradas por ellas mismas como mujeres del campo diferenciándose de las mujeres de origen urbano, con las representaciones hegemónicas de lo que se espera de ellas por ser mujeres.

Varias investigaciones recopiladas desde el campo de la historia, la antropología y la sociología abordan el tema del campesinado colombiano desde el desarrollo económico y su estructura agraria. Existe amplia información sobre investigaciones y autores que examinan procesos históricos del agro, especialmente desde los conflictos entre propietarios, trabajadores del campo y Estado. Estos conflictos se evidencian en temas como la concentración y tenencia de tierra, inequidad en la propiedad, y en

unos periodos históricos precisos correspondientes a la segunda mitad del siglo XX y finales de la primera década del XXI (LeGrand, 1988; Moncayo, 2008; Florián 2013; Yie, 2015). También hay un compilado importante que analiza el problema del agro desde la lucha campesina por la tierra y el surgimiento de movimientos sociales de campesinos en el contexto del conflicto armado, con el auge del paramilitarismo y las guerrillas (Ramírez, 2001; Pérez, 2010). Las investigaciones sobre mujeres en zonas rurales están dirigidas a su empoderamiento en el desarrollo de las economías campesinas y cuestionan el desconocimiento sistemático por parte del Estado de los intereses de las mujeres campesinas, sus roles y potencialidades al pensar cambios y transformaciones estructurales (Ospina, 1998; Villarreal, 2004).

Aunque la información es extensa y comprende varios enfoques, sabemos poco sobre la vida doméstica campesina; los estudios que tocan el tema se centran en la historia de la vida privada, usualmente en ámbitos urbanos. Sabemos también muy poco sobre la vejez de las mujeres campesinas, porque las investigaciones sobre campesinos tienden a concentrarse en la dimensión de la economía o la política entendida de una manera relativamente tradicional y desde unas identidades que se muestran colectivas y más homogéneas, insertas en procesos históricos concretos.

Nota 4. Las señoras

Me interesa rastrear estas prácticas en mujeres mayores de 60 años. Estas fricciones y formas de poder son históricamente cambiantes y al hablar con mujeres mayores se pueden rastrear las transformaciones y las maneras como ellas las han asumido a lo largo de sus vidas. Alguna vez en una clase de la maestría una profesora me hizo una crítica respecto a nombrar a las mujeres de esta investigación como *señoras*. Entiendo la crítica de la profesora por las connotaciones del término: a las mujeres casadas se les llama por *señora*, de otro modo serían *señoritas*, que tiene además una carga positiva dentro del orden patriarcal. *Señora* está referido a un estado, según sea o no esposa de alguien y/o a razón de la edad. Decido usar ese término, e incluso también la palabra *doña*, por dos razones: la primera es que ellas mismas utilizan ese término

naturalmente en sus vidas cotidianas. La reflexión feminista sobre el término “señoras” proviene de un contexto cultural diferente al de las mujeres campesinas con las que trabajé, y en ese sentido, sería epistémicamente violento imponerles otra terminología feminista, de orden académico-burgués-urbano y hacerlas hablar como no hablan. De otro lado, el término señora denota una edad y en las mujeres jóvenes algunas veces genera cierta incomodidad pues tiene la connotación del envejecimiento. Por eso a veces parece que el término *niña* para las mujeres parece que fluyera más cómodamente, aunque infantilice y desconozca que somos mujeres *adultas* y lo que eso conlleva. Cuando me propuse esta investigación quería traer de protagonistas a las mujeres mayores. Hemos aprendido mucho de filósofas, sociólogas, antropólogas, fotógrafas y pintoras feministas. Muchas Simones, Luz Gabrielas, Emmas, muchas Maras, muchas Déboras. Las hemos leído, estudiado y admirado profundamente. Pero también están las mamás nuestras, las abuelas, esas tías que tiempo atrás se negaron a casarse, o se casaron con el que querían y no con el que les tocaba. Primas que ya son ancianas, que estudiaron lo que quisieron, que montaron a caballo y usaron pantalones cuando sólo usar falda era bien visto; que tuvieron negocios propios y que no se quedaron con esposos abusivos porque no creían que el amor tenía que ser para siempre.

En esta investigación intento rastrear fisuras o quiebres en los roles hegemónicos. En el caso de las mujeres entrevistadas, la vejez permite romper esos roles hegemónicos por la perspectiva que da sobre la vida, porque las experiencias acumuladas se vuelven una fuente de saber. Este proyecto va en contravía de algunas teorías gerontológicas donde han primado representaciones de la vejez asociadas al deterioro y la fragilidad. Hombres y mujeres mayores como sujetos pasivos con menos recursos que ofrecer en el intercambio social. Persisten prejuicios científicos que han construido un sentido común negativo para explicar la vejez y el envejecimiento (Camacho, 2016). De manera contraria, este proyecto busca recuperar los saberes de las mujeres mayores y las maneras como han afrontado sus vidas al ser mujeres, amas de casa, madres, esposas e hijas.

Finalmente, a pesar de que este trabajo no se enmarca en una investigación de corte histórico, muchos de los relatos abordan una época clave en la historia de las mujeres. Los complejos y profundos procesos vividos por la sociedad colombiana a finales del siglo XIX y a lo largo del XX impactaron y transformaron las estructuras y dinámicas familiares, y con ellas el papel de las mujeres en esta época. Las mujeres empezaban a intervenir seriamente en el ámbito masculino, lo que generaba indignación y resistencia en los círculos sociales más conservadores, y a la vez admiración y respeto entre los sectores progresistas del país (León, 1995; Echeverry, 1998; Pachón, 2007). Los estudios alrededor de esta problemática, sin embargo, se concentran en las experiencias de mujeres en ámbitos universitarios, profesionales, empresariales y obreros y poca exploración de las mujeres en el sector rural y en la cotidianidad de sus viviendas.

Nota 5. Aspectos metodológicos y orden del texto

La búsqueda de estas fricciones y acomodos la realicé a través de tres ejes transversales y estructurantes: el estudio y análisis del espacio doméstico -la cocina-, la vida cotidiana y una práctica específica: hacer de comer. Iba a estudiarlo en lo cotidiano, pero eso podría significarlo todo. Había que enfocarlo. En la escritura del proyecto de investigación tenía planeada la búsqueda en las historias de vida de las mujeres deteniéndome en hitos importantes: el matrimonio, la crianza de los hijos y finalmente cuando los hijos se van. Sin embargo, al empezar la recopilación de información el mismo campo arrojó tres momentos principales enfocados en una misma práctica: hacer de comer. Uno referido a sus casas y cocinas, que se inicia con sus matrimonios y centrado en el espacio; un segundo momento centrado en las formas de hacer de comer y un último que se concentraría en sus formas de cocinar hoy, al hacerse mayores. En medio de la investigación, y a partir de los relatos de las señoras, apareció un cuarto momento, que se refería a *los hombres en la cocina*. Al rastrear las fricciones de las mujeres dentro de la acción cotidiana de cocinar, en sus relatos y en nuestros encuentros, apareció la figura de sus esposos que además, mostraba unos ciertos matices y unas fricciones que no había contemplado sino en

ellas. Como aparecían constantemente, se hizo necesario un capítulo centrado ahí la atención, de manera que resultó en una invitación a asociar prácticas cotidianas y tan feminizadas como hacer comer, también con el universo de los hombres campesinos y descubrir fricciones y acomodados a las narrativas impuestas desde el género. Estos cuatro momentos estructuran el texto que presento aquí. Esta estructura responde además a una noción temporal, pues las dos primeras partes hacen referencia al pasado y las dos últimas se instalan en el presente.

No existen muchas investigaciones sobre el espacio doméstico en zonas rurales de nuestro país. Algunas investigaciones desde el campo de los Estudios Culturales y de género, la arquitectura y la sociología, buscan comprender el proceso de autoconstrucción de las viviendas rurales como base para la configuración de la vida doméstica y de las relaciones sociales y sus conexiones simbólicas (Quintero, 2018). Otras se orientan por la apropiación del espacio rural pero desde una concepción general y amplia del mismo: la vereda, la plaza del pueblo; con una perspectiva de género y enfocado más en el espacio público (Riveros, 2010). También se encuentran estudios centrados en la descripción de las condiciones habitacionales de hombres y mujeres campesinas, las funciones de la vivienda campesina, la naturaleza de las construcciones, su carácter funcional y práctico (Fals Borda, 1956) y otras en esa misma línea pero acentuando los efectos de fenómenos como el conflicto armado colombiano y el abandono de las viviendas campesinas, como una consecuencia del desplazamiento forzado (Padilla, 2008). Pero no existe mucho material sobre la cocina y las mujeres campesinas haciendo de comer, espacios tradicional e históricamente configurados para ellas. La cocina era pues, a partir de la información que arrojaba el campo, un lugar estratégico para recolectar la información pertinente, mucho más que otros lugares.

En el desarrollo de la investigación se realizaron entrevistas semiestructuradas y de respuestas abiertas, que fueron la fuente principal de información. El resto del material etnográfico corresponde a diarios y notas de campo, fotografías, descripciones de espacios y situaciones cotidianas, conversaciones informales,

percepciones sensoriales, grabación de las charlas, notas de campo y la realización de mapas que permitían pensar la problemática gráficamente. Se elaboraron las entrevistas buscando que las narraciones de las señoras tuvieran múltiples entradas al tema del quehacer en la cocina.

Las entrevistas y visitas estuvieron dirigidas a 15 mujeres mayores de 60 años y 6 hombres también mayores de 60¹. Todos vivían en el corregimiento de Felidia y algunos habían nacido ahí mismo sin haber cambiado de domicilio hasta la fecha. El rango de edades en las mujeres fue de los 65 a 86 años. Y entre los hombres de 67 a 79. Con la mayoría de las mujeres mantuve conversaciones entre los 40 y 60 minutos y con algunas en dos y tres ocasiones. Todas las entrevistas se desarrollaron en las casas de las entrevistadas y ocurrió igual con las entrevistas de los hombres para el desarrollo del capítulo 3. Algunas veces se hicieron en la cocina, lo que propiciaba la discusión, las asociaciones y la reactivación de sus recuerdos. Esto también me permitió observar de manera más próxima su cotidianidad. Ocurría sobre todo cuando nuestras citas coincidían con que ellas estuvieran cocinando. Cuando gané un poco más de su confianza, nos reuníamos por iniciativas de ellas en sus cocinas. Con algunas fue posible hacer un recorrido por sus casas y acceder a fotografías y hacer videos de sus espacios, con descripciones de ellas mismas mientras recogía el material audiovisual.

Algunas entrevistas realizadas a las mujeres pude considerarlas fallidas por algunas consideraciones: acercamientos de una sola vez, algunos en ambientes que no eran los adecuados (por ejemplo, compañía del esposo donde era evidente un sesgo a sus respuestas; otras veces la compañía era de sus hijos y aunque en ocasiones eso era productivo, en otras no lo era en absoluto). Un par de veces ocurrió que las entrevistas fueron un solo encuentro a razón de la disposición de ellas, desinterés e incluso su salud. Sin embargo, esas conversaciones terminaron teniendo efectos en el texto y en la propuesta de escritura. Terminé con material que me podía ayudar a elaborar descripciones: de los espacios, de situaciones o de labores domésticas y del campo.

¹ He cambiado los nombres de las personas entrevistadas para proteger su identidad.

Incluso darme una idea de ciertas atmósferas o ayudarme como material narrativo/imaginativo. De manera que algunos de los fragmentos de otras conversaciones están integrados a las mujeres del texto, y no necesariamente al pie de la letra. Lo que no hice fue *imputar* testimonios de otras entrevistadas a las mujeres que aparecen en el texto.

El acercamiento inicial a las mujeres fue por vía de una prima que vive en el pueblo y conocía a las señoras. Ella fue el puente que me permitió establecer el primer contacto. Al principio noté que era mucho más productivo realizar las entrevistas en su compañía, pues propiciaba que las señoras tuvieran una interlocutora que las conocía de hace muchos años y sobre la que era evidente que recaía su confianza. También era interesante porque propiciaba el diálogo de mujeres de diferentes generaciones. Muchas veces las mismas señoras que entrevisté me ayudaron a establecer contacto con otras mujeres que ellas conocían. Mi intención era recolectar historias de vida y detenernos en ciertos hitos y situaciones dentro de sus cocinas que me permitieran descubrir los quiebres que rastreaba, de manera que mi criterio de búsqueda no estaba condicionado por la cantidad.

Algunas señoras entrevistadas encontraban nuestras charlas carentes de importancia al abordar temas que parecían muy obvios, naturalizados y de conocimiento público. Una de ellas en alguna ocasión cuestionó la necesidad de preguntar tantas veces por un tema tan evidente: hacer de comer. Lo que, fuera de ser irrelevante, refuerza la temática de la investigación. A pesar de eso, en general se lograron conversaciones largas, espontáneas y con la posibilidad de abordar otros temas que se generaban ahí mismo, no siempre contenidos en las guías de entrevistas que llevaba preparadas.

Las categorías de análisis construidas en la investigación están basadas en las nociones empíricas, fijadas en la experiencia práctica de las personas o los fenómenos estudiados. Algunas de estas categorías emergieron en el momento mismo de la entrevista o la conversación (dando importancia a la capacidad reflexiva de las mujeres), y otras requirieron una indagación más profunda y sistemática con el

material recogido. Mi intención en el diseño metodológico era darle especial atención a la utilización de relatos orales para comprender aspectos particulares de la cultura, descubrir las formas de representación y el actuar de las señoras en sus cocinas, y por último, serían una estrategia narrativa en la construcción del texto final.

Mi propósito era que “si bien los estudios culturales están comprometidos con la necesidad del trabajo teórico, consideran la teoría como un recurso que debe ser usado de manera estratégica para responder a un proyecto particular, cuestiones y contextos específicos” (Grossberg, 2009, p. 34). Un recurso estratégico contingente. Esta práctica distinta que se hace de la teoría “puede ser un trabajo teórico de un tipo en apariencia impreciso, poroso, pero no falto de rigor. Siempre conectado con lo específico de un momento concreto” (Hall citado por Grossberg, 2009, p. 35). Buscando darle trascendencia a la información de campo y conseguir un ordenamiento conceptual acorde con las experiencias de las mujeres, la recolección y el análisis de la información se apoyaron principalmente en las versiones de las señoras entrevistadas, complementado con técnicas de tipo etnográfico, y de la teoría fundamentada (Salazar, 2004), cuyas herramientas “respaldan la construcción gradual de generalizaciones y categorías de análisis que emergen de los datos en un proceso inductivo” (Salazar, 2004, p. 10).

El texto que da cuenta de la investigación está acompañado de dos mapas y una ilustración repartidos en el capítulo 1, 2 y 4. Éstos ponen acento, desde una visión interpretativa, al tema de las rutinas dentro del trabajo de cuidado y los usos de los objetos y los espacios. Me inspiro en la investigación de Bustacara (2019), que desde el diseño busca comprender el quehacer en las cocinas a través de la conjugación entre artefactos, alimentos y ser humano. Ahora bien, los mapas que aquí presento funcionan como un dato extra y no un elemento estructural. Sería muy interesante seguir explorando esta herramienta, pues es escasa y fragmentaria la documentación visual que existe sobre las cocinas en Colombia y todavía menor la de las cocinas rurales. Los dos mapas en este documento, siguiendo la tesis de Bustacara, intentan elaborar un entretrejo entre lo visual y lo narrativo, ya que su diseño y elaboración

parten de los relatos recogidos en las entrevistas y lo observado en las visitas de campo. Una lectura de vivencias y de acontecimientos que han surgido en la cotidianidad de cocinar. Un referente en la elaboración de estos mapas fue el artista holandés Jan Rothuizen, quien logra entrar en la intimidad doméstica y la cotidianidad de las ciudades, casas, bares, habitaciones, hospitales y otros más, al redibujar el lugar visitado y poner sobre esos dibujos textos significativos. Sus mapas no muestran realmente qué hay en los lugares, sino que más bien ilustran la experiencia que tuvo de ellos. En el capítulo 1 encontrarán un mapa que reconstruye el tipo de cocina que las señoras usaban cuando eran jóvenes. Es una reconstrucción pictórica que se desprende de sus relatos, de imágenes extra que encontré y de mis apreciaciones de las visitas de campo.

Nota 6. Sobre la escritura

La escritura de toda la tesis es una apuesta estética y una postura política que busca darle un nivel jerárquico a la información empírica sobre los datos meramente teóricos y más bien trata de que éstos sean una reflexión en función de la información que arroja el campo. Mi interés, además, es que este tipo de información pueda ser debatida y que sea de una naturaleza accesible: producir algo que valga la pena decir tanto afuera como adentro de la academia. El estilo con el que está escrita la tesis permite el diálogo y la evocación, y el tránsito de la generalización al caso único, del actor racional a la experiencia emocional, de la objetividad a la subjetividad. “Entonces, en cierta manera lo que termino cuestionando es el tono objetivo, distante en tercera persona que utilizamos en las ciencias sociales tradicionales, más disciplinares” (Garzón, 2019, p. 39). Este estilo no sólo es legítimo dentro del campo de los Estudios Culturales, sino que es necesario dada su naturaleza, desde su política de escritura. Ojalá se cumpla en este texto lo que dijo alguna vez un profesor de la maestría: Que una tesis de Estudios Culturales no permita que los lectores pasen impunemente.

Finalmente, sobre el estilo de escritura tendría que decir que el texto es también un producto conscientemente híbrido y difuso en la narración al tener un fuerte componente de escritura creativa de no ficción. Lo anterior no quiere decir que el texto invente personas o circunstancias que no existieron. Las situaciones, los lugares y sujetos son reales y hacen parte de la información recopilada en la investigación.

Nota 7. Pertinencia de los Estudios Culturales

Entre las pocas investigaciones existentes sobre la vida doméstica campesina se encuentra la de Molina (2015), que también se realizó con el enfoque de los Estudios Culturales. En su investigación sobre hombres y mujeres campesinas y la manera como han configurado sus relaciones, prácticas y significados de ser pareja, ella explicaba que su interés por el estudio de la dimensión íntima de los campesinos en Santuario, Risaralda, se debía, entre otras razones, a que “me incomoda profundamente que las referencias, que permanentemente se hacen desde afuera sobre los campesinos y campesinas de esta región los reducen a la dimensión de lo productivo” (Molina, 2015, p. 8). Es decir, en términos del oficio que desempeñan y que su cotidianidad no es de interés particular mientras no esté en función del oficio con la tierra, en el caso de Molina, con la siembra y cosecha de café. En cuanto a las mujeres campesinas, fueron pocas las investigaciones que hasta ahora he podido ubicar sobre problemáticas dentro de sus rutinas cotidianas y ubicadas en el interior de sus casas, de sus cocinas y sus quehaceres. Estudiar este tipo de problemáticas desde los estudios culturales ofrece la posibilidad de construir una mejor historia, dice Molina, por su flexibilidad, porque permite hacer uso de diversas metodologías, métodos de investigación, análisis y enfoques diversos, como los de género, la sociología, los estudios de las emociones y los estudios de la vida íntima para “acercarse a un contexto en el que se considere la dimensión íntima de la vida de los campesinos como parte fundamental de su ser” (Molina, 2015, p. 9).

Es especialmente sugerente el llamado que los Estudios Culturales hacen a investigar sobre la vida cotidiana de las personas y su articulación con y en la cultura, para

entender las relaciones de poder que se configuran desde y a través de lo político, lo económico y lo histórico. Sin embargo, los estudios culturales buscan comprender no sólo las organizaciones del poder, sino también las posibilidades de supervivencia, lucha, resistencia y cambio. Ahí es donde entra el interrogante que guía a esta investigación. Lo que busco es encontrar que el mundo es como es para las mujeres, pero que también podría ser de otra manera. “Sólo porque el presente no tenía que ser como es, el futuro puede ser de algún modo diferente de como parece que será” (Grossberg, 2009, p. 47). Y es que el poder, que también opera donde las personas viven su cotidianidad, no es capaz de totalizarse, siempre existen fisuras, líneas de fuga, disidencias, que pueden convertirse en puntos activos de lucha y transformación. “Si se quiere cambiar las relaciones de poder, si se quiere mover a las personas, aun cuando sea un poco, debe comenzarse desde donde las personas están, desde dónde y cómo viven sus vidas en la realidad” (Grossberg, 2009, p. 36). La política de los estudios culturales es una noción que pasa por entender que no hay que solucionar problemas, sino que hay que introducir disputas en lugares que ni siquiera se han pensado esas disputas. Interrumpir. Un proceso de politización, no de salvación del mundo.

1. Historias de casas y cocinas.

Una asociación de las mujeres con los espacios

Este primer capítulo lo he dividido en cinco partes. Cada parte explorará el rol de las mujeres en algunas decisiones claves respecto a la vivienda. He ubicado este capítulo a partir de un hito histórico en las vidas de las mujeres que entrevisté: el matrimonio, entendido para mi investigación como las aspiraciones de conyugalidad y no únicamente desde la formalización. Ubico sus matrimonios lejos de una imagen idealizada y los inscribo en una “[...] cotidianidad donde las relaciones de poder entre géneros están permanentemente marcadas por representaciones sociales donde hombres y mujeres tienen funciones, deberes, derechos y estatus diferenciales y desiguales” (Barreto Gama y Puyana Villamizar en Molina, 2015, p. 73).

La primera parte del capítulo hará referencia a cómo se evidencian las relaciones de poder alrededor de las decisiones de dónde vivir. La segunda parte se devuelve en el tiempo por medio de las historias de vida de las mujeres para explorar las decisiones que las llevaron a vivir en pareja. Retomo luego la línea por la historia de sus casas para hablar de ellas decidiendo dónde vivir, más exactamente ahí me referiré a la casa propia. Para terminar re-direcciono el texto para centrarme en la cocina, como espacio fundamental de esta investigación y al que se referirán los siguientes capítulos. En los dos apartados finales del presente capítulo hablaré de las decisiones en torno a la construcción del espacio y reflexiones sobre la cocina como un espacio dinámico². En esta distribución del capítulo que presento he intentado dejar, sutilmente, rastros de los quiebres, rupturas y tensiones a representaciones hegemónicas con las que han convivido las mujeres de esta investigación, para ir las recogiendo y condensarlas al final de esta investigación.

² Para algunos capítulos he recurrido a investigaciones de corte histórico, sobre cotidianidad y espacios domésticos. Quisiera comentar que aunque son de otros periodos distintos a las épocas que me refiero con las historias de las mujeres de mi investigación, han sido pertinentes para rastrear herencias históricas y plantear cambios y transformaciones.

1.1. La casa compartida. Decisiones de dónde vivir y el papel de las mujeres.
Doña Elba (82 años), Eliza (78) y Teresita (83).

No conocí la casa en la que vivió doña Elba cuando se casó con su esposo, ella no recuerda bien, pero cree que lo hizo entre 1956 y 1957, su memoria ya no es tan precisa. No es la misma casa en la que vive ahora que tiene 82 años. Según sus relatos, bien podríamos pensar en la casa de La Mansión de Araucaíma³, para imaginarla. No con los personajes bien particulares que Mayolo dirigió en esa película, pero sí la casa grande de tres pisos en adobe, su suelo de madera, con balcones y tejas de barro, en ese ambiente caliente y húmedo del Valle del Cauca. Elba se casó a los 20 años y se fue a vivir con su esposo a la casa de sus suegros. Era una casona viejísima, con remiendos en zinc, en ladrillo y adobe. Vivían sus suegros, sus cuñados y sus esposas; y la parte de abajo de la casa se arrendaba para viajeros pobres. Elba me especificó que era para gente pobre porque esa era la parte más deteriorada de toda la casa y por eso se cobraba menos. Vivía mucha gente en esa casa, de todas las edades. Los hijos de los hijos de sus suegros, los inquilinos y ella con su familia.

- ¿Y le gustaba vivir con más gente, doña Elba?
- Pues aunque no hubiera querido vivir... si él no tenía más a dónde *llevarme*.
- ¿Cuando se casó con él sabía que iba a vivir con sus suegros?
- No... yo ni pensaba para dónde iba a *llevarme* (Elba, comunicación personal, septiembre de 2018).

Cuando le pedí a Eliza (de 78 años) que me describiera la casa a donde llegó recién se casó, recordé una foto de Susan Bank, de una serie suya que se llama “Campo adentro” (2008)⁴. Unas fotografías de ambientes rurales en Cuba: campesinos cubiertos con capas negras arando la tierra mientras llovía; una niña colgada de un tanque sacando agua con un pocillo; dos mujeres mayores sentadas en el umbral de una casa mirando directo a la fotógrafa. La foto que se parecía a la casa de doña Eliza era una tomada desde la sala de una casa en Cuba. Había dos mecedoras de madera, en medio una

³ Adaptación cinematográfica del cuento con el mismo nombre, del escritor Álvaro Mutis. La película fue dirigida por Carlos Mayolo en 1986.

⁴ Parte de la serie fotográfica se puede visitar en: <https://www.lensculture.com/articles/susan-s-bank-cuba-campo-adentro#slideshow>

mesa con un radio y encima una ventana que dejaba ver un árbol y un caballo a lo lejos. Adentro, el espacio estaba lleno de pavos. Había seis o siete bimbos grandes picoteando el suelo. Eliza vivió en una casa muy parecida a esa foto. Fue la casa de sus suegros y ahora es la herencia de su marido: “Llegué a esta casa porque me conocí con este señor. Mi suegra le dijo que me trajera para acá y así fue. Y de aquí ya no he vuelto a salir” (Eliza, comunicación personal, septiembre de 2018).

Doña Eliza se casó por primera vez cuando tenía 20 años. Se fue a vivir con su primer esposo a Cali y cuando se separó de él, regresó a Felidia con Heriberto. En ese tiempo ella estaba cerca de los 30 años. Eliza tiene ahora 78 y Heriberto 84, viven solos en esa casa desde que sus suegros murieron. En una de mis visitas los encontré sentados en un andén a un lado de la casa. Bajo sus pies pasaba un canal de agua que se conectaba con el techo. La pared que quedaba detrás de ellos tenía colgada una jaula con dos canarios que cantaban todo el tiempo. Más lejos se escuchaba el graznido de los gansos. Cuando le pregunté a ella cuál era su lugar favorito de toda la casa me contestó que era ese. “Este lado de acá atrás. En este andén nos la pasamos nosotros” ¿Y qué hacen ahí? “Charlar, conversar, mirar el paisaje” (Eliza, comunicación personal, comunicación personal, septiembre de 2018).

Teresita (83) se casó a los 16 años, con un hombre mucho mayor que ella. Salió de la casa de sus padres para irse a vivir con el que era su esposo, a la casa de su suegra. Su estancia ahí fue mucho más problemática y conflictiva en comparación con las otras dos señoras que he mencionado hasta ahora. Aunque las tres comparten algunas frases en sus relatos: “*a donde él me llevara*”, “*donde me trajera*”, “*la suegra me mandó a traer*”. Subordinadas en principio a la voluntad de los padres, por ser menores de edad, éste estado se generalizaba al pasar al mandato del marido o del compañero, e incluso de sus suegros (Molina, 2015). Si bien en este texto no profundizo en otras experiencias, esto sí era repetitivo en otras entrevistas que hice a doña Ana (78), Catalina (86 años) y Doña María (77). En una entrevista, donde coincidió una de mis entrevistadas con su esposo, dijeron:

- ¿De quién fue la idea de irse a vivir juntos? ¿Quién le dijo a quien?
- [Doña María] Él.
- [Don Evelio] No, yo.
- [Doña María] Él dijo: pues vámonos a vivir juntos porque yo ya estaba esperando al mayor, a Henri.
- [Don Evelio] Yo la saqué a vivir (María y Evelio, comunicación personal, 16 de marzo de 2019).

Sus relatos sobre el lugar a donde fueron a vivir luego de establecer vínculos conyugales me llevaron a algunos trabajos históricos sobre las mujeres, las familias y los hogares en Colombia durante el siglo XIX y comienzos del XX (Bermúdez, 1995; Dueñas, 2014). Terminando el siglo XIX todavía se vivía el matrimonio bajo la idea de que las mujeres y los hijos debían seguir el domicilio del marido, la ley así lo reglamentaba (Bermúdez, 1995). Si bien las mujeres de mi investigación se casaron casi cuatro o cinco décadas después, hay un modelo de familia heredado, que en sus relatos evidencian una continuidad. Este sistema familiar da cuenta de una estructura patriarcal, que lo constituye. Desde los relatos que les escuché, no se imponía por obligación legal seguir el domicilio del esposo, sin embargo, sí se mantenían el rol de que eran los hombres quienes resolvían el asunto de la vivienda. Las mujeres tendrían que encargarse de otros temas, por lo pronto, el proveedor tendría que resolver dónde vivir.

El contexto desde donde se tomaban estas decisiones. En este punto quien lee no se puede quedar solamente con la idea de que este tipo de dinámicas develan cómo en cada momento se asiste a un proceso histórico de construcción, reconstrucción o seguimiento de ideales y costumbres. O quedarse con la sensación de una pura pasividad de las mujeres que se “dejaban llevar” a las casas que sus esposos y compañeros decidieran. Habría que entender dos partes importantes del contexto donde esto pasaba. Primero, son mujeres que vivían en entornos rurales, en un pueblo principalmente agrícola. Y en este sentido sería pertinente entender las relaciones conyugales también como unidades productivas. Muchos vínculos de parejas (formalizados generalmente por la iglesia católica o por uniones de hecho) se daban

por la posibilidad de construir una unidad de subsistencia. “Unidades de producción familiar” (Molina, 2015). Se vivía en la casa de los suegros, conformando familias extensas que generaban fuerza de trabajo, que en algunos casos les permitía hacerse a un cierto capital que luego conducía a la independencia de la nueva familia.

Segundo, las mujeres que entrevisté son mujeres que se han dedicado al trabajo de la tierra, casi siempre propia, pero en condiciones sociales precarias, unas más que otras. Las mujeres de esta investigación no pertenecen a familias adineradas ni cuentan (o contaron) con grandes capitales, igual que la mayoría de sus esposos. De manera que no siempre era regla encontrar que tuvieran espacios independientes para vivir. Estos llegaron con el tiempo, por ahorros o por herencias. Ángela Molina, en su investigación sobre las relaciones de pareja en el contexto de la producción agrícola, en Santuario-Risaralda, decía que “[...] la forma en que configuran sus relaciones afectivas [refiriéndose a las parejas campesinas de su investigación] es consecuente con el contexto en el que se desenvuelven y responde a las necesidades y paradigmas que éste les impone. Por tanto, su manera de crear vínculos de pareja no es, ni ha sido estática u homogénea” (Molina, 2015, p. 74).

1.2. “Yo me casé en 1951 o 52... Me parece que en el 51”.

La decisión de vivir en pareja.

Doña Catalina (86), Ofelia (75 años).

Antes de seguir adelante con el texto, sería necesario hablar de cómo fueron las uniones de pareja de estas mujeres. Tendría que explicar primero que sus relaciones están dentro del marco de la heterosexualidad y que responden a un modelo familiar de una estructura principalmente patriarcal, con variaciones y matices. Define a la familia patriarcal, fundamentalmente: convivencia unilocal de la pareja casada con sus hijos, formalizada ante la iglesia católica, aunque en mi investigación encontré muchas uniones de hecho que funcionaban bajo esta estructura, sin estar necesariamente “formalizadas”. La jefatura económica única del padre, figura que concentra el poder, la autoridad y la representación social. La madre y los hijos se le subordinan en

función de su dependencia económica con unos roles marcados y fijos (Gutiérrez de Pineda, 2003).

La mayoría de las señoras que entrevisté se casaron (o establecieron uniones de pareja) entre los 16 y 20 años. Sólo una de ellas se casó a los 45 años y casi todas con menos de 18 años. Ninguna se casó con un hombre menor y sólo hubo una que lo hizo con un hombre que era mayor sólo por unos cuantos años. ¿Cuántos años tenía usted, Teresita? “Tenía 16”. ¿Y él? “Un bendito viejo” [se ríe]. O sea que ya era un señor... “¡Un viudo!” (Teresita, comunicación personal, 13 de marzo de 2019). En el contexto social y cultural que encarnan las mujeres de esta investigación, era muy común que hombres mayores establecieran uniones conyugales con mujeres mucho más jóvenes que ellos (Molina, 2015). Esto responde a varios factores que tal vez valdría la pena ahondar en otro momento, sin embargo, los explicaré brevemente: a raíz de una cierta estabilidad económica que debía tener el hombre, por su figura de proveedor, que se alcanzaba con los años; por una serie de ideales esperados en las mujeres: castidad, pureza, inexperiencia, casi siempre “virtudes” asociadas a la sexualidad (Bermúdez, 1995). Así mismo, esta diferencia en las edades (en algunos casos muy amplia, como ocurrió con varias de mis entrevistadas), era una cualidad esperada por las familias para que sus hijas establecieran vínculos de pareja. Con el matrimonio, la autoridad y la responsabilidad que los padres tenían sobre la mujer, era transferida al marido. Éste tenía entre sus obligaciones y derechos, el de educar a su esposa, “de una manera que le resultara conveniente a sus necesidades” (Molina, 2015, p. 82). La asimetría en las edades se manifiesta ahora de una manera particular en las mujeres entrevistadas. Como casi todas se casaron con hombres que les doblaban la edad (e incluso más), la mayoría de ellos ya han fallecido y en parte, por eso, la viudez es una constante en ellas.

Doña Catalina (de 86 años) se casó con un señor que no conoció sino unos días antes de entrar a la iglesia. Tenía casi 17 años. Me contó cómo fue:

Yo estaba trabajando en Cali, en una casa de familia. Desde chiquita había llegado ahí. Mi mamá, ánima bendita porque ya está muerta, me había mandado a trabajar. Un día de descanso vine acá a Felidia. Estaba por ahí por el pueblo con mi hermano Rómulo cuando se le acerca un amigo de él. Yo me quedaría entretenida con algo porque no escuché de qué hablaban. Luego mi hermano se despide de su amigo y me dice que nos vayamos pa' la casa. En el camino Rómulo me dijo que su amigo, Próspero, se iba a casar pero que la muchacha le había quedado mal. Que ya había comprado todo: el vestido de ella y el de él, ya había conseguido la iglesia y a dónde se iban a vivir. Mejor dicho, todo estaba listo y que ahora tenía todo eso pero menos la novia. Próspero era viudo, hacía poquito se había muerto su mujer y le habían quedado tres niñas. Esa muchacha con la que se iba a casar, la que no salió con nada, era de Nariño. Todo el matrimonio se iba a hacer allá. Y entonces Rómulo me dice que si yo me quería casar con Próspero. Sí, claro, él era mayor que yo. ¿Que cuánto? No pues hartito, imagínese usted. A los días yo volví al pueblo con Rómulo y ahí me lo presentaron. Parecía buena gente. Era simpático, tenía unos dientes de oro. Él llegó, se sentó y como el trato no era conmigo sino con mi hermano... Después me preguntaron que si yo me quería casar con él. Y yo le dije que sí, porque yo ya había sufrido hartito tiempo sola en Cali. Él le dijo a mi hermano: "yo me caso con ella, me la llevo a la casa, yo no la voy a hacer sufrir". De ahí pasaron ocho días en que nos casamos. ¿No me cree? Es verdad... Sin conocernos y sin nada nos casamos (se ríe). Estuvimos juntos hasta que él se murió. Yo quedé viuda a los 60 (Catalina, comunicación personal, 13 de marzo de 2019).

Ofelia (de 75 años) contaba en una entrevista que conoció a su primer esposo cuando ella tenía casi 16. Estaba colgando la ropa limpia que su mamá había traído del río cuando vio al otro lado un hombre que recogía hierba con una hoz. Acucillado tomaba las puntas de la hierba y trataba de cortarla al ras de la tierra. Tenía un trapo amarrado en la cabeza que le recogía el sudor y una gorra que le protegía la cara del sol. Ofelia agarró una sábana blanca y la extendió en los alambres, mientras de lejos escuchaba la hoz cortando la hierba. El hombre tenía unos 25 años. Eran vecinos, se empezaron a hablar, él le propuso irse a vivir juntos y ella accedió. Se "volaron", como me han dicho muchas señoras cuando se refieren a situaciones parecidas. Ofelia había

corrido montaña arriba con su novio, esperaban salir a un pueblo cerca de la vía al mar. Sus papás avisaron a la policía de Felidia y esta fue en su búsqueda. Los encontraron. Al novio lo encerraron en la cárcel Villanueva en Cali, seguramente porque él era mayor y Ofelia tenía apenas 16. A ella la llevaron a la inspección del pueblo, donde acostumbraban a retener a las mujeres que se iban con sus novios para ponerlas a hacer oficio: limpiar y barrer la inspección, a manera de reprimenda. Luego la obligaron a casarse.

- ¿Y por qué querían obligarla a casarse con él, estaba embarazada?
- No, no. Sino que porque yo me había volado con él... entonces a mi mamá le dio rabia y ella me hizo casar. [...] ahí en la catedral de San Pedro, en Cali... que porque él era el único novio mío, había sido el único en la vida...
- Pero usted no quería...
- Pues, figúrese yo de 16 años qué iba a saber de matrimonios ni de nada de esas cosas. Uno en ese tiempo no sabía nada de eso. (Ofelia, comunicación personal, 30 de marzo de 2019).

Era una vergüenza, una mujer no podía dejarse llevar así por sus deseos. Con doña Ofelia poco importaba que ella tuviera 16 y fuera casi una niña o que no hubiera acabado de estudiar, porque por lo registrado en las entrevistas, la escuela de Felidia sólo enseñaba hasta quinto de primaria. El bachillerato era un lujo y los padres casi nunca tenían dinero para pagarlo. Tampoco importaba si vivir en pareja era algo de lo que ella estaba segura. Lo importante era que no se había casado por la iglesia católica, había salido de su casa casi huyendo y con un hombre. El matrimonio era inminente para devolver el honor. Decía Guiomar Dueñas (2014), refiriéndose a uno de sus hallazgos sobre los matrimonios en el siglo XIX, que una manera de silenciar protestas era casar a las jóvenes tan pronto estuvieran aptas para procrear y ni siquiera aún bien informadas de lo que era el amor o la atracción sexual. No equiparo las experiencias de mis entrevistadas con las que vivieron las mujeres de la época estudiada por Dueñas. A mediados del siglo XX, cuando las experiencias de conyugalidad de las señoras de mi investigación tomaban lugar, se gestaban cambios para las mujeres, sobre todo en lo referente a los derechos políticos. Sin embargo, lento era el ritmo de las transformaciones de la imagen y el lugar asignados a las

mujeres en su cotidianidad. Ahí los roles seguían siendo los tradicionales (Acevedo, 1995).

La capacidad de elección. Al escuchar los relatos de las señoras de mi investigación, historias como estas se repetían varias veces. Sus decisiones para vivir en pareja se discurrían por dos líneas: una por las circunstancias económicas y familiares, como salidas a situaciones de pobreza o al menos un mejor panorama; o por conflictos familiares y crianzas con padres de una educación muy rígida que algunas veces se podía tornar violenta. De algún modo, casarse también implicaba buscar cierta libertad o independencia del control de los padres.

Al momento de establecer uniones de pareja el control de la familia en las decisiones estaba presente, ya fuera de manera directa o implícita. Y esto es histórico: hacia el siglo XIX los efectos del control de los padres eran mucho más evidentes: podían arreglar matrimonios pactados desde la infancia u obligar por la ley a que sus hijas se casaran. “La autoridad de los padres sobre los enlaces de sus hijos, y la autoridad del Estado sobre la Iglesia en asuntos matrimoniales” (Dueñas, 2014, p. 39). Esto aplicaba sobre todo a la élite, pues hay poca información de qué pasaba con las mujeres más pobres. Sin embargo, y aunque el periodo histórico al que me acabo de referir dista de los relatos de las mujeres de mi investigación, hay rasgos de estas dinámicas que todavía se conservan, como una herencia de la tradición. Desde las entrevistas que hice, el peso de la opinión de la familia a la hora de elegir, es decir, la capacidad de elección de estas mujeres, estaba mediado también por la familia. La fuerza de la tradición, decía Guiomar Dueñas, dejaba pocos matices para la rebelión sentimental de los jóvenes (2014).

Vale la pena mencionar que la capacidad de elección de parejas en contextos como los de mi investigación, y en una generación como a la que me refiero, se daba distinto

para hombres y mujeres⁵. “En este sentido, se evidencia una marcada diferencia entre los géneros pues mientras los hombres campesinos podían buscar de manera autónoma las mujeres con quienes deberían conformar una pareja, ellas no tenían esa misma posibilidad. “[...] Debían esperar primero a ser escogidas y luego a que su familia diera el permiso para que fueran cortejadas con expectativas a formar un matrimonio” (Molina, 2015, p. 79). En una entrevista doña Ana decía: “Yo puedo estar que me muera por un hombre pero tengo que esperar a que él primero me haga la propuesta, pa’ poder decir que sí” ¿Y si él era muy tímido y no le decía? “Nooo, los hombres nunca son tímidos. Nunca son tímidos, hija” (Ana, comunicación personal, 30 de marzo de 2019). ESPERAR. Si él no le hubiera propuesto matrimonio, ¿usted lo hubiera hecho? “No, es que era difícil en esa época”. ¿En esa época las mujeres no lo proponían? “No, en ese tiempo la mujer esperaba a que le dijeran” (Elba, comunicación personal, 13 de marzo de 2019).

Les pregunté qué les había gustado de sus esposos pues quería averiguar por la decisión de casarse o vivir en pareja con ellos. ¿Qué les gustaba de los hombres con los que habían vivido por tanto tiempo? Me respondieron casi siempre lo mismo: “*que fueran trabajadores, honrados y responsables*”. Parecía un guión. “Que sea trabajador” en el campo es una cosa muy importante. En el campo hay que labrar la tierra, hay que formar una unidad de trabajo que implica a toda la familia. Por supuesto, eso es significativo para ellas, pero poquísimas respondieron otras “cualidades” que dejaran ver sus necesidades más personales como mujeres. Hay que olvidar si quiera alguna mención a la sexualidad, tema que parecía menor al unirse con alguien -y por sus historias, uniones casi para toda la vida-. Ninguna de estas cualidades que mencionaban las implicaban a ellas en su individualidad. Lo que quiero decir es que eran cualidades muy generales. Un hombre honrado puede ser muchas cosas, entre esas buen esposo o compañero, pero también puede no serlo. Además que esas

⁵ No viene a razón de este capítulo seguir profundizando, pero para más comprensión se puede consultar la investigación “De sentires y pesares. Relaciones, prácticas y significados de ser pareja, amar y reproducirse en el contexto de la producción agrícola de café en el municipio de Santuario, Risaralda”, Molina (2015).

cualidades apuntan a roles más tradicionales: buen padre, buen esposo, buen ciudadano, que implican a más personas, además de ellas.

Pero no quisiera dejar en lo que va de este capítulo la idea de que las mujeres de mi investigación se casaban únicamente movidas por una influencia familiar, por el contexto social en el que vivían o bajo un ideal de practicidad. También encontré relatos donde la capacidad de elección de sus parejas y el matrimonio estuvo más cerca de ser una decisión autónoma, donde el amor, por ponerle un nombre, tomaba mayor peso. El caso de doña Blanca (de 66), por ejemplo, parecía menos un contrato social y más una decisión propia, aunque a veces es difícil precisar esa distinción. Doña Blanca se casó con su esposo cuando ella tenía 45 años y él 60. Cada uno ya tenía hijos y era la primera vez que ella se casaba. Tenía una estabilidad económica que mantenía, a veces fluctuante, pero relativamente equilibrada desde que empezó a trabajar a los 13 años. Fue ella quien le propuso a él que se casaran. Se conocían y se gustaban hacía mucho tiempo. Cuando ambos estuvieron solteros fue ella quien le propuso que se casaran, que vivieran juntos y lo formalizaran. Blanca tenía entre sus planes casarse, porque no estaba totalmente desapegada de los valores tradicionales con los que creció. Sin embargo se resistió a hacerlo desde muy joven y sabía que quería hacerlo estando mayor, y ese “mayor” sería cuando tendría que ser, como ella me decía en las entrevistas. En las conversaciones con doña Blanca ella revela más detalladamente sus deseos respecto al hombre con el que se casó y la vida en pareja. Fue mucho más directa respecto a sus deseos como mujer, desde su individualidad: “¡Él era Bellísimo! Era muy detallista. Vivía muy enamorado de mí. Y era guapo, sí. Él no era feo. Y era muy detallista. Era una persona muy dedicada a mí...” (Blanca, comunicación personal, septiembre de 2018).

Además del caso de Doña Blanca, Ana me contó lo siguiente: “Yo conocí a Julio cogiendo café, como la Gaviota” -se ríe; refiriéndose a una telenovela-. “[...] Nos conocimos trabajando en el Cauca. Estuvimos de novios cuatro meses y nos fuimos a vivir. Yo me casé fue por amor. Verdad, en serio... Si uno quiere a un hombre no se pone a ver los obstáculos: que tenga casa, que tenga un carro, que qué tiene. Dijo el

dicho: con amor uno puede estar comiéndose una cidra que no se siente. [...] Ah sí, en la casa no querían que yo me casara. Sobre todo mi mamá. A mi papá le parecía bien. Pero mi mamá puso problema. Y pues entonces me casé a escondidas. No invité a nadie. Salí de la casa y cuando llegué yo ya estaba casada. Tenía 21 años”. En nuestras conversaciones me contaba:

“Lo bueno es tener la pareja junto, que uno comparta, que pueda compartir un desayuno, un almuerzo. A mí me decían que yo siendo del pueblo por qué no me metía con un soldado o con un policía. Pero yo a los soldados y los policías no... eso para qué, vienen cada tres meses, cada dos meses” (Ana, comunicación personal, 30 de marzo de 2019).

Quisiera cerrar este gran apartado sobre la decisión de casarse (o unirse en pareja) con una reflexión a partir de una pregunta que les hice a las señoras de esta investigación. Como este tema del matrimonio es tan extenso y abrirlo fue dejar que salieran muchos relatos que deben ser vistos a la luz de otras investigaciones, para cerrarlo les pregunté, ahora que la mayoría está cerca de sus 80 años y otras ya pasándolos, si ellas le aconsejarían a una mujer adulta y joven casarse, vivir en pareja, formar una familia. Sus respuestas me hacían pensar en lo que he escuchado también de mis tías, mi mamá y mi abuela. Formar una familia sí, hay un ideal detrás de eso que ellas todavía consideran un deber ser. Pero al responder a mi pregunta no esperaban que una mujer joven se casara por la iglesia (cualquiera que esta fuera) o que se formalizara. Eso parecía pasar a un segundo plano. El hincapié que ponían al vivir en pareja era otro. Su discurso ahora gira alrededor de que una mujer debería casarse siendo una adulta, no sólo por la edad sino porque ante cualquier eventualidad “se pueda defender sola”. Con un trabajo, un oficio o una profesión. “Que no esté a merced del marido”. Esto haciendo referencia sobre todo a lo económico, alejarse de esa “condición de invalidez económica” que la obligara a resignarse (Gutiérrez de Pineda, 2003). Como cuando mi abuela me decía: “primero estudie, después encuentre un buen trabajo, tenga lo suyo”. Lo que se lee detrás de esto es una invitación y una importancia conferida a la independencia y a la autonomía de las mujeres, que abarca además de lo económico. Así como lo refería Virginia Gutiérrez de

Pineda al hablar de los cambios en las familias en el siglo XX: “autovalerse por sí sola y asumir como individuo la responsabilidad del ejercicio de su libertad” (Gutiérrez de Pineda, 2003, p. 288).

1.3. La casa propia. Cuando ellas deciden dónde vivir.

Doña Elba, Teresita y doña Ana.

Había hablado antes de las casas de doña Elba y de Teresita, a las que llegaron recién se casaron con sus esposos. Les había contado que doña Elba vivía en una casa que se parecía a la de La Mansión de Araucaíma, por lo menos por fuera, donde vivía con mucha gente. Y que Teresita vivió en la casa de su suegra, con muchas carencias económicas y unos tratos durísimos hacia ella. Cuando no vivió ahí, lo hizo en casas-fincas que cuidaba junto con su primer esposo. Vivieron en casas de familiares y de externos a cambio de prestar un servicio. También había mencionado que ellas no tomaron mayores decisiones respecto a llegar a esas viviendas.

Sin embargo, la historia de doña Elba tomó un giro cuando su esposo se enfermó y ellos tuvieron que salir de la casa de sus suegros por conflictos familiares, luego de vivir ahí por más de 16 años. El esposo de doña Elba empezó a sufrir de “ahogos y fatigas” que lo incapacitaban, por eso ella empezó a trabajar y fue ella quien decidió a dónde se iban a vivir y bajo qué condiciones. Primero se fueron a una casa de una madera delgadita, muy vieja y mal hecha. Le pidió a su hermano que la construyera, aunque éste tenía fama de construir casas que se caían rapidito. La casa se empezó a ladear, la puerta se salió y ya no cerraba, la trancaban por fuera con un palo y amarraban al perro en la entrada para que avisara si llegaba alguien. Doña Elba tuvo todos los trabajos que se podían en Felidia y con eso logró construir la casa en la que hicimos la entrevista. Ella decidió que debía ser en ladrillo, pues las otras casas que tuvo en madera, guadua y adobe eran muy inseguras. Para la cocina, al principio, tenía la idea de que la estufa en leña tuviera una chimenea que botara el humo por el techo. Se la construyeron mal y todo el humo se quedaba en la cocina y se esparcía por las piezas. La hizo desbaratar. Quería también un mesón con un lava-trastes ahí mismo y con “llavecita”. Construir esta casa le tomo mucho tiempo porque conseguir el dinero

significaban días y días de trabajo. Esta casa, por supuesto ahora más moderna, más segura y más grande, ha sido transformada poco a poco por sus hijos, pero a quien le tocó liderar todo este comienzo fue a ella. En ausencia de su esposo enfermo, las decisiones corrieron por su cuenta y la casa se terminó haciendo a su gusto y bajo los requerimientos que ella creía pertinentes.

Teresita me contó que vivió muy mal en la casa de su suegra y que tuvo dos matrimonios donde la convivencia se tornaba muy difícil, a veces violenta y que de los dos se separó. En su segundo matrimonio, y contrario a muchos de los otros relatos de las señoras, su papel era el de proveedora, pues su esposo no trabajaba lo suficiente y ella debía asumir la mayoría de gastos de la casa. “Yo ya estaba aburrida. Dos obligaciones: la que me tocaba como ama de casa y todavía trabajar para mantenerlo” (Teresita, comunicación personal, 13 de marzo de 2019). Cansada de eso venía pensando desde hace buen tiempo separarse de él, pero como eso implicaba tener un espacio propio, o poder pagar un alquiler, su decisión siempre era postergada. Teresita fue amiga de mi abuela, ambas se conocieron porque se casaron con dos hermanos y vivieron en Felidia. En algunas de sus conversaciones mi abuela le dijo que tenía que abrir una cuenta de ahorros a su nombre, porque para esa época había empezado a trabajar sembrando matas de jardín y criando gallinas:

- En ese tiempo se sacaba una cuenta de ahorros con cinco pesos. No cinco mil, sino cinco pesos. Y a mí me aconsejó la mona Empera, su abuela. Me dijo: “vea, Julio ha tenido varias mujeres y ninguna le ha plantado. Él tiene ese rancho pero conforme usted tuvo las puertas abiertas para entrar, tiene las puertas abiertas para salir. No sea boba, cuando consiga 10 pesos gástese cinco y ahorre”. Yo escuché. (Teresita, comunicación personal, 13 de marzo de 2019).

El consejo no era sólo que ahorrara sino que comprara una casa propia. Poco importaban los lujos, lo que se buscaba era una *habitación propia*⁶. La posibilidad de apropiación de un espacio privado. Virginia Woolf (2008) decía que una escritora necesita una habitación propia para producir, que la redistribución del uso de una

⁶ Desarrollado por Virginia Woolf.

habitación sería, en consecuencia, una acción de importante fondo político: reconfiguraría el valor y significado dado social e históricamente a estos espacios y a las mujeres en ellos (Talotti, 2014). Se podría pensar que esto no se queda solamente en las escritoras y en las habitaciones, sino que al extenderlo, reordenaría el valor del espacio doméstico. En el caso de las mujeres de mi investigación, se reordena el valor dado a estos espacios cuando se vuelven propios.

El derecho sobre la propiedad, y aún más sobre la tierra en contextos rurales como estos donde la tenencia es sobre todo masculina, permite que las mujeres tengan mayor control de la producción de la tierra. Al tener derechos sobre la propiedad, la mujer también podría estar en una posición más favorecida para escapar de una situación de conflicto o violencia dentro del matrimonio. Se asocia el derecho a la propiedad y a la tenencia de la tierra, con un incremento en el poder de negociación de la mujer en el hogar y con el ejercicio de una autonomía económica, que contribuyen a su bienestar y a expresar sus propios intereses en las negociaciones que afectan sus propias vidas y/o las de sus hijos (Deere y León, 2002). Los temas de redistribución, sobre todo de la propiedad, son claves para transformar las relaciones de género y la posición subordinada de las mujeres, al reducir su vulnerabilidad. Algunas investigaciones sobre propiedad y género han mostrado cómo en las zonas rurales en algunos países de América Latina, la tierra desempeña un papel crucial al condicionar la posibilidad de las mujeres de poner fin a matrimonios abusivos o que no funcionan. Teresita así lo hizo, luego de vivir con un hombre por más de 18 años con el que su matrimonio ya no funcionaba, compró la casa donde vive hoy, a sus 83 años, donde todavía tiene su huerta con las hierbas y plantas que vende en Cali, y que ha sido su trabajo casi toda la vida.

1.4. La construcción de la cocina. Decisiones en la construcción del espacio.

La cocina estaba dentro de la casa, la entrada tenía unas pocas baldosas de diferentes tamaños, que no respondían a simetría y uniformidad. “Era de lo que hubiera, en ese tiempo no habían lujos” (Ana, comunicación personal, 30 de marzo de 2019). Sólo

había unas pocas a la entrada de la cocina, y el paso diario las había incrustado en la tierra. Estaban tan enterradas ya, que la tierra se las tragaba y las mantenía empolvadas. “Nosotros no llegamos a tener un piso así de cemento. No” (Ofelia, comunicación personal, 30 de marzo de 2019). La puerta era una de madera que abría a la mitad y en dos partes. No tenía chapa o seguro. Las paredes eran en bahareque empañado en barro, de un color amarillo quemado, y se veían algunas guaduas sosteniendo la estructura. El piso sólo estaba entablado alrededor del fogón de leña. El resto del piso era en tierra. “Había que barrer y tener limpio aún cuando fuera el polvo” (Teresita, 13 de marzo de 2019). El humo salía por la puerta y la ventana. “Tenía una ventana que daba a la pieza donde dormían mi abuela, mi tía Verónica y Pacherelas” (Ofelia, comunicación personal, 30 de marzo de 2019). Una ventana no era suficiente porque buena parte del humo se quedaba curtiendo las paredes, las ollas y a las que cocinaban. “Era todo negro. Pero mire que gracias a dios ellas no murieron de eso. Ni mi tía ni mi abuela” (Amparo, comunicación personal, agosto de 2019). Un humo intermitente, un “humo bravo” que a veces se ponía espeso, les dejaba los ojos colorados. Sobre el fogón se había extendido un alambre donde se colgaba la carne. El humo le daba sabor y la conservaba, pues para esa época no tenían nevera. Había una entrada de agua, pero no quedaba en la cocina, sino afuera. “Cualquiera que viniera podía pegarse de esa llave” (Catalina, comunicación personal, 13 de marzo de 2019).

Mientras rastreaba los quiebres y rupturas a roles tradicionales y formas hegemónicas de ser mujeres, me di cuenta de que donde podía ubicarlos más fácilmente era en el espacio doméstico, por eso el interés por la casa, y más precisamente por la cocina. Todas las mujeres que entrevisté trabajaron en las cocinas de sus casas en su juventud. Por largos periodos ese fue el lugar donde más tiempo permanecieron realizando sus rutinas diarias. En ellas se veía claramente el espacio privado de la cocina, asignado socialmente por ser mujeres. De modo que era allí donde principalmente esperaba rastrear quiebres o rupturas, si es que se daban. Además de la cocina me interesaban también las relaciones que tenían lugar allí o en relación con

ese lugar de la casa, ya fuera con sus esposos o con el resto de los miembros de la familia que vivían con ellas.

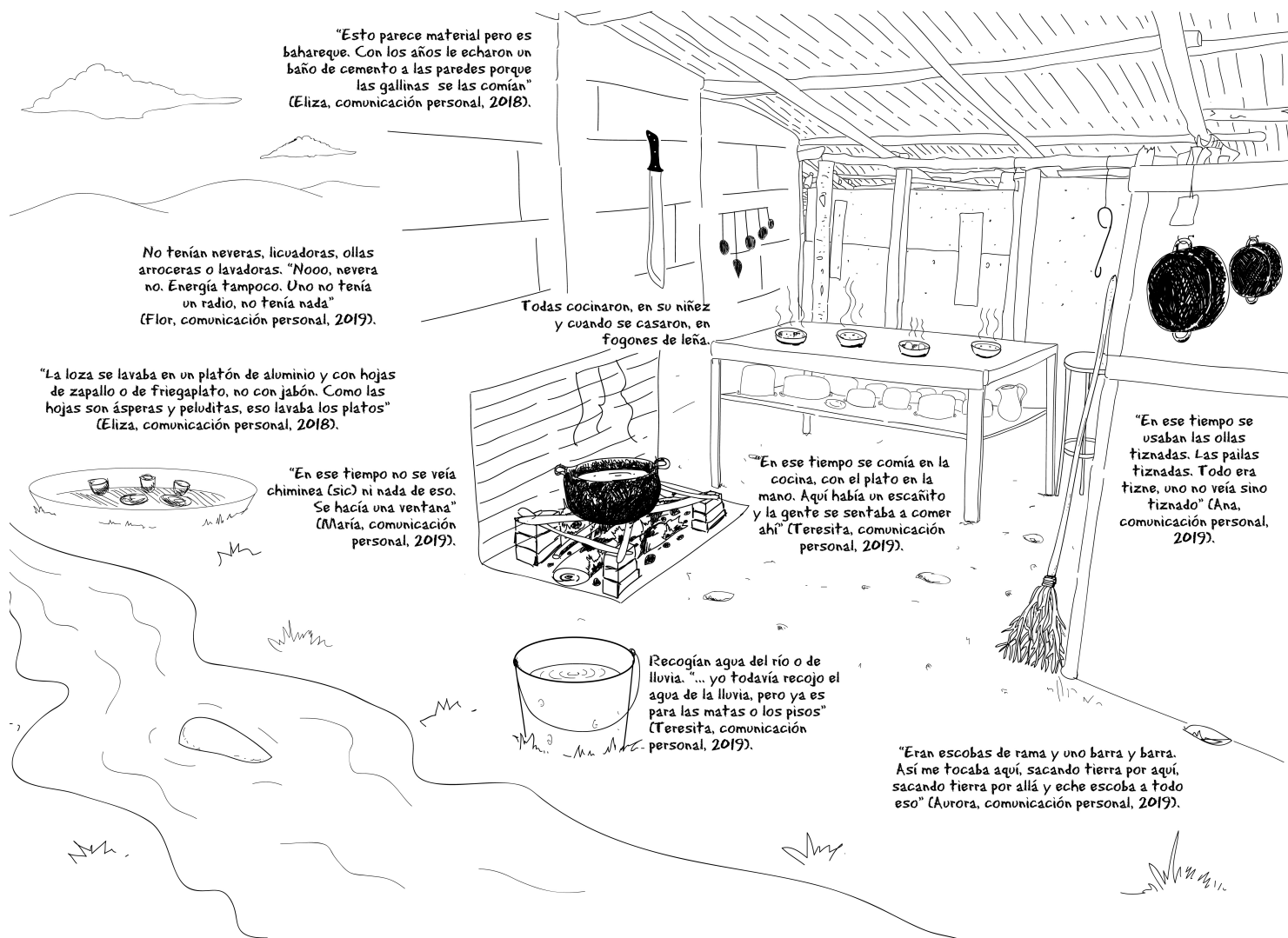


Ilustración 1. Una cocina

Diseño gráfico: Alejandro Libreros

El confort y la domesticidad en las cocinas. Ya había contado que Blanca se casó a los 45 años. Vivió en la casa de sus padres hasta que tuvo casi 30. Antes de los 30 ya había tenido dos hijos, sin vivir con ninguno de los padres, ni volverlos a ver luego de que les dijera que estaba embarazada. Cuando murió su madre tuvo que salir de la casa en la que vivía porque dice que todo se lo recordaba a ella. Había ahorrado una plata por un trabajo que tenía en Cali y compró un terreno en Felidia donde hizo construir su casa para vivir ahí con sus hijos. Era una casa propia, a su nombre. Tenía tres cuartos, una cocina y un corredor externo donde a lo lejos se podían ver los Farallones. Estaba construida toda en bahareque. Era alta y muy cómoda para las temporadas de calor.

“Esa casa se perdió toda en un derrumbe”. Cuando eso pasó, Blanca ya se había casado y junto con su esposo consiguieron un terreno más seguro en Felidia y construyeron su casa. Le pregunté a Blanca qué tanto había decidido ella sobre el diseño de esa casa, y su respuesta fue similar a las de otras señoras a las que entrevisté: su intervención había sido poca o ninguna.

- ¿Quién diseñó esa casa?
- Mi esposo, él mismo la construyó.
- [...] ¿O sea que no metiste mano en nada?
- No, yo no me metí para nada en lo que él estaba construyendo. Lo que él hiciera para mí estaba bien (Blanca, comunicación personal, septiembre de 2018).

Cuando hacía mis entrevistas les preguntaba a las señoras cómo habían construido sus casas. Todas las casas eran de autoconstrucción, por lo que quería saber qué tanto habían decidido respecto a su distribución, las decisiones estéticas y de construcción. Sin embargo, ninguna parece haberse involucrado en esos temas. Mucho de cómo se veían y cómo se construyeron sus casas recayó en manos de sus esposos o de sus hijos mayores, cuando estos ya eran adultos. Cuando me contaba dónde vivió con su esposo recién casada, Blanca se quejaba del calor “insoportable en esa casita”. La casa la había diseñado su esposo a su gusto y él prefería los espacios pequeños y los techos bajos. Lo opuesto al gusto de su esposa y, sobre todo, al clima del lugar. Por eso el “calor en

esa casita era insoportable”, pues había sido construida muy bajita, con pocas corrientes de aire y con un techo en un material que no rebotaba el calor sino que lo concentraba. No faltaba el dinero para hacerlo aunque tampoco les sobraba, sin embargo, no eran decisiones en torno a lujos. A su esposo no se le había ocurrido lo que sería más cómodo. Recopilo el fragmento de una entrevista donde le pregunté por la cocina:

- Él no hizo una cocinita más o menos buena sino que era un espacio ahí pequeño que forró en madera. Eso era la cocina. A él siempre le han gustado las cosas así pequeñas. Nada de cosas grandes (Blanca, comunicación personal, septiembre de 2018).

Cuando mi entrevistada me contó esto, y luego volviendo a escucharla cuando hacía las transcripciones de la entrevista, me acordé de mi papá. Mis papás también construyeron su casa al gusto de ellos. Recuerdo que esa construcción se dividió en dos partes por ajustes económicos. La primera parte estuvo a cargo de mi papá y la segunda fue responsabilidad de mi mamá, aunque los dos invirtieron dinero casi por igual. En la primera parte mi papá se encargó de un diseño básico para la cocina, de la sala, de qué columnas debía llevar la casa, cómo debía ser el techo, qué materiales y quién la construiría. Mi mamá se encargó de todas las habitaciones, de las ventanas y puertas, del sistema para suplir de agua toda la casa y los detalles y arreglos alrededor de la comodidad y todo lo que Rybczynski (2001) decía que era la domesticidad. Rybczynski entendía la domesticidad no como un atributo aislado, sino como el conjunto de emociones que uno tiene por la casa que se siente propia. Esas emociones tienen que ver con la intimidad, con la comodidad, con la familia y “[...] con una consagración al hogar. Así como una sensación de que la casa incorpora esos sentimientos, y no sólo les da refugio” (Rybczynski, 2001, p.84). Yo diría que es la casa que no es un espacio, sino ya un lugar. La casa, decía el autor pensando en el siglo XVII, no era sólo el lugar para las actividades domésticas, sino que las habitaciones y los objetos que contenía adquirirían vida propia. Esa “vida” dependía de una rica conciencia del interior. Mi papá había construido todo el soporte (obviamente con su

mejor esfuerzo y una gran voluntad), y fue mi mamá quien se encargó de construirnos un lugar, de volverla un objeto que se pudiera habitar.

La construcción de la cocina de mis papás fue hace ya varios años, pero ahora con el tiempo he descubierto cosas de esa cocina que se hubieran podido construir distinto y lo he notado sobre todo por el uso que hago de ella. Creo que hay muchos detalles en su diseño que son imprecisos, poco prácticos o cómodos, y que a veces exigen mayor esfuerzo para las personas que sí la usan constantemente. El mesón, por ejemplo, es muy bajito para una jornada de preparación picando alimentos y organizando ingredientes. A esa misma altura quedan el lavaplatos y la estufa. He escuchado a mi mamá quejarse de que le duele la espalda luego de cocinar por un periodo prolongado. La cocina de mis papás era muy oscura para las actividades normales: pelar, picar, usar cuchillos y manipular objetos calientes. Mi mamá hizo abrir un tragaluz que iluminó todo el espacio. Cuando se construyó, mi papá no pensó en adecuarla con cajoneros o espacios para electrodomésticos que luego fueron consiguiendo y que hacían más fáciles algunas labores domésticas, específicamente de la cocina. Eso significó para mi mamá readecuar partes del espacio y rediseñar encima de lo construido.

La construcción de la cocina de mis papás y la de mi entrevistada me hacían pensar en un apartado de Rybczynski sobre el confort. El autor decía que la gente en la Edad Media no carecía de confort, sino que más bien no tenían la conciencia del confort como idea objetiva. Su relación con la casa, con todo el interior doméstico y con los objetos, estaba de acuerdo a su funcionalidad y su finalidad, que no se separaban. Lo público en la Edad Media era lo más importante, poco se fijaban en sillas cómodas para las salas de sus casas. “Era la mentalidad de la época, y no la inexistencia de sillas confortables lo que explica la austeridad de la casa medieval” (Rybczynski, 2001, p. 46). Recuerdo que decía el autor que es posible que uno describa cómo son las casas y cómo vive la gente, pero eso no tiene mucho sentido si uno no hace un esfuerzo por entender cómo piensan -o en su caso, cómo pensaban en la Edad Media-. La construcción de la cocina de mi entrevistada y la de mis papás me hace pensar en eso.

No fue a propósito que el esposo de la señora que entrevisté hizo esa cocina sin ventilación para ahogarse del calor, ni de manera intencional mi papá procuró que la cocina fuera más oscura esperando que en alguna de esas mi mamá se cortara picando cebolla. Yo pienso que es otra cosa, que es más bien la distancia que tenían con ese lugar y con las prácticas en él lo que explica parte de las decisiones del diseño y la construcción, además de razones económicas o de gusto personal. En últimas, esto también parece un saber. Entender cuáles serían las mejores decisiones a la hora de planificar la construcción de la casa, de un diseño que fuera adecuado a un espacio que tiene una cierta funcionalidad. También se trataba de saber qué se necesita en la cocina para que las labores que ahí se realizan fueran posibles, más cómodas, menos desgastante de realizar y más efectivas.

1.5. La cocina es un espacio dinámico.

Los espacios y los objetos adquieren sentido en la interacción que hacemos con ellos. Es en la relación con ellos que queda una huella que se puede rastrear para entender los comportamientos de las personas en una determinada época y lugar. Pero por sí solos los objetos y el espacio no producen nada, son las relaciones sociales las que producen efectos materiales en el espacio. Esto lo he visto en varias investigaciones, como la de la historiadora cubana Aida Morales que muestra cómo las modificaciones dentro de las viviendas en Santiago de Cuba, y el uso de los objetos, expresaban los cambios en las mentalidades que se transformaban en las capas poderosas de la sociedad en el siglo XIX (Morales, 2009).

También está el trabajo histórico de Reyes y González (1996) que da cuenta de las costumbres de la gente tras las puertas de sus casas en los centros urbanos de Colombia entre 1850 y 1930. Y la investigación de Ríos Durán (2007), también de naturaleza histórica, sobre el uso, los significados y la materialidad en la casa santafereña durante las primeras tres décadas del XIX. Ambas investigaciones abordan el confort, la domesticidad y la intimidad dentro de la vivienda. En esta parte

del capítulo pretendo elaborar algunas ideas bajo las líneas marcadas por estas investigadoras.

Los saberes y el espacio. Escuchaba decir en una clase en la universidad que en las viviendas el mismo lugar puede tomar características diferentes según las actividades y las prácticas que se realicen ahí. Que la casa es un espacio dinámico. Y a partir de lo que he encontrado en mi investigación, podría decir que los espacios de la casa toman diferentes sentidos respecto a quién los habita, en este caso, es diferente según sean hombres o mujeres.

En mi investigación he encontrado que tanto hombres como mujeres tienen presencia en la cocina. Es un espacio de reunión y un eje en el funcionamiento de toda la casa. Todos los habitantes están relacionados diariamente con ese espacio y su relación no es sólo simbólica o representativa. Materialmente todos en las casas tiene presencia en ese espacio todos los días. Sin embargo, el espacio adquiere sentidos distintos según quien ejecute ciertas prácticas ahí. Esto difiere con los trabajos de investigación que mencioné más arriba, sobre las casas santafereñas en el siglo XIX o en las de Santiago de Cuba también para ese periodo, donde a través de los espacios y las prácticas domésticas se marcaban diferencias entre hombres y mujeres. Las mujeres estaban en la cocina y el oratorio. O la saleta, en la élite de Cuba, que era un espacio que buscaba mayor intimidad y comodidad dentro del hogar. “Ahí tejía, leía, conversaba con amigas o simplemente pasaba el tiempo meciéndose y abanicándose” (Morales, 2009, p.110). Los hombres tenían dominio del despacho y era el lugar donde se hacían los negocios y se tomaban decisiones económicas. Esa marcada asociación de género, prácticas y espacios domésticos era una característica propia de la casa colonial (Ríos, 2007).

Cuando le pregunté a doña Eliza por su lugar favorito de toda la casa, ella me contestó que era un corredor donde se sentaba con su esposo a charlar y pasar el rato. Quería indagar, a partir de ahí, por espacios masculinos o femeninos dentro de la casa. Sin embargo, fue difícil encontrar espacios configurados para hombres o mujeres en las

casas donde ellas vivieron. Mi inquietud por esta distribución de los espacios estaba influida un poco por la investigación de Bourdieu (2003) con los Bereber, compuesto por una población de musulmanes y semi-nómadas en Argelia. Bourdieu encontró unas oposiciones estructurales dentro de sus casas que reproducían una relación homóloga con la esfera pública. Esas oposiciones responden a unas relaciones de género, a una división sexual del trabajo y unos órdenes simbólicos alrededor de lo femenino y lo masculino. Yo pensaba que de alguna manera iba a encontrar algo como lo que encontró Bourdieu en la Casa Kabila. Las mujeres disponiendo de ciertas partes de la casa y los hombres de otras. Pero no. Las personas que viven en el campo, por lo menos las mujeres que entrevisté, no viven en grandes casas separadas por cuartos o pisos. Felidia es un pueblo de contrastes. Tiene casas inmensas, veraniegas, con parqueaderos para tres o cuatro carros, con piscinas, rejas eléctricas y perros fila brasileiros que rondan los jardines. Pero no es un asunto generalizado. En el pueblo hay zonas más deprimidas con casas más pequeñas, diseñadas con dos cuartos, un baño y una cocina que hace las veces de sala, cocina y comedor. Algunas en “material”: cemento, ladrillo, tejas de zinc o de eternit. Muchas en adobe, madera, bahareque. Cuando yo les preguntaba si había un lugar destinado a los hombres en esas casas, muchas me miraban como sin entenderme. En la casa de Blanca, por ejemplo, con dos cuartos, una cocina, un baño afuera ¿qué lugar estaba era el menos frecuentado por alguien de la familia? Ni siquiera la cocina, porque ahí llegaban todos. Todos tenían que comer. A pesar de esto, la cocina sigue siendo un lugar tradicionalmente asociado a las mujeres. No hay un espacio de las casas de estas mujeres, bajo las características de sus condiciones de vida, más distante para ellas. Las marcas materiales de individualización se hacen menos evidentes.

En mi investigación no he encontrado una división sexual de los espacios, sin embargo, en la cocina sí se representan roles asignados socialmente. He encontrado en mi trabajo que los esposos de las señoras cocinaban, lo hacían bien y de manera diligente según ciertas circunstancias: si ellas salían, si ellas estaban enfermas, si acababan de tener sus hijos, si estaban ausentes. Y entonces la cocina se volvía un lugar donde por esa ocasión el esposo realizaba una labor que a él no le correspondía

propriadamente, estaba haciéndolo de manera contingente y las cosas iban a volver a su “normalidad”. Ese espacio iba a estar otra vez bajo la dirección de las señoras cuando se recuperaran o volvieran a sus casas y entonces las dinámicas iban a volver a cambiar. Las investigadoras Fleischer y Marín (2018), en su trabajo sobre apropiación de las ciudades desde las experiencias de trabajadoras domésticas, decían que el espacio, que en su caso era la calle, más que un entorno físico, es un escenario en el que se representan los roles asignados socialmente. La cocina, como algunos otros espacios públicos/privados, funge como escenario de las dinámicas de género dentro de las familias, y lo que representa está en cambio constante. Es un espacio dinámico. Pensar en la asignación tradicional e histórica de las labores domésticas a las mujeres, y al mismo tiempo su permanencia en la cocina, me hacía pensar en algunas reflexiones de Simmel (2014) sobre fijación en el espacio. Ésta se refiere a los mecanismos por los cuales las personas y los lugares tienen un valor fijo (y físico) en el espacio. Además, esta fijación genera un límite y éste no sólo tiene que ver con el espacio sino también con las personas. Al fijar una casa en un espacio específico, o nombrar una calle, se establece un límite de quien ocupa ese espacio o de lo que lo ocupa. Así lo leía de Simmel, cuando él se refería a las ciudades. Lo que yo discuto de la cocina y de las mujeres, se parece un poco a esa fijación de un espacio asignado pero esta vez, según el género. Es una fijación aunque no se deba a una placa numérica en la fachada de una casa. Y ésta, a la que yo me refiero, es más simbólica que física. Esta asignación sin duda produce conocimientos, modos de hacer y de moverse en las cocinas.

Estos saberes son cotidianos y responden a unas necesidades de la vida privada, vinculada al espacio doméstico y al ámbito familiar. Entendiendo que los espacios no son actuantes por sí mismos, sino que lo son en la interacción con la gente, en las cocinas hay unos conocimientos que son tácitos y que quienes mantienen en ellas son quienes los manejan y los aplican. Esos conocimientos son innegables y las mujeres de esta investigación los poseen. Son unos saberes producto de un trabajo repetitivo y cotidiano, que además recae sobre ellas como su responsabilidad, carga que no tienen sus esposos por más que eventualmente se metan a la cocina. Estos conocimientos no

responden a razón del género (a una naturaleza femenina que las condiciona) sino más bien a la permanencia en un lugar y a las prácticas que ahí se realizan y el tiempo que llevan haciéndolas.

Estos conocimientos son reforzados por la conciencia, la práctica y la costumbre que se tiene también en el uso con los objetos en la cocina. Sabemos que hay un cierto lugar donde está guardado el sartén para fritar, o el vaso medidor con el que se calcula la cantidad de arroz que se tiene que cocinar, o en qué vaso de vidrio y en qué alacena está guardada la cúrcuma que se le echa al guiso. En la cocina, como en la calle, hay unas dinámicas para moverse y unos conocimientos para hacerlo bien. Hay unos ciertos modos de ser y estar en este lugar, en medio de una diversidad de posibilidades de acción. Cada persona, así como en la ciudad y en la calle, puede idear sus propias maneras de moverse en la cocina. Lo que quiere decir, además, que en el espacio de la cocina no sólo se dan los conocimientos propios del cocinar, de poner ingredientes en cocción, sino que hay otros conocimientos además de ese. Esto es importante porque carga al espacio de ciertas dinámicas y prácticas que de otra manera se invisibilizan y se naturalizan, por ejemplo como propias de las mujeres.

Hasta este punto he intentado reflexionar sobre cómo los espacios no producen sentido por sí mismos, sino que es en la relación y la interacción con ellos que queda una huella que puede rastrearse para entender los comportamientos humanos en una determinada época y lugar. En el espacio doméstico se representan roles asignados socialmente, pero también se transforman, se fisuran o aparecen matices. La cocina es dinámica dentro del espacio doméstico, como lo son también las mujeres: se oponen, evidencian quiebres, malestares o reproducen modelos. He dejado este capítulo en los saberes y representaciones que se ponen en juego al construir la cocina. En el siguiente capítulo me concentraré en los saberes al cocinar, en las formas de hacer de comer y las labores domésticas y su reparto.

2. “Cada cual sabía lo que le tocaba hacer”

Formas de hacer de comer: las labores domésticas y su reparto

Este segundo capítulo lo he dividido en cinco partes. Cada una explorará prácticas específicas dentro de las cocinas de las mujeres de esta investigación. Éstas se extenderán a labores además de preparar los alimentos y se desplegarán hacia actividades domésticas que se realizan en otras partes de la casa, además de la cocina, y que involucran a más personas que los miembros de la familia. El capítulo se referirá al reparto de las labores domésticas circunscrito al ámbito privado, familiarizado y feminizado.

La primera parte del capítulo hará referencia a las formas de hacer de comer, trayendo los relatos del cocinar colectivo. La segunda parte se concentrará en las formas individuales y de colaboración intermitente, alrededor de una cadena de delego dentro de la casa. Las dos primeras partes darán entrada a reflexiones sobre la colaboración entre mujeres, los vínculos femeninos y sus redes de cuidado y cooperación. Este hacer en colectivo dará entrada a reflexiones sobre aprender y enseñar a cocinar como una transmisión principalmente femenina. Luego haré un despliegue más amplio sobre las labores domésticas y de cuidado. Éste se relacionará con el trabajo productivo y los aportes de las mujeres como coprovedoras dentro del hogar. El capítulo cierra con algunas ideas sobre cómo el funcionamiento de la casa, en su acepción material, recae en las mujeres, dejando abierta la búsqueda por una concepción integradora y responsable del trabajo de cuidado que dará paso al siguiente capítulo.

2.1. Formas de hacer de comer.

Cuando el trabajo en la cocina se hace colectivo.

Doña Elba (82 años), doña Eliza (78) y Ofelia sobre su abuela.

Éramos muchas cuñadas. Doña Elba tiene ahora 82 años y cuando estaba más joven, en sus veintes, se levantaba casi todos los días a las cinco de la mañana, iba hasta la

cocina y a esa hora ponía la olla para hacer el café. Rato después iban llegando sus cuñadas y su suegra⁷. Casi siempre cocinaban todas juntas en una sola olla. Algunas veces, aunque cocinaban para todos los de la casa, preferían turnarse y que dos de ellas quedaran a cargo. Cuando Elba llegó a esa casa, luego de haberse casado con Antonio, su suegra le dijo que cocinaran para todos, que para qué se iban a “poner a apartar ollas”.

Los días generalmente comenzaban así: mientras Elba colaba el café, pasando una y otra vez el agua por el colador, se acercaba su cuñada Gloria con un pocillo para que se lo llenara. Luego de tomarse el tinto Gloria ponía unos tizones en el fogón para precalentar la hornilla donde se iban a asar las arepas. Esta vez Gloria y Elba eran las encargadas de cocinar. ¿Para quién cocinaban, doña Elba? “Pues ahí a la hora de la hora había que darles a todos. Si había trabajadores⁸, aunque rara vez, pues había que darles. También a los de la familia y si llegaba alguien al desayuno, había que darle cualquier pan con café, o al almuerzo lo mismo” (Elba, comunicación personal, marzo 13 de 2019).

Las otras cuñadas que habían estado lavando ropa, bañando a sus hijos o barriendo y trapeando se acercaban a la cocina, y cuando era la hora de servir el almuerzo ayudaban a organizar los platos y las raciones, sabiendo qué comía cada quien. Al hijo de una de ellas no le gustaba la papa, así que al servirle se la sacaban del sancocho. El esposo de otra prefería, si le iban a dar arroz, que se lo sirvieran en el mismo plato del sancocho, para que el “arrocito se remojará”. Esta escena de mujeres sirviendo sancocho humeante, echándole ají encima, pasando de mano en mano, raciones de más o de menos, se repetía todos los días. Los otros que estaban en la cocina opinaban sobre lo que ahí pasaba, como el suegro que le decía a doña Elba que dejaran de estar

⁷ Había detallado en el capítulo anterior que doña Elba vivió con su familia en la casa de sus suegros junto con sus cuñados, sus esposas e hijos. Eran tres familias, además de la suya, y los suegros. Se sumaban inquilinos, de corta estancia (“veraneantes”), a los que arrendaban habitaciones.

⁸ Sobre todo bajo la modalidad de jornalero: persona que trabaja a cambio de un jornal o pago por día de trabajo.

colando las papas del caldo: “Se lo comen como venga. Qué es eso de que el niño no quiere” (Elba, comunicación personal, marzo 13 de 2019). Cuando terminaban de comer en la casa de doña Elba, las encargadas de cocinar recogían y lavaban los platos. Elba y su cuñada tenían que encargarse de la cocina todo el día, y eso implicaba más actividades además de cocinar.

Al cocinar se ponen en marcha diversas estrategias para resolver, planear o negociar, como le tocaba hacer a doña Elba para tener contento a su suegro y al niño al que no le gustaban las papas en la sopa. Es un trabajo de cuidado, de servir al otro y por eso hay que saber qué quiere el comensal, qué no le gusta, qué no puede comer o cuánto acostumbra a comer. Lo que implica un trabajo racional y afectivo por parte de quien cocina. Preparar alimentos es tal vez el punto medio de todos los procesos y las labores que demandan las cocinas, en este caso, del ámbito doméstico. La antropóloga Sandra Daza (2019), en su tesis sobre cómo el discurso científico modifica las prácticas cotidianas de preparación y consumo de alimentos, dice que el estudio de los hábitos alimenticios debe dividirse en cuatro fases: producción, distribución, preparación y consumo. Y agrega una quinta fase olvidada: limpieza y eliminación. Todas conectadas entre sí. La preparación no es un acto que ocurre espontáneamente, para hacerlo son necesarios un conjunto de actividades previas y otras posteriores, “que por rutinarias (y muchas veces por feminizadas), suelen pasar desapercibidas” (Daza, 2019, p. 108).

Cocinaba con mi suegra. Doña Eliza (de 78 años) vivió con sus suegros una vez que se casó con don Heriberto en una finca que en esa época tenía muy pocas comodidades. Las encargadas de las tareas en la cocina eran ella y su suegra. Eliza me contó que un día cualquiera su esposo había madrugado, se había bañado con agua bien fría, se había tomado un pocillo de café y remojado un pedazo de pan. Luego había salido al terreno que tenían cultivado. Era un lote de 10 x 20. “Éramos más jóvenes y se podía sembrar más cantidad que ahora” (Eliza, comunicación personal, septiembre de 2018). Habían alquilado un lote y habían sembrado una mitad con maíz y la otra mitad con frijol. El maíz estaba listo para recoger. Los frijoles apenas parecían

querer reventar. Desde allá arriba se veía la casa y más al fondo el resto de las montañas que rodean a Felidia. Puro bosque y poquitas casas. “Una que otra, pero bien lejos la una de la otra”. El esposo de Eliza estaba cosechando. Esta vez no había pagado trabajador porque no alcanzaban las ganancias. Así que lo hacía solo. En algún momento de la mañana llegaría Eliza a ayudarlo. Seguramente cuando ella llegara él iba a tener buena parte de la siembra organizada en atados para llenar los bultos. Como era más maíz del que había calculado, silbó bien fuerte desde arriba, esperando que Eliza dejara lo que sea que estuviera haciendo y se apresurara a ayudarlo. En un día normal de trabajo dentro de la casa, Eliza tenía que dividir su tiempo entre las labores domésticas y salir de la casa para ayudar en el cultivo. Esto podía tomar un tiempo considerable y Eliza junto con su suegra, se delegaban las labores y el resto del trabajo. “Misiá Paulina, mi suegra, me decía que me fuera a ayudarlo a Heriberto. Yo dejaba barriendo, le dejaba las ollas puestas y ella hacía el almuerzo y cuidaba a los muchachos” (Eliza, comunicación personal, septiembre de 2018).

En esa época, la cocina de doña Eliza y su suegra no tenía energía ni gas. Algunas veces, sobre todo los fines de semana cuando llegaban visitas, se les terminaba la leña, entonces se iban juntas con un machete a tumbar ramas de los árboles. Juntas también iban por agua, porque en esa época ellas no tenían acueducto y el agua la traían del río o de algún nacimiento. Allá también iban las dos a lavar la ropa, y se ayudaban sobre todo al regresar, cuando se devolvían con la ropa mojada y pesando el doble.

Entre mi abuela y mi tía. Cuando le pregunté a doña Ofelia (de 75 años) por las formas de cocinar, me terminó contando lo que ella veía en su niñez. Su abuela quedó viuda siendo muy joven y tuvo que hacerse cargo de la finca que tenía, además de sus hijos que eran muy pequeños todavía. Una vez éstos crecieron, una de sus hijas se quedó con ella en la casa y le ayudó con la carga de la finca hasta su vejez. Una situación muy frecuente, tal vez mucho más común en el pasado, donde el cuidado de los padres en la vejez se delegaba en particular a las hijas. Las investigadoras Mónica Toledo y Mirza Aguilar, a propósito de una investigación sobre el cuidado de los

padres por parte de los hijos en México, bajo el fenómeno del *xocoyote*⁹, decían que si bien el cuidado en la vejez se plantea como un asunto de reciprocidad, “éste queda circunscrito al ámbito privado, sigue familiarizado y feminizado” (Toledo y Aguilar, 2018, p. 255).

Cuando le preguntaba a doña Ofelia cómo veía que su abuela cocinaba en esa casa que describía tan grande, tan llena de primos y hermanos, me contaba que ella siempre tuvo al lado a su hija. ¿Entonces con quién se crió usted, Ofelia? “Pues con mi abuela María Galindo y mi tía Verónica... fueron ellas dos. Usted pregúntele a su tía Amparo y ella le va a responder igual” (Ofelia, comunicación personal, 30 de marzo de 2019). Verdaderos equipos maternos conformados por abuelas, madres, tías, hijas, sobrinas, hermanas, las cuales mantienen diferentes relaciones de parentesco con los otros, pequeños y grandes, y con ellos distintas obligaciones (Lagarde, 2001). Su abuela y su tía hacían funcionar la finca, trabajando la tierra y cuidando nietos y sobrinos mientras los padres trabajaban o no estaban, y habían delegado en ellas la responsabilidad, algunas veces en términos económicos y siempre en términos de cuidado. “Cuando estaban bien, cuando todavía podían caminar, andaban de aquí para allá recogiendo café, secándolo ellas mismas con coletas en el patio; lidiaban con cerdos, gallinas. Fueron ella y mi tía Verónica las que mantenían en pie esa finca. Ellas dos hacían pandebonos, asaban arepas, cocinaban rellenas, preparaban guarapo, fritanga y todo eso lo vendían en el pueblo” (Ofelia, comunicación personal, 30 de marzo de 2019).

2.2. Una cadena de delego en las labores de la cocina.

Las mujeres entrevistadas también mencionaban otras formas de hacer de comer: Cocinaban de manera individual o con ayuda intermitente. Estas ayudas a la hora de cocinar no se materializaban únicamente en la cantidad personas, sino que también se

⁹ Xocoyote: es el hijo menor de una familia quien queda a cargo de los padres en la vejez y que en recompensa, hereda sus bienes. Esta figura aplica en la parte centro y sur de México, específicamente en las regiones con un fuerte componente indígena. Las investigadoras encontraron que cuando el xocoyote recaía en un hijo varón, el trabajo de cuidado de los padres se trasladaba a las esposas.

veían reflejadas en el tipo de preparaciones. El esposo de doña Catalina (86), por ejemplo, ayudaba algunas veces en la cocina, pero siempre en unas preparaciones determinadas, como los desayunos: ¿Y el almuerzo sí le tocaba a usted? “Ahí sí lo hacía yo porque eso ya era más grande y si había trabajadores pues peor” (Catalina, comunicación personal, 13 de marzo de 2019).

Teresita (de 83 años) y Ofelia cocinaban solas en sus casas, no tenían ayuda sino hasta que sus hijos fueron un poco mayores. A Ofelia le pregunté quién le había ayudado cuando recién había tenido sus hijos, porque luego de los partos muy difícilmente podía cocinar: “Si la hija mayor ya estaba grande entonces a ella le tocaba cocinar cuando yo me enfermaba. Sino era él [su esposo] el que cocinaba. Por ejemplo en las dietas le tocaba obligado cocinar. Él madrugaba, dejaba haciendo las cosas y salía y se iba a trabajar” (Ofelia, comunicación personal, 30 de marzo de 2019).

Estas ayudas intermitentes en la cocina se daban sobre todo en situaciones no rutinarias: por enfermedad, por convalecencias o incluso en eventos y celebraciones. Esas colaboraciones eran de familiares, casi siempre mujeres: una hermana, la mamá o la suegra; o de otras vecinas y conocidas que colaboraban esporádicamente. “Yo tenía en ese tiempo una señora que se llamaba Elodia pero no sé qué se haría. Ella cocinaba y tal, pero Eliza -mi hermana- era la que me veía al niño” (María, comunicación personal, 16 de marzo 2019). En los relatos que he recogido con las mujeres de mi investigación les he escuchado cómo el trabajo de cocina se delegaba en este orden: a los hijos mayores, a la suegra, a las cuñadas, a la mamá y luego al esposo¹⁰. Había toda una cadena de delego de las actividades del trabajo doméstico. Esta repartición de labores era además no remunerada, pues no estaba dentro de las condiciones económicas de las mujeres de mi investigación, pagarle a alguien más para que realizara el trabajo doméstico. El trabajo pesado dentro de la cocina, y dentro de la casa, recaía en muy pocas manos, principalmente sobre las mujeres de mi investigación. Los hombres debían hacerse cargo cuando no había presencia femenina, por ejemplo cuando por conflictos familiares no había colaboración del

¹⁰ Sobre el rol de los hombres en la cocina ver capítulo 3.

resto de la familia, situaciones que pasaban de manera frecuente, como relató doña Ana: ¿Y su esposo lo hacía por iniciativa o porque usted le decía? “Pues él viéndome enferma qué podía hacer. Y como mi mamá no iba porque como ella no quería que yo me casara, como no quería al viejo...” (Ana, comunicación personal, 30 de marzo de 2019).

La colaboración entre mujeres. Antes de seguir adelante con las reflexiones alrededor de las formas de hacer de comer, haré una pausa en el texto para detenerme en el trabajo colectivo en la cocina.

En el capítulo anterior mencioné el ensayo de Virginia Woolf sobre la historia de las mujeres escritoras, esperando hilar mis reflexiones a sus ideas respecto a *la habitación propia*. En ese ensayo, Woolf (2008) debate sobre la forma en la que los escritores han descrito las relaciones de las mujeres en sus novelas. La reflexión de la autora es que las mujeres, y los personajes femeninos de la literatura, no solamente han sido vistos por el otro sexo, sino desde el punto de vista de la relación que establecen con el otro sexo –es decir, con los hombres- (Talotti, 2014). Lo que se puede inferir del ensayo de Woolf es la necesidad de ver a las mujeres también a través de su relación con otras mujeres. La escritora se detiene en las relaciones amorosas y sexuales, pero podríamos pensarlas también en otros sentidos y en otros ámbitos. En los relatos de las señoras de mi investigación, al hablar de las formas de hacer de comer, el trabajo en la cocina se hacía casi siempre en clave femenina. Éste respondía a un trabajo configurado bajo una división sexual y una lógica inequitativa del cuidado, pero yo quisiera detenerme en las redes de relaciones que ellas configuraban al hacer de comer.

Rita Laura Segato (2015) decía, en uno de sus ensayos sobre las relaciones de género modificadas históricamente por el colonialismo, que la colonial-modernidad había entrado en el “mundo aldea” y le había arrebatado a las mujeres su lugar soberano, y que todo lo relacionado con la esfera doméstica se había privatizado. El encapsulamiento de la domesticidad como vida privada había hecho desaparecer

grandes aciertos, por ejemplo: los vínculos exclusivos entre las mujeres, “que [se] orientaban a la reciprocidad y a la colaboración solidaria, tanto ritual como en las faenas productivas y reproductivas” (Segato, 2015, p. 87). Las consecuencias de la ruptura de estos vínculos, dice Segato, fueron letales para la seguridad de las mujeres, pues las hizo progresivamente más vulnerables frente a la violencia masculina (Segato, 2015). Segato se refiere a las redes entre mujeres, muy influida por sus estudios sobre las violencias en los cuerpos feminizados. En una entrevista decía: “En lo que yo llamo mundo aldea, si le pasa algo a una mujer, [ellas] tienen redes. Aún dentro de conflictos se unen y hay ahí un blindaje del mundo femenino. Acá queda eso [se refiere a las indígenas en zona rural en la Argentina], en el “jueves de comadre”, que precede al carnaval y es un momento en el que las mujeres de la familia, atravesando antipatías y conflictos o lo que sea, se unen. Eso permanece acá” (Canal Encuentro, 2017).

Esta investigación puede no asumir los temas que preocupan a Segato respecto a la violencia contra las mujeres, puede incluso parecer un asunto menor al lado de la complejidad y la crueldad detrás de los feminicidios. Un tema sobre el que Segato es experta y ha elaborado cantidad de reflexiones y teorías. Sin embargo, hago un llamado a sus planteamientos por el peso que ella pone sobre los vínculos entre mujeres. Estos pueden ser revolucionarios y se pueden pensar en otras problemáticas. Las mujeres de mi investigación establecieron redes entre ellas, de cuidado y de cooperación, en las rutinas del trabajo doméstico. Cuando la suegra de doña Elba le dijo que para qué se iban a “poner a apartar ollas” y que cocinaran todas juntas, eso significaba dividirse el trabajo entre las mujeres que vivían en esa casa y alivianar la carga. Esta dinámica sin duda también era beneficiosa cuando alguna familia en esa cocina no tenía para el mercado y se cubrían en un gesto de solidaridad. O cuando doña Eliza me contaba que su suegra la reemplazaba en el cuidado de sus hijos, mientras ella iba a ayudarle al esposo con la carga de siembra que vendían en Cali. Sus historias, además, desvirtuaban ese estereotipo asociado a la figura de la “suegra”. También en el relato de Ofelia, cuando contaba que su abuela formó equipo con su hija para sacar adelante una finca –y por ahí derecho a nietos y sobrinos-. O cuando doña

Elba decía: “Yo me acuerdo que se iba Blanca, iba Carlina, misiá Santoya, iba yo. Nos madrugábamos y dejábamos almuerquito hecho y nos íbamos pa'l río a lavar [...] uno ahí se ayudaba porque esa ropa húmeda pesaba mucho” (Doña Elba, comunicación personal, septiembre de 2018). No fueron relaciones perfectas, y seguramente muchas veces tuvieron que atravesar antipatías y conflictos, como dice Segato, pero me interesa que quien lee se quede con la idea de que muchas veces una de ellas fue el apoyo de la otra, que hay unas relaciones ahí muy importantes y de cómo las vivieron puede desprenderse un matiz que fisure las ideas hegemónicas con las que hemos crecido las mujeres al relacionarnos con otras.

2.3. “Uno viendo aprende”.

Aprender y enseñar a cocinar, una transmisión también femenina.

Doña Eliza y doña Elba me contaron cómo aprendieron a cocinar, y ese relato se parece mucho a otros que he recogido en mi investigación. Muchas “aprendieron viendo” lo que hacían sus mamás en las cocinas. No pasaba muy seguido que ellas les explicaran detenidamente cómo se preparaba un plato de comida o cada uno de los pasos que había que seguir, sino que ellas fueron aprendiendo con la costumbre al ver a sus mamás cocinar. También aprendían porque a veces las ponían a participar de una parte del proceso de preparación. Por ejemplo, cuando les pedían que desgranaran las hojas de naranjo que llevaba el champús o moler el maíz que luego iban a ser las arepas.

Alguna vez leyendo a Luce Giard en *La invención de lo cotidiano II* (1999) ella contaba la manera como aprendió a cocinar, y que ahora, con los relatos de las mujeres de mi investigación, se pone en diálogo. Giard decía que se había resistido toda su vida al llamado de su madre para aprender junto con ella a hacer de comer. “Rechazaba este trabajo de mujer, puesto que nunca se proponía lo mismo a mi hermano. Yo ya me había decidido, había determinado mi destino: un día tendría un “verdadero oficio”, me dedicaría a las matemáticas o escribiría” pero nunca a la cocina (Giard, 1999, p.

154). Con una partida temprana de la casa familiar, Giard tuvo que involucrarse en los oficios cotidianos y en hacerse de comer. Entonces dice esto:

“[...] me queda este asombro: creía que nunca había aprendido nada, pues había querido sustraerme con obstinación, al castigo de esta educación de muchacha [...] sin embargo, mi mirada infantil había visto y memorizado acciones; mis sentidos habían conservado el recuerdo de sabores, olores, colores [...] Era la heredera y depositaria sin haberlo deseado. [...] yo también estaba dotada de un conocimiento de mujer, que se había metido en mí al burlar la vigilancia de mi propósito” (Giard, 1999, p. 155).

Giard no romantiza el trabajo de las mujeres en la cocina y tampoco lo esencializa. Sus reflexiones nacen de su experiencia de aprendizaje, donde eran las mujeres las que cocinaban en su familia. Un aprendizaje que se parecía mucho al de las mujeres de mi investigación. Al lado de sus madres, aprendiendo por el ejercicio diario de ver, oír y sentir a sus mamás cocinar. Sin embargo, el panorama de las señoras de Felidia tenía otros matices, en medio de la ruralidad, a mediados –incluso antes– del siglo XX, dedicadas al trabajo agrícola y doméstico, y en condiciones en su mayoría de pobreza. Cuando les preguntaba a las señoras de mi investigación cómo habían aprendido a cocinar algunas respondían con una sensación de no saber explicarlo, como una situación que era demasiado obvia. Se había planteado como algo que se debía hacer porque tenían que ayudar mientras sus papás no estaban, o porque muchas veces el trabajo era vender preparaciones en el pueblo. Aprender a cocinar a veces era derivado de su situación social y económica. Las condiciones de ese aprendizaje distaban de la historia personal de Giard (1999), por ejemplo, que aprendió cuando quiso hacerlo, cuando ya estaba cansada de preparaciones “no tan hogareñas”. Doña Eliza aprendió “viendo” a hacer tamales desde muy pequeña, porque ella y su hermana tenían que trabajar junto con su mamá. Muchas aprendieron cuando, muy jóvenes, iban a casas a trabajar en el servicio doméstico. Doña Catalina (de 86 años) me decía: “Yo aprendí en Cali. Como a los 12 años cuando mi mamá me mandó a una casa de familia” (Catalina, comunicación personal, 13 de marzo de 2019). Es decir,

como una necesidad económica, un oficio delegado y a edades muy tempranas. Por otro lado, muchas veces enseñarles a cocinar era heredar en ellas un saber que podía volverse un oficio, para subsistir y tener trabajo. Una de mis entrevistadas me decía: Mi tía Verónica le decía a mi abuela: “enséñele a la Amparo a hacer champús¹¹, mamá. Para que mañana que usted falte haya otra persona que lo haga. Ella le enseñará a otra y eso es una cadena”. Y así fue. Esta casita la compré con la venta de champús” (Amparo, comunicación personal, agosto de 2019).

“Claro que los primeros sancochos me los enseñó fue mi papá”. Ana (de 78 años) me contó que cuando era una niña, tenía unos 11 o 12 años, estaba en la cocina preparando el almuerzo. Era la primera vez que le tocaba cocinar, otras veces cuando su mamá no estaba, alguna tía o incluso una vecina habían ayudado a preparar cualquier cosa para el almuerzo. Algunas veces también había visto a su papá cocinando. Pero esta vez parece que no lo iba a hacer nadie y Ana pensó que estaba bien si ella cocinaba. Había visto muchas veces preparar sancocho y se acordaba más o menos de cómo era. Buscó la olla en la que hacían los caldos y la llenó de agua, le puso adentro unas papas, unos plátanos, una cebolla larga, un pedazo de carne y la sal. Puso eso a calentar en unas brasas que sólo había que reavivar venteando con la tapa de una olla. Las papas, el plátano y la cebolla hirvieron por largo rato. Cuando entró el papá a la cocina se sorprendió de ver lo que se estaba cocinando. Lo sirvieron pero nadie comió. “Ni los perros se lo comieron”. Su papá le explicó entonces cómo debía hacer el sancocho. Le dijo que primero tenía que poner el agua a hervir y luego irle agregando los ingredientes en un cierto orden, de manera que el caldo fuera quedando sustancioso y espesando y así tuviera una textura más agradable. No en esas palabras precisamente, pero eso le quería decir. “Deje arder la carne para que de sustancia. Sino eso no le va saber a nada, dijo mi papá”. El papá de Ana le mostró algunas otras veces, aparte de ésta, cómo era que se cocinaba algunos platos diarios.

Este es el único relato que he encontrado, con las señoras de mi investigación, donde la figura paterna enseña una práctica en la cocina: la presencia de ambos en ese

¹¹ Bebida refrescante a base de maíz, melado, piña, lulo y agua de hoja de naranjo.

espacio y enseñando a hacer de comer. Existen diversas formas de ser padres o madres y éstas varían de acuerdo con el contexto histórico, social o cultural donde se desarrollan (Puyana, 2003). En esta historia en particular, la figura materna estaba ausente y en cambio la del padre, que trabajaba en casa, era mucho más cercana. El papá de Ana fue una figura importante para ella cuando aprendía algunas labores domésticas que debía asumir conforme crecía y la ausencia de su madre era mayor.

Cuando ellas enseñaron a sus hijos e hijas a cocinar. Cuando les pregunté si ellas les habían enseñado a sus hijos me respondieron que sí, que a sus hijos y a sus hijas por igual. Y muchas de las maneras de enseñarles se parecían a como ellas habían aprendido.

Cuando doña Elba me respondió que ella le había enseñado a todos sus hijos varones a hacer de comer, yo le pregunté: ¿Aprender a cocinar es igual de importante para hombres y para mujeres? “Claro, hoy día es importante para todos, tanto para la mujer como para el hombre, ¿porque si la mujer se va y hay que cocinar?... Si el hombre sabe pues se arremanga, como se dice, y hace su almuercito” (Elba, comunicación personal, 13 de marzo de 2019). Con doña Eliza también fue muy parecido: ¿Le enseñó a los hijos y a las hijas por igual? “Sí, a ellos sí porque imagínese: se les enferma la esposa, ellos pueden ayudarles” (Eliza, comunicación personal, 16 de marzo de 2019). Y doña Ana: “Sí, es importante porque si usted se casa y el marido le dice: “hágame una sopa”, ¿y si usted no sabe? “Hágame un arroz”, ¿y si usted no sabe?” (Ana, comunicación personal, 30 de marzo de 2019).

Las respuestas de Ana, Eliza y doña Elba dejan ver que a pesar de que sus hijos aprenden a cocinar, y que ellas incluso les han enseñado porque lo consideran una necesidad, el cocinar sigue recayendo como una labor del trabajo doméstico que es responsabilidad de las mujeres. Estas no deben ser vistas como simples divisiones del trabajo doméstico, sino como divisiones fundamentales en términos de poder. Encontré una cita leyendo a Luce Giard, que tal vez recoge los relatos que encontré en mi investigación: “En líneas generales, comemos lo que nuestra madre nos enseñó a

comer, lo que la madre de nuestra mujer le enseñó a comer” (Moulin citado por Giard, 1999) o para este caso, *lo que le enseñó a nuestras mujeres a cocinar*. Magdalena León (1995), al reflexionar sobre la familia nuclear como origen de las identidades, decía que al detenerse en la relación entre familia y género era clave señalar que las jerarquías de género son creadas, reproducidas y mantenidas cotidianamente a través de la interacción de los miembros del hogar.

Hay unos oficios que son de las mujeres, aunque no para todas las mujeres. Las investigadoras Toledo y Aguilar (2018) decían que: “debido a la división sexual del trabajo y a la lógica inequitativa del cuidado, que ha configurado una organización social del cuidado familiarizada y mercantilizada, son las mujeres quienes asignan tareas domésticas y del cuidado a otras mujeres”. Al hablar de las desigualdades de género éstas se relacionan con otras desigualdades básicas como edad, etnia y clase (León, 1995). “Para las mujeres, su identidad estará necesariamente marcada por su posición subordinada en la sociedad, pero, al mismo tiempo, esta subordinación tendrá las cicatrices de las demás variables” (León, 1995, p. 180).

2.4. “Es que son más cosas que sólo cocinar”.

Labores en la cocina previas y posteriores a la preparación de los alimentos.

Cuando hablé con las señoras de mi investigación, sobre las actividades que se hacían en la cocina además de cocinar, les pregunté cómo llegaban los alimentos a la cocina. Se daba de dos maneras: una parte se compraba en la plaza del pueblo, aunque la mayoría de compras preferían hacerlas en las galerías de Cali. Otra parte de los alimentos venía de la autoproducción, al dedicarse buena parte de las familias a la agricultura. ¿Qué se compraba? “Lo esencial. Se compraba carne, la panela porque en ese tiempo no era azúcar sino panela; el arroz, las pastas. Lo que no se compraba era yuca, plátano, el café tampoco, de eso había en la finca (Ana y María, comunicación personal, marzo de 2019). Lo que se compraba dentro del mercado o lo que se cultivaba para el consumo de la casa no era sólo para los miembros de la familia. En algunas épocas del año “Se compraba por ahí un bulto y eso era para la gente de la

casa y los trabajadores. Porque a mí me tocaban 5 o 6 trabajadores” (Ana, comunicación personal, marzo 30 de 2019).

En sus relatos estaba esperando que me contaran cómo era que ellas iban a comprar los alimentos, cómo les tocaba negociar en las plazas de mercado, cada cuánto lo hacían, si alguien las acompañaba. En otras palabras, esperaba que me dijeran cómo ésta era una actividad principalmente femenina. Pero no encontré eso. La mayoría de compras de mercado las hacían sus esposos. Eventualmente ellas los acompañaban, pero era una cosa muy esporádica. Y sólo unas pocas dijeron que ellas se encargaban de hacerlo: Teresita, ¿usted mercaba y a usted le tocaba pagarlo? “¡Pues claro! Si el otro no tenía sino para tomar trago y jugar naipi (sic). Yo trabajaba y yo mercaba. Yo sí sabía qué valía un mercado” (Teresita, comunicación personal, 13 de marzo de 2019). Similar ocurría con doña Elba, que empezó a encargarse del mercado cuando su esposo enfermó.

¿Quién mercaba en esta casa? Ya que en la mayoría de los relatos quienes lo hacían eran los hombres, pensé que aquí iba a encontrar una ruptura o un matiz, de esos que vengo rastreando desde que empecé esta investigación. Mi hipótesis entusiasta era: estos señores, unos 70 u 80 años atrás –o incluso más-, de alguna manera se dividían el trabajo en la cocina. ¿Podía ser que la responsabilidad del funcionamiento de la cocina no recayera sólo en las mujeres?, ¿cómo llegaron a ese acuerdo?, ¿acaso fueron ellas quienes exigieron ese reparto?, ¿fue por iniciativa de ellos? Estaba emocionada. La única pareja que pude entrevistar me decía cosas muy parecidas a las respuestas de las otras mujeres:

- ¿Y quién mercaba en la casa?
- [Doña María] Él.
- [Don Evelio] Yo.
- ¿Usted le decía qué tenía que comprar o él sabía?
- [Don Evelio] No, yo sabía qué había que traer pa’ la casa.
- [Doña María] No, él ya sabía y traía las cosas sin decirle.
- ¿Y cada cuánto más o menos mercaba?

- [Don Evelio] Cada ocho, cada 15 (María y Evelio, comunicación personal, 16 de marzo de 2019).
- ¿Quién se encargaba de mercar?
- Mi marido.
- ¿Y él sabía qué faltaba o usted le decía?
- Él ya sabía. Como a él toda la vida le había gustado remesiar, no había ni que apuntarle. (Ana, comunicación personal, marzo de 2019).

Sus relatos reforzaban mi hipótesis entusiasta. La mayoría de sus esposos se encargaban de comprar los alimentos. Los pagaban de sus propios ingresos, un poco bajo la idea de que eso era algo que le tocaba a él, como proveedor. Sin embargo, el quehacer, la práctica como tal, la hacían ellos. Los esposos aparentemente sabían qué comprar, cuándo debían hacer mercado, para quiénes y cuánto comprar. ¿Por qué tenían estos conocimientos? Porque participaban eventual y esporádicamente en la cocina; habían trabajado o trabajaban en ese momento en fincas desempeñando labores varias, entre esas, tareas de trabajo doméstico, como compras de mercado: “Él sabía qué traer porque como trabajaba por allá arriba donde un señor Anselmo. Ahí lo mantenían mandando a remesiar (sic). Por eso es que él sabía qué se debía comprar” (María, comunicación personal, 16 de marzo de 2019). Y otros que no hacían ninguna de estas labores, compraban los alimentos según su decisión y orientados un poco por lo que sus esposas les decían que hacía falta.

Pero entonces los relatos de las señoras siguieron adelante: sus esposos se encargaban de hacer el mercado, no precisamente porque hubiesen acordado dividirse esa tarea, sino que esto respondía más bien a ciertas circunstancias. Por un lado, en varios de sus relatos es evidente que en sus matrimonios la figura del esposo era la del proveedor y era quien manejaba el dinero. Al manejar el dinero ellos mismos compraban: “En ese tiempo le traían a uno su remesa y eso era todo” (Eliza, comunicación personal, octubre de 2019). Pero ¿qué compraban?: “Uno tenía que conformarse con lo que trajera el marido y solucionar con lo que llevaran. Así fueran cosas buenas o malas... Podían comprar lo básico, pero si se acababa no se podía estar

pidiendo más, o decirles: deme plata para ir a comprar que esto se acabó” ¿Por qué? “Pues porque él ya había comprado... Y también porque no había más plata” (Eliza, comunicación personal, septiembre de 2018). Sobre todo cuando no todas contaban con ingresos propios, pues había un acceso asimétrico a los recursos: “Yo por qué iba a pagar si no tenía. Uno en la casa no tenía de qué le cayera un peso” (María, comunicación personal, septiembre 2018).

¿Qué pasaba entonces cuando se acababa algún alimento y no había dinero para reemplazarlo? Las mujeres ponían en juego estrategias: planeación, inventiva, imaginación. Se individualizaban maneras de hacer: “Era un pedacito de carne que se compraba cada ocho o cada 15 días. Y eso hasta que alcanzara, ya para el día jueves no había qué echarle a la olla, entonces de ahí en adelante coma sancocho morado. O sea que en vez sancocho con carne, pues habas. Nos íbamos el día sábado a buscar habas con mi hijo. Se traían esos morrales llenos de habas. Hacíamos un principio rico. Hacía uno una sopa de maíz y se le echaba eso. O buscar las arracachitas. Y sino, con mantequita y ya.” (Eliza, comunicación personal, 13 de marzo de 2019).

Yo estaba influenciada por Giard (1999), quien le preguntó a las mujeres que participaron en su investigación sobre las decisiones a la hora de preparar alimentos a sus hijos y esposos, estas respondían que hacían esfuerzos para variar las comidas, sobre todo cuando sus hijos eran más pequeños, “para nunca darle la misma cosa dos veces seguidas” (Giard, 1999, p. 197). Entonces yo les hice a las mujeres que entrevisté una pregunta similar. Sus respuestas no fueron nada parecidas a las que recibió Giard. Doña Catalina, por ejemplo, me dijo: “No, yo no planeaba mucho qué se iba a cocinar... En ese tiempo eso no se hacía” (Catalina, comunicación personal). “Escoger, combinar y preparar son acciones de la ciudad, cuando uno tiene con qué” (Giard, 1999, p. 180). Giard decía que de un grupo social a otro no se consumen los mismos productos y no se combinan ni se consumen igual en la mesa (Giard, 1999). Ni se pueden tener las mismas prioridades respecto a lo que se come. Las mujeres de mi investigación tenían que resolver faltas en sus cocinas en épocas de pocos elementos y recursos económicos para suplirlos.

Pero sigamos indagando por qué sus esposos se encargaban de los mercados: ellos eran los que tenían mayor acceso a las plazas de mercado en Cali, que era donde acostumbraban a comprar los alimentos. Este acceso se debía a dos cosas: la primera, porque ellos iban a Cali a vender lo que habían sembrado y podían comprar ahí mismo lo que hacía falta en sus casas. La segunda, para la época de los relatos de las señoras, más o menos hacia 1950, el acceso a Cali desde Felidia suponía un viaje largo y sin muchos medios de transporte, y los recorridos los terminaban haciendo ellos: “De aquí él se iba con sus cargas y traía mercado de Cali. Se iba solo en su caballito por Montañuelas o por las Lomas de Quintero” (Catalina, comunicación personal, septiembre de 2018).

Los hombres también participaban en la consecución de alimentos para el consumo de sus familias a partir de la autoproducción. En el caso de los relatos de las mujeres de esta investigación, sus esposos se encargaban de los cultivos para el consumo familiar, de los cuales muchos eran para venta externa en Cali, en el mismo pueblo o en sus casas¹². “Pues sí... arracacha, yuca, cebolla. Todo eso uno nunca se ha comprado porque él siembra. Y mire que hasta ahora. Por ahí tiene maticas de cebolla. Él sembraba aquí fríjol, sembraba arveja” (Eliza, comunicación personal, septiembre de 2018).

Otras labores satélites en la cocina. Mercar o conseguir los alimentos, ya sea bajo la autoproducción, es una actividad previa a la preparación de las comidas. Pero cuando hablaba con las mujeres de esta investigación y al recrear sus rutinas, cuando tenían pocos años de casadas y sus hijos aún pequeños, ellas contaban diversas labores en la cocina que incluso, se extendían a otros espacios de la vivienda, dejando en evidencia el gobierno de las mujeres en el funcionamiento de toda la casa.

Traté de recoger sus rutinas a partir de sus relatos: Tenían que cocinar, pero para eso alguien debía encargarse de traer la leña para prender el fogón. Antes de eso alguien

¹² Las esposas fungían como ayudantes en las labores de cultivo aunque su participación no era menor a la de sus esposos.

tenía que haber conseguido los alimentos (ya fueran comprados o de autoproducción). Alguien tenía que traer agua de los nacimientos o del río, “porque entonces, ¿con qué iba a cocinar el sancocho, los teteros o lo que fuera?” (Ofelia, comunicación personal, febrero de 2019). Luego almacenar el agua en ollas o baldes para mantener abastecida la casa. Y hervirla si su consumo era directo. Alguien tenía que calcular el tiempo que le tomaría prender el fogón para cocinar puntual el almuerzo o el desayuno. Alguien entonces tendría que estar atento a que ese fogón quedara bien apagado para que ninguna brasa se prendiera en la noche y ocasionara accidentes. Alguien tendría que estar atento (¿o atenta?) a los alimentos que quedaban del mercado, para gastar en orden del más maduro al más “verde” y no dejar dañar otros, que se traducirían en gastos económicos. Alguien tendría que llevarle los almuerzos a los trabajadores, en caso de tenerlos. Esperar que ellos almorzaran y devolverse a la casa con los platos. Alguien tendría que servir el almuerzo en la casa y luego a alguien le tocaría lavar los platos. Y como en ese tiempo poquísimas tenían lavaplatos, entonces seguramente a alguien le tocaría ir por agua y lavarlos en platones. En la tarde, si los trabajadores seguían de largo, y había con qué, alguien tendría que llevarles una merienda. Casi siempre café con pan, plátano frito o yuca frita. Cuando se “acababan” las labores en la cocina (entre comillas porque a veces sólo era que tomaban un receso), alguien tendría que medio asear la casa y las piezas. “Barrer, aunque el piso fuera de tierra” (María, comunicación personal, agosto de 2019). Alguien tendría que alimentar los cuyes, las gallinas, los cerdos que eran para consumo y venta; y alimentar también a los perros y los gatos que tenían de mascotas. Alguien tendría que recoger los huevos para que no se los comiera la zarigüeya. Todavía no había energía en sus casas, si mucho en el pueblo alguna planta que prendían a horarios, y entonces en la casa planchaban con carbón. Alguien tendría que conseguir tizones de carbón y planchar alguna parte de ropa. Algunos días de la semana a alguien le tocaría ir a lavar la ropa, una de las labores que más esfuerzo demandaba. Cuando les pregunté a ellas qué electrodoméstico o qué utensilio, de los que tenían ahora, les hubiera gustado tener en ese tiempo, la mayoría me respondía que una lavadora. “Eso sí es un alivio. Imagínese uno con ese ejército de muchachos y la lavadera de pañales en ese río...” (Eliza, comunicación personal, septiembre de

2018). Agachadas, metidas en el río, con el agua hasta la cintura. Luego cargar la ropa, entre medio seca y medio húmeda, hasta la casa. “Se lavaba muy bueno, sí. Y la ropa quedaba linda. Bien despercudida. Pero mucho esfuerzo...” (Doña Elba, comunicación personal, septiembre de 2018).

Por supuesto que estas labores no la hacían sólo las mujeres que entrevisté. Sería imposible sostener semejante ritmo. Ya hablé de una cadena de delego en estas actividades y cómo funcionaba. Sin embargo, las responsables de que esto pasara (ya fuera delegando) eran ellas.

¿Y en algún momento se pusieron de acuerdo en quién se iba a encargar del trabajo dentro de la casa?, le pregunté a doña Eliza. “No, nunca nos pusimos de acuerdo. Cada cual sabía qué le tocaba hacer” (Comunicación personal, septiembre de 2018). Kaufmann (2001) decía, a propósito de su investigación sobre parejas a través de la ropa sucia, que al preguntarle a la gente si habían elaborado un sistema de reparto de las tareas domésticas, éstos casi siempre respondían con un “se dio así”, “se fue dando solo”. “Las personas consultadas ignoran las reglas que presiden sus relaciones y quieren ignorarlas”, decía Kaufmann (2001, p. 209).

Las labores domésticas de las mujeres que yo entrevisté no se desplegaban solamente sobre los miembros de sus familias, sino también sobre familiares lejanos, allegados, trabajadores de jornal y compradores, en los casos donde algunas labores como preparar alimentos y otras actividades del trabajo doméstico como lavar o planchar, se encaminaban hacia el trabajo remunerado. Estas actividades suponen una poderosa inversión afectiva, dirigidas hacia una atención del cuerpo y el bienestar del otro, en unos tiempos, sin término visible, nunca susceptibles de recibir un último toque (a propósito del justo valor de lo cotidiano femenino) y bajo ciertas actividades ritualizadas de indefinida repetición.

Las rutinas en las labores domésticas de las mujeres de mi investigación eran bastante extensas, demandantes y tal vez inabarcables en el texto. Inspirada por una clase en la

universidad hice este mapa del trabajo doméstico dentro de sus casas, tratando de pensar sus experiencias a partir de la imagen. El mapa, elaborado a partir del material de las entrevistas y las visitas de campo, muestra una serie de labores realizadas en un día, de la mañana a la tarde, en distintos espacios de la casa y señala la periodicidad de las actividades.

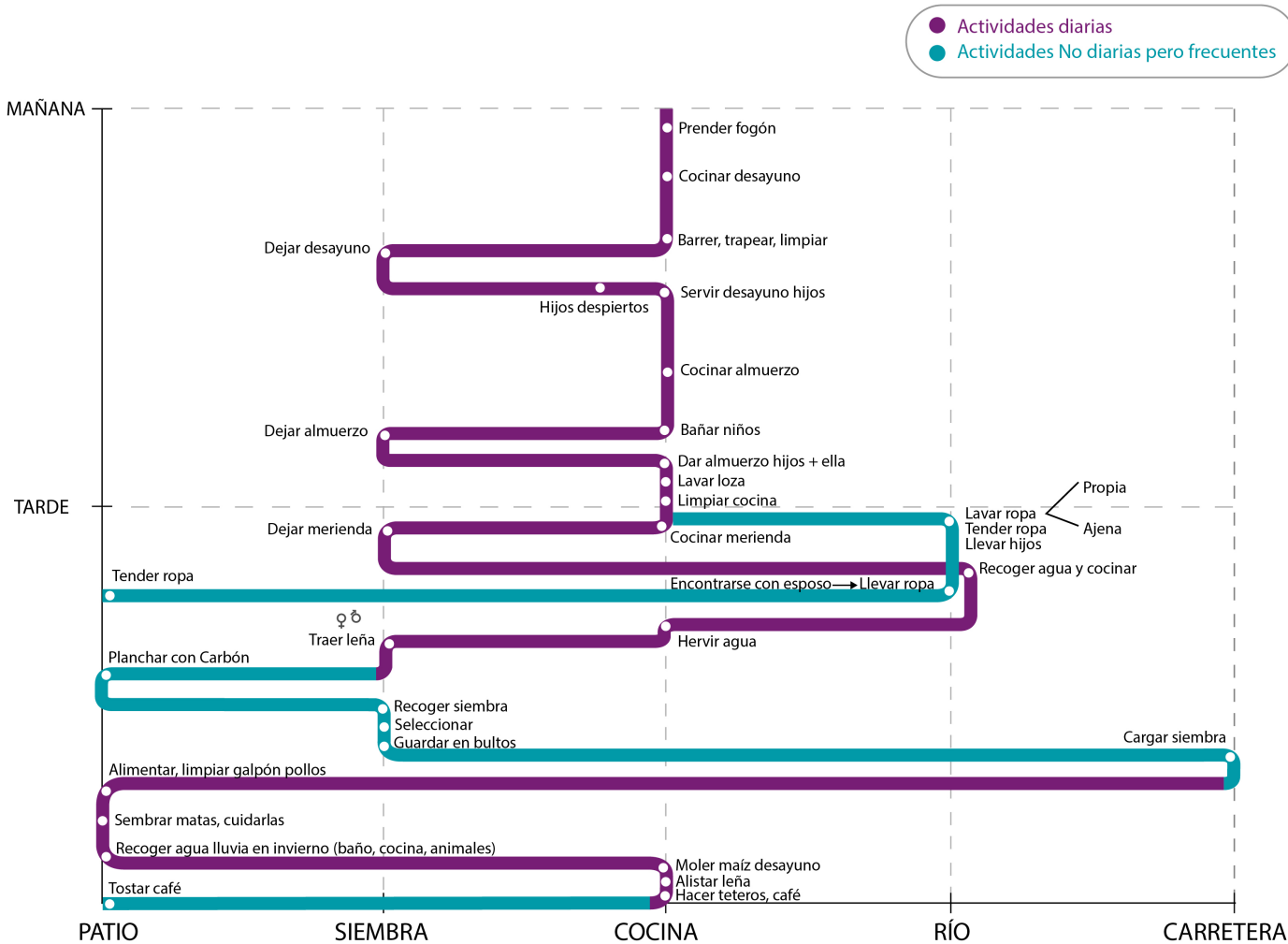


Ilustración 2. Mapa del trabajo doméstico

Diseño gráfico: Alejandro Liberos

Leyendo el relato a través del mapa. Este mapa, parecido a los que vemos de las rutas de los metros y los buses, deja ver que las mujeres se movían casi por toda la

casa realizando las labores de cuidado. También se puede ver que las actividades domésticas se vinculaban con espacios distanciados de la vivienda: como el río y los caminos de herradura para llegar al pueblo. Y como el mapa de una estación de buses, hay una zona central, una estación a la que se regresa y de la que se sale constantemente: la cocina. Algunas actividades como recoger leña y llevar la ropa lavada desde el río se realizaban con el acompañamiento de sus esposos o sus hijos. El mapa también hace evidentes unas continuidades que le daban orden a la rutina de las labores en la casa: había que preparar el desayuno, llevárselo a los trabajadores y al esposo para poder volver a la casa a dar de comer a los hijos pequeños que antes dormían y seguir con el almuerzo: había unos momentos del día específicos para realizar estos recorridos. Dejar de hacer alguno podía generar que otras labores se hicieran mal o que quedaran incompletas: ¿qué hubiera pasado si un día no se hierve en la cocina el agua que antes se fue a recoger al río? ¿O qué hubiera pasado si dejaba de ir por leña?, ¿si no hacía tres viajes al río por agua como debería, para abastecer la casa, sino que hacía uno? El mapa también deja ver que hay unas horas del día donde se aumentaba la carga de trabajo en comparación a otras. De donde se infiere, además, que se harían también a velocidades distintas. Debe bajar la velocidad una vez que todos en la casa han desayunado y almorzado, sobre todo si varios de ellos son trabajadores contratados que están cultivando. Las labores en la primera parte del mapa iban a un ritmo más acelerado que las que siguen después del almuerzo (tal vez también a razón de que implicaban mayores desplazamientos). Pero en la tarde se vuelve a otro ritmo cuando se está recogiendo la siembra y alistándola para llevarla a vender. Había espacios de la casa con mayor actividad a ciertas horas del día: parece que después de almuerzo las labores se deslindaban un poco de la cocina para pasar otros espacios. Otra cosa es que las labores domésticas, realizadas por ellas, se unían dentro de la casa con las que tenían una remuneración a cambio.

Contribución de la cocina en el trabajo productivo: desde el hacer. En una presentación de este proyecto en clase, estando en una fase muy inicial de formulación, una profesora me hizo una sugerencia que apliqué a mis conversaciones con estas mujeres sobre su cocinar. Inicialmente yo pensaba en las entrevistas

preguntar por “quién cocina en esta casa”, a lo que la profesora me decía que qué tal si preguntaba más bien “quién trabaja en esta casa”.

Las labores domésticas de las mujeres que entrevisté no se ejecutaban en función únicamente del trabajo de cuidado dentro de sus casas. Muchas de sus actividades, realizadas desde la cotidianidad, también se materializaban en trabajo remunerado. “Sembraba matas, lavaba ropa ajena, bordaba, a veces también salía a planchar” (Catalina, comunicación personal, 13 de marzo de 2019). Virginia Gutiérrez decía: “No quiero asegurar que en el pasado la mujer hubiera estado exenta de tareas productivas [...] Ocurrió, sí, que en aquel acontecer, la cultura hizo “invisible” su tarea, en razón de que ese rol se asignaba al hombre y no se le concedió prestigio ni se destacó su papel de proveedora del hogar” (Gutiérrez, 2003, p. 281). En los relatos de las mujeres que entrevisté ellas hablaban de sus labores junto con sus esposos, cultivando o recogiendo sembrados que se vendían en Cali y que eran la mayor fuente de ingresos para la subsistencia de la familia. Ese desconocimiento del trabajo femenino se generó a razón de que su desempeño se dio principalmente como ayudante familiar sin remuneración y “el padre acaparó las ganancias del grupo doméstico como una obligación más que la mujer casada debió satisfacer” (Gutiérrez, 2003, p. 282). Cuando entrevisté a doña Eliza me dijo: “En épocas de cosechas me tocaba hacer todo lo mío y también ayudarle a Heriberto: recoger la siembra, guardarla en bultos y ayudar a cargar en la chiva que se parqueaba en la carretera” ¿Le daban algo por ese trabajo? “Nada, a mí no me daban plata por eso. La comida, únicamente” (Eliza, comunicación personal, septiembre de 2018).

Actividades como la preparación de alimentos y labores como planchar y lavar ropa se traducían en pagos o ingresos económicos. “Yo hacía mazamorra, hacía tamales, sembraba matas, sacaba tierra de por allá abajo y vendía” (Elba, comunicación personal, septiembre de 2018). O la cría de animales como gallinas, cuyes y cerdos. ¿Y lo que le pagaban para qué era? “Para ayudar en la casa a los muchachos. Cualquier gasto de la escuela o algo de la comida cuando se acababa... Lo que uno iba cogiendo era para la casa” (Catalina, comunicación personal, septiembre de 2018). Virginia

Gutiérrez (2003) decía, sobre los cambios en las familias colombianas a mediados del siglo XX, que las mujeres de origen campesino una vez habían emigrado a las ciudades, incluso a veces en una escala mayor que los hombres, se habían escapado de ciertas medidas coercitivas, sobre todo impuestas por la iglesia católica y por su grupo de parentesco. Y que su tarea de coprovedora económica presionó parte de ese escape. “Sin lugar a dudas juega un papel importante en esta transformación la entrada de la mujer al trabajo asalariado y su papel como coprovedora familiar” (Gutiérrez, 2003, p. 281). Sin embargo, Gutiérrez pasa por alto en esta reflexión, que el incremento de la participación económica de las mujeres no ha sido acompañada de una reasignación de roles dentro del hogar (Toledo y Aguilar, 2018). Que las mujeres entraran al mercado laboral fue una cuestión fundamental que abrió nuevos campos en sus vidas, pero es reduccionista considerar la participación extradoméstica de la mujer como una condición para lograr la redefinición de su identidad femenina (León, 1995). Los lentes acrílicos de la modernización, dice León, sobreestimaron los logros de las mujeres incorporadas al ámbito laboral, “sin mirar hasta qué punto los modelos de desarrollo profundizan o utilizan la división sexual del trabajo existente, o si simplemente el trabajo de las mujeres en el mercado laboral constituye una extensión de su trabajo doméstico” (León, 1995, p. 177). Casi siempre bajo contrataciones precarias en el mercado laboral y para cierto grupo de mujeres, atravesadas por específicas condiciones sociales, étnicas y de clase, entre otras variables.

2.5. “En la casa manda es la mujer”. El gobierno femenino.

Muchas veces escuché a mis papás hablando sobre las labores domésticas. Mis papás, que tienen tal vez unos 10 o 20 años menos que las mujeres que entrevisté, han tenido una división de género respecto a las tareas del hogar. Siempre he notado la inconformidad de mi mamá frente a eso y los años que lleva tratando de que mi papá también lo entienda. Recuerdo varias veces a mi papá diciéndole: “A mí dígame que saque la basura y yo la saco, es que se me olvida”. Siempre lo decía con genuino desconocimiento, a lo que mi mamá le reclamaba: “es que yo no debería decirle lo que hay que hacer. Eso se ve”. Un reclamo que mi mamá hacía a mi papá al no ver cosas

que son obvias en el funcionamiento de la cocina y de la casa. Esto me hace pensar en un libro de Guiomar Dueñas (2014), sobre las mujeres, la élite, la política y la familia en Bogotá en 1778-1870. Dueñas tiene un apartado donde habla de cómo se le confirió a las mujeres la responsabilidad del funcionamiento de la casa, para afianzar su influencia en el entorno familiar. ¿Pero en qué consistía esa influencia? El trabajo histórico de Dueñas, aunque alejado en tiempo y espacio de mi proyecto de investigación, me ayuda a generar algunas reflexiones. Dueñas habla de Josefa Acevedo de Gómez, que fue la pionera de la escritura femenina y la primera escritora de la República. Escribió el Tratado de economía doméstica para el uso de las madres y de las amas de casa (1848).

Este tratado, adhiriéndose a las concepciones de género vigentes para la época, brindaba consejos útiles a las amas de casa para el mejor uso de los recursos y la prosperidad del hogar. La retórica que empleaba doña Josefa se desligaba de la literatura usual para mujeres. Era un tratado que tenía unas intenciones ante todo prácticas para el manejo del hogar. Guiomar Dueñas habla de un pequeño matiz propiciado por este tratado. Antes las mujeres, las que podían y sabían leer, consumían un tipo de literatura que se quedaba en lo empalagoso del “bello sexo” y “la flor delicada”, una literatura para entretener y que dejaba el actuar de las mujeres, de la élite, en abanicarse, mecerse o rezar (Dueñas, 2016). Ninguna actividad que supusiera creación y producción. Lo que traía doña Josefa de Gómez era una “capacitación” de las mujeres para las nuevas exigencias de la sociedad liberal burguesa. En el tratado las mujeres eran concebidas “como sujetos capaces de transformar su entorno para arraigar la prosperidad material y espiritual de la nación, [...] que era equiparable y complementario a las acciones de los varones en las esferas de la economía y la política”. Doña Josefa reprodujo principios como el ahorro del tiempo y dinero en la casa, la eficiencia, y conectándolo con la reflexión que vengo haciendo, sugirió la aplicación de principios de diligencia y racionalidad en el gobierno de la casa. Por supuesto este tratado no tenía ninguna inquietud feminista, sin embargo, como lo plantea Dueñas, contradecía la supuesta fragilidad e irracionalidad del género femenino y les daba a las mujeres un espacio para gobernar.

Cuando he pensado sobre el trabajo de las mujeres en las cocinas, me pregunto no sólo cómo ese trabajo se puede haber naturalizado e invisibilizado, junto con todo el trabajo de cuidado, sino también cómo todo el funcionamiento de una casa, en su acepción material, se ha dejado en hombros femeninos, o por lo menos todavía hay una concepción de que la responsabilidad es femenina y que los demás entran a colaborar: que el gobierno de la casa es de las mujeres y parece como si eso fuera un privilegio. Cuántas veces hemos escuchado decir: *en mi casa la que manda es mi mujer* o *en esta casa se hace lo que ella diga*. Incluso hacer chistes con eso. En una época de elecciones leía: *Boletín No. 19: En mi casa, con el 96.9% escrutado, parece que seguirá gobernando mi mujer* (enviado en un grupo de whatsapp). Cuando Dueñas habla del tratado de Josefa Acevedo dice que en éste se contradecía la supuesta fragilidad e irracionalidad del género femenino y les daba a las mujeres un espacio para gobernar. En últimas esto no dejaba de ser perjudicial, seguía reproduciendo roles de género y colocando más trabajo sobre los hombros femeninos. No nos interesa “mandar en esta casa” o hacer que los miembros de una familia hagan lo que digan las mujeres. No necesitamos que el gobierno de la casa sea femenino, debe ser colectivo y bajo el fomento de la construcción de una masculinidad también cuidadora y responsable.

Hasta aquí he venido reflexionando, a partir de los hallazgos en mi investigación, sobre el hacer de las mujeres en sus cocinas. El texto poco a poco ha ido abriéndose para integrar un número amplio de labores domésticas que se suman a la preparación de los alimentos. He dejado en este punto mis reflexiones para retomar en el siguiente capítulo, a propósito de la construcción de una masculinidad cuidadora y responsable, las formas como algunos hombres que entrevisté se relacionan con las cocinas y el trabajo dentro de éstas.

3. “Yo le cocino igual que una mujer”

Los hombres en las cocinas: el hacer desvirtuando estereotipos

En este capítulo hablaré de la experiencia de algunos hombres en los quehaceres de la cocina, dejando espacio también para menciones a otras labores del trabajo de cuidado en el ámbito doméstico. Este capítulo presenta reflexiones ligando las prácticas, narrativas, relatos y discursos de los hombres entrevistados a algunas elaboraciones sobre la vida cotidiana asociada al espacio doméstico y su conexión con la esfera pública. El capítulo lo he dividido en dos partes. La primera parte explora las prácticas de los hombres en la cocina a partir de la frase de un entrevistado: *yo le cocino igual que una mujer*. Aquí abordo la presencia masculina en la cocina como colaboración y ayuda, pero no como reparto colectivo. A lo largo del capítulo mi intención es cuestionar ciertos imaginarios sobre el trabajo de cuidado vinculado exclusivamente a las mujeres y acercar la figura masculina al desempeño de estas labores. La segunda parte del capítulo alude al desenvolvimiento de los hombres en la cocina, estableciendo rutinas, ideando y poniendo en práctica estrategias a partir de ciertas condiciones: viudez y separación. El capítulo cierra alrededor del cocinar y el autocuidado como práctica recurrente al hacerse mayores, en contraste con los relatos de las mujeres entrevistadas, tema que guiará el capítulo final.

3.1. El que ayuda. El rol de los hombres en la cocina.

“Yo le cocino igual que una mujer”. Doña María (de 77 años) siempre tuvo unos partos complicadísimos, desde su primer hijo, a los 16 años. Sus relatos de cada embarazo se ponen más complicados a medida que van aumentando sus hijos; y las historias son además muy impresionantes en una época y en lugares del campo donde los centros de salud eran escasos o se quedaban cortos para una emergencia. Cuando doña María llegaba a la casa luego de horas y horas en labores de parto, porque no podía tenerlos con una partera, su esposo Evelio (ahora de 84 años) se encargaba de las labores de la cocina. Cocinaba siguiendo todas las instrucciones que le habían

hecho previamente: el caldo no puede ser de pollo, tiene que ser de gallina, y la gallina no puede estar muy joven, tiene que ser caldo de gallina vieja. A ese caldo puede agregarle arracacha, “que es de alimento”. Al desayuno, que ella tome chocolate con queso, pero tiene que ser queso ahumado. Póngalos a ahumar en un helecho. “En ese tiempo el queso era de leche, leche; de una vaca de verdad” (Evelio, comunicación personal, marzo de 2019).

- A mí mi mamá me enseñaba desde chiquito a cocinar. *Y yo le cocino igual que una mujer*. Si la mujer no cocina yo le cocino y le doy a la gente. Eso tengo yo. (Evelio, comunicación personal, marzo de 2019).

“Él era muy limpiecito en la cocina”. “Él cocinaba todas esas cosas”. “Yo me sentía como que tenía una persona que me ayudaba”. “Hay hombres que le ayudan mucho a las mujeres”. “Él hacía envueltos de choclo y no cualquiera hace envueltos de choclo”. “Cuando yo estaba enferma él bañaba a los muchachos”. “Cuando yo tenía los niños él me hacía los caldos”. “Él cocinaba todas esas cosas”. “Él me decía que quería que le hiciera una sopa de maíz y que él me ayudaba moliendo el maíz”. “Era rara la vez que no me ayudara”. “A mí me gustaba mucho porque me ayudaba a cocinar”. “Yo me acostumbré demasiado a eso”. Frases así se repetían en los relatos de las señoras cuando hablábamos de lo que hacían sus esposos en la cocina. Hay una figura femenina que es la encargada de la cocina y con ella de su funcionamiento, las actividades que hacen sus esposos son ayudas, colaboraciones o gestos extra que tienen con ellas pero no un reparto de labores. La presencia de ellos en las cocinas era mucho más frecuente que la que ellas veían diariamente cuando eran niñas. Sus esposos lo hacían de manera eficiente, tenían los conocimientos y habían alcanzado ciertas habilidades. Sin embargo, ¿cómo es que se daba esa presencia?

“Yo puedo secar un arroz, hacer algún principio o una carne sudada”. Don Eduardo (de 79 años), don Elvio (74), Miguel (75), Julio (69), Laureano (de 72 años) y don Chepe (de 67) estaban sentados frente a mí esperando que empezara la entrevista. Les pregunté si sabían cocinar y se sonrieron entre ellos: “Pues muy poco. Yo seco arroz, también sé hacer ceviche porque trabajé un tiempo en un puestico de

comida de mar, pero mi esposa sí es maestra en la cocina. Si quiere pregúntele a ella” (Julio, comunicación personal, octubre 2019). No, don Julio, por ahora la entrevista es sólo con ustedes. “Yo cocino lo que comen los pobres, así fue que me criaron. La comida de pobre es sancocho de guineo con un frijol que se llama cacha¹³ y con una arracacha bien larga que no carga ni huevos” (Miguel, comunicación personal, octubre de 2019). “Yo puedo hacerme desde un perico, un hogao de carne, hasta un sancochito de primera, con su costilla, plátano y yuca” (Laureano, comunicación personal, octubre de 2019). “A mí me quedan buenas las lentejas, las arvejas, también arreglo zanahoria, olluco, por ahí también espaguettes (sic). Sancochos también, sopas... lo que sea (Elvio, comunicación personal, octubre de 2019). Todos los hombres que entrevisté sabían cocinar, así como casi todos los esposos de las mujeres de esta investigación. Aquí, como en el tema del mercado en el capítulo anterior, se despertaba en mí una hipótesis entusiasta de estos hombres en la cocina.

No había pensado entrevistar a hombres para este proyecto. Había planeado concentrarme únicamente en la experiencia de las mujeres. Pero a partir de la entrevista que le realicé a la única pareja de esposos, a doña María y a don Evelio, y a partir de algunas sesiones de asesorías con el director de la tesis, era importante indagar por ese *“yo cocino igual que una mujer”*. Quise entrevistar a las parejas de las mujeres con las que hice esta investigación, pero encontré -esto ya lo he mencionado-, que casi todas son viudas. Tampoco fue tan fácil encontrar señores de edades cercanas a las de las mujeres entrevistadas. De acuerdo a la revisión bibliográfica que hice al inicio de esta investigación, el fenómeno generalizado es que la mayor longevidad de la mujer determina la feminización del envejecimiento. A eso habría que sumarle que las mujeres entrevistadas se casaron en las décadas de 1940 a 1950 con hombres mucho mayores, fenómeno bastante común en la época y ya planteado en el primer capítulo de esta investigación.

¹³ Variedad de semilla de frijol (*Phaseolus*) cultivado en climas templados y fríos, con variedad de colores: morado con negro y blanco con negro para climas medios; amarillo, sangre toro y rojo en climas fríos.

Las mujeres que entrevisté están en un rango de los 75 a los 86 años, mientras que los hombres entre los 67 y los 79 años. Algunos están emparentados con las mujeres que entrevisté pues son hermanos o primos, como Blanca y Elvio; Eduardo y Ofelia. Otros sostienen relaciones de compadrazgo y amistad, pues nacieron o han vivido buena parte de sus vidas en Felidia.

Como me había encontrado con hombres mayores que cocinaban, que me decían *“yo le cocino igual que una mujer”*, seguí adelante averiguando cómo fue que estos hombres que entrevisté habían aprendido, o cómo se habían acercado a las cocinas, a las preparaciones y a los saberes inmersos en ellas.

“Los papás le enseñaban a uno”. Yo veía a mi mamá levantarse bien temprano, irse a bañar y otra vez me quedaba dormido. Luego escuchaba que se abría de nuevo la puerta y ella entraba con el pelo mojado y suelto. Ese pelo de ella largo hasta la cintura y todo crespo, que lo soltaba solamente cuando se lo lavaba. Venía vestida ya desde el baño y se ponía las botas que dejaba al pie de la cama. Ahí yo abría más los ojos, no sé cómo pero se daba cuenta de que yo la miraba y me decía lo que tenía que hacer ese día. Cuando yo estaba todavía pequeño nos quedamos solos mi mamá y yo. Mis hermanos ya habían crecido y mi papá se había ido. Yo tenía un porte por ahí de nueve o diez años. Mi mamá tenía que salir a trabajar. ¿En qué, don Laureano? En agricultura, miya. Ella toda la vida trabajó en la agricultura. También le tocaba ordeñar el ganado. No, no ganado propio sino como jornalera. Ella me dejaba en la casa porque estaba muy pequeño y era más el estorbo que hacía que ayudarle de verdad. Y ahí mientras se ponía las botas y arreglaba las medias, me decía: “mijo, usted tiene que barrer, darle de comer a las gallinas y tiene que hacer el almuerzo. Haga una sopa de maíz, échele guineo, yuca y el pedacito de carne”. Y bueno, enteramente era eso lo que me tocaba a mí (Laureano, comunicación personal, octubre de 2019).

En el capítulo anterior expuse cómo habían aprendido a cocinar las mujeres de esta investigación. Muchas lo habían hecho por necesidad, porque tenían que ayudar en sus casas, porque sus papás trabajaban por fuera, o dentro de sus casas, preparando y

vendiendo alimentos. Los relatos de los señores que entrevisté no se alejan de esa línea, sino que parecen encontrarse con los de las mujeres. En este punto ese “enseñaron” tal vez no es el término preciso, en la medida que su participación en estas labores de la cocina respondía más que todo a una necesidad económica, un oficio delegado y a edades muy tempranas.

Casi todos los hombres entrevistados aprendieron a cocinar en su infancia. Principalmente bajo la guía, a veces muy cercana, de sus padres, en especial de sus mamás, muy parecido a las historias de las mujeres que entrevisté. Al preguntarles quién les enseñó a cocinar, ellos me respondieron que había sido una herencia de sus mamás, en una intención de dejar en ellos herramientas para “defenderse”. Herramientas para su propio cuidado y una cierta autonomía. “Porque mi mamá nos decía que de pronto llegaba el tiempo en que uno quedara solo y entonces no tenía con qué defenderse. Y fíjese, lo que decían los viejos es la pura realidad, porque uno verdaderamente con el tiempo queda solo y le toca defenderse con lo que sabe y encargarse de la cocina y de la ropa, de todo” (Eduardo, comunicación personal, octubre de 2018). Y no sólo les enseñaron a cocinar, sino a otra serie de labores propias del ámbito doméstico: “Pues las que nos enseñaban a nosotros eran mi tía Verónica y mi mamá. Eso le enseñaban a uno a lavar la ropa en el río, a hacer oficio, ayudar con los animales, con la leña...” (Eduardo, comunicación personal, octubre de 2019). La “enseñanza” de la cocina sí se da, aunque se trate de la delegación de una labor. Dejar solo al aprendiz para que haga su trabajo y que por “ensayo-error” aprenda, también es una forma de enseñar-aprender. De hecho, termina reforzando la autonomía y el autoaprendizaje, aunque no siempre haya acompañamiento en la tarea. El aprendizaje de las labores domésticas no sigue el mismo “patrón” del aprendizaje formal donde hay un rol claro de una profesor o maestro y el de un aprendiz o estudiante. Nadie habla de “estudiar” cocina (a menos que lo haga profesionalmente), sino de “aprender” a cocinar. Eso indica que se trata ante todo de un saber práctico, de un saber-hacer, más que de un saber de tipo discursivo, y que se aprende por medio de la experiencia.

Cuando entrevisté a las mujeres de esta investigación, una de ellas me contó que fue su papá quien le enseñó a cocinar. Les conté ese relato a los hombres que entrevisté. ¿Recuerdan que se hayan metido a la cocina con sus papás? Estaba buscando esa imagen. “Pues... cuando nosotros estábamos creciendo no cocinaban sino mi mamá o mis hermanas. Los hombres no cocinaban en ese tiempo, sino únicamente las mujeres” (Eduardo, comunicación personal, octubre de 2019). Faltó una precisión: era común que los hombres adultos no cocinaran pero los niños/jóvenes sí lo hacían. Una de las mujeres que participó en la investigación me decía: “No, por lo menos mi tía Verónica sí le ponía oficio a los hombres”. ¿A los hombres adultos o a los pelados? “A los que todavía estaban muchachos, adultos no. Los muchachos como decir... menos de la edad que tiene su hermano [que son 27 años]”. Entonces los mayores no lavaban la loza. “Nooo”... ¿Y por qué, Amparo? “Pues porque mi abuela... pa’ eso estábamos nosotros los muchachos, para hacer el oficio” (Amparo, comunicación personal, agosto de 2019). Rossana Reguillo decía que la *naturalidad* con la que las prácticas cotidianas se despliegan, las vuelve ajenas a toda sospecha y bajo una cierta sensación de un inofensivo transcurrir que selecciona, combina, ordena el universo de sentidos posibles, que le otorga a sus procedimientos y a su lógica el estatuto de lo que es “normal”. Muchas veces las respuestas de las personas que entrevisté, aquí lo vemos tanto en los hombres como las mujeres, se inclinan por un “así pasaba”, “así era”, era lo normal dentro de la cotidianidad del espacio doméstico. Y esa rutina normalizada adquiere “visibilidad” para las personas que las practican (Reguillo, 2000).

“Mi papá me enseñó a hacer guarapo”. Yo sí me acuerdo que mi papá me enseñó a cocinar algo. Él me enseñó a hacer guarapo y no cualquier guarapo, sino ese que es con panela. Él tenía un trapiche de madera para curtir la caña y ahí nos enseñaba. Por eso yo lo sé preparar. Ponía a hervir la panela, le echaba hinojo y anís. Tenía unos zumbos como de una arroba. ¿Como unos barrajones, don Chepe? No, nada de eso. Es una mata grandota que carga como un zapallo. Era todo un proceso. Se sacaba el fruto que tenía la mata por dentro y se lavaba bien. Esa panela que se había puesto a hervir se dejaba enfriar y se llenaban esos zumbos que le estoy diciendo. A los tres días eso empezaba a hervir, porque esos zumbos se enseñan a madurar ese guarapo. A los

ochos días eso estaba listico para tomárselo. ¿Qué hacían con ese guarapo, era para tomárselo en la casa en las comidas?, le pregunté. No, nada de eso. O bueno, si usted quería... Pero lo que se hacía eran unos bailes con ese guarapo. Y a los ocho días en la casa de otro vecino. ¿Entonces era para las fiestas, don Chepe, como licor? No, él no es que emborrache, sino que ese guarapo lo maneja a uno. Afloja las piernas y uno no puede caminar. Una rasca de guarapo es muy brava (Chepe, Comunicación personal, octubre de 2019).

De otro lado, el papá de don Julio había trabajado en la carnicería del pueblo, cuando recién habían construido un matadero, unos metros después del cementerio. A veces don Julio veía a su papá en la carnicería, con ese delantal blanco, de un plástico grueso y manchado de rojo por las veces que se limpiaba las manos en él. Su papá tajaba la carne, daba dos o tres pasos hasta la báscula y mientras marcaba el peso aprovechaba para descansar poniéndose las manos a la altura de la cintura y descargar, sólo un poco, ahora el peso de su propia carne. “Ahí era que se untaba de esa sangre, pero a mí no me daba asco, uno ya acostumbrado a verlo toda la vida... Yo me iba en las tardes a estar con él. De ahí fue que yo aprendí a despresar un cerdo, yo sé repartir las carnes: sacar un lomo, sacar pernil, sé sacar costilla. Lo mismo le hago con una res, con una gallina. Esas son más fácil porque...” (Julio, comunicación personal, octubre de 2019). Don Chepe, que había hecho silencio y escuchaba atento, lo interrumpió: *ah pero no le enseñó como se dice a cocinar. Eso no es cocinar.* Le quise decir a don Chepe que el relato de don Julio era pertinente porque esas también podrían ser labores de la cocina, pues éstas no se quedan en la mera preparación de los alimentos. Conocer de un corte de carne, saberlo hacer, identificar incluso la buena calidad de una carne al momento de comprarla. Todos esos son conocimientos que sirven para las labores de la cocina. Y eso se aprende, uno no va a la carnicería sabiendo que la carne molida que sabe más rica es la que le dicen bola. O que es mejor pedir que la muelan ahí mismo y que uno la vea, para que no le “metan esa carne que es puro gordo”. Quise explicar todo esto, pero entonces la conversación había seguido su rumbo sin mi interrupción: “Pues sí... lo que dice Chepe puede ser verdad, pero... yo por ejemplo ahora, que a veces cocino y mando a comprar carne ahí donde Sonia, el otro día me mandó una

carne con el nieto que olía a feo y tenía un color muy verdoso ya. Cuando la carne está picada ella huele. Ahí mismo devolví eso. Es como la carne de cerdo, esa carne ahorita hay que meterla al enfriador para que le mate ese gusano que ella tiene, por ahí un día o un día y medio. De carnes yo sí conozco” (Julio, comunicación personal, octubre de 2019).

Don Julio, ¿entonces a usted quién le enseñó a cocinar o cómo fue que aprendió? “Pues a cocinar como tal, fue mi esposa” (Julio, comunicación personal, octubre de 2019). Y ahí me detuve, porque era el primer relato de este tipo. Ahora tengo la imagen de una esposa enseñándole a su esposo a cocinar, a que se “defienda” él mismo siendo ya un adulto. ¿Cuándo se casó usted, don Julio? Tenía yo 34 años, hija. ¿Y su esposa cómo le enseñó? “Me fue indicando. A veces me decía: vea, mijo, esto se hace así, en el sancocho usted primero coloca el agua con la carne para que se vaya ablandando, luego el plátano y de último le echa la papa. Le echa sal, le echa azafrán” (Julio, comunicación personal, octubre de 2019).

La presencia femenina en la cocina. Como ellos habían mencionado una figura femenina presente en la cocina, aún más que una masculina, entonces empezamos a hablar sobre las ideas que tenían de las mujeres en este espacio. Don Julio inició poniendo un ejemplo: su relato no era de sus recuerdos de infancia, era algo que le había pasado cuando ya se había casado, incluso cuando ya se había jubilado¹⁴. Se había quedado solo en la casa. Su esposa estaba en Cali en una cita médica y “cuando ella se va a Cali aprovecha para visitar a sus amigas y por allá almuerza. [...] No dejaron hecho ni arroz”, dijo cuando quitó la tapa de la olla arrocera. “Me hice una sopa. No había descongelado carne, le eché knorr. De sabor me quedó buena. Pero usted dejaba un ratito de revolverla y eso como se espesaba. Parecía un atollado de sopa, pero sin el arroz. Incomible eso. En cambio, digamos que mi esposa llega y en un momentico ya hizo una sopa, el sancocho y le queda bueno. A mí no me quedan las

¹⁴ El único de los entrevistados, entre hombres y mujeres, que obtuvo jubilación. Ninguno de los otros, y aún menos las mujeres, alcanzó a tener una pensión. Situación que no es extraña en un país como el nuestro, y que se presenta aún más fuerte en el campo, en hombres y mujeres dedicados a la agricultura.

cosas tan bien como a ella, porque la mujer se desenvuelve muy bien en la cocina” (Julio, comunicación personal, octubre de 2019). Luz Gabriela Arango y Pascale Molinier (2011) decían que, si en el ámbito público el trabajo de cuidado no encuentra discursos que lo reconozcan, en el espacio doméstico y en las interacciones cotidianas tiende a confundirse con deberes, considerados evidentes de las esposas y las madres.

La conversación siguió y entonces don Elvio dijo: “En cambio uno de hombre, así tenga las cosas, uno no sabe qué hacer. Ellas llegan y cocinan todo rapidito” (Elvio, comunicación personal, octubre de 2019). “Es que ha sido así por lógica. La mujer es la que cocina y uno es el que trabaja. A pesar de que cuando yo me casé ambos trabajábamos en la misma parte” (Miguel, comunicación personal, octubre de 2019). Rossana Reguillo decía que los mecanismos y las lógicas de operación que tiene la vida cotidiana pueden constreñir a los actores sociales, imponerles unos límites y fijar unos modos de operación. Las prácticas rutinizadas y cotidianas alrededor de las cocinas, en las que se socializaron los hombres que entrevisté, que se extendían a su adultez, habían dejado unas narrativas, unos mitos, unos discursos alrededor de la figura femenina en las cocinas. Pero hay un margen, dice Reguillo, que deja un vacío para la “improvisación”, una fuga, un excedente de sentido para la subversión o la inversión (Reguillo, 2000).

La investigadora Alicia Lindón plantea que la relevancia de estudiar lo cotidiano radica en que es allí donde el individuo se enfrenta al otro, “donde se hace, se deshace y se vuelve a hacer el vínculo social, es decir, las relaciones entre los hombres” (Lindón, 2000, p. 9) y las mujeres. Dice además, que a través de los discursos, los relatos, las lógicas, las narrativas y los mitos, con los cuales los individuos interpretan al mundo, a lo desconocido o lo diferente, y en consecuencia actúan, se pueden ubicar analíticamente a nivel del lenguaje, pero que también llegan a expresarse en el nivel del hacer, en las prácticas (Lindón, 2000). Me sentí tentada a debatirles a mis entrevistados, además porque ellos iban a contar luego su experiencia en la cocina –principalmente ante la ausencia femenina, evento fuera de lo cotidiano– y no eran para nada esos cocineros torpes que describían. Tenían conocimientos, sabían muy

bien las labores dentro del espacio doméstico, y más preciso de las cocinas, tenían una opinión respecto al trabajo doméstico y un reconocimiento del mismo, ponían en práctica estrategias a la hora de preparar alimentos, se ponían reglas para llevar a cabo una buena preparación. Por ejemplo: “Pues vea, yo por ejemplo para hacer unos espaguetes (sic). Así no más no los hago. Siempre tengo que comprarme un atún para echarle o de esa mayonesa y salsa de tomate. Y eso quedan la verraquera de buenos. Igual para hacerme un sancocho de guineo o de plátano, desde que no haya carne no lo hago porque eso queda feo. Igual una sopa de fideos, si no hay carne no la haga, solamente con knorr¹⁵ no aguanta” (Elvio, comunicación personal, octubre de 2019).

Don Laureano que le daba vueltas con el dedo al borde de su sombrero, una y otra vez, me dijo que en la casa de él era un poco diferente. “Si en este momento ella está, pues ella cocina. Y en el momento que ella no esté pues lo hago yo [...] Eso toca, no porque se sea hombre. Hemos (sic) hombres, hablemos la verdad, que no paramos ni una olla. Prefieren aguantar hambre. Vea, yo por mí sí no aguanto hambre. Yo cocino, yo como, y si me falta cocino más” (Laureano, comunicación personal, octubre de 2019). Entonces empezó una reacción que no me esperaba, de desaprobación frente a los hombres que no se meten a las cocinas. Don Chepe dijo que sí era verdad que había hombres que no preparaban “enteramente nada”. Mi nieto por ejemplo, dijo don Julio, no cocina un huevo duro. Y entonces don Laureano dijo una frase que me encantó: “Es que hay hombres muy delicados, que ni lavan el plato” (Laureano, comunicación personal, octubre de 2019). Son delicados porque no cocinan, porque no pueden ni siquiera poner una olla. Don Eduardo que había estado asintiendo con la cabeza dijo: “Es que le digo francamente, que hay gente que aguanta hambre con tal de no arrimarse a la cocina. No saben hacer nada y así criaron a los hijos. Dígame usted, cómo se defiende uno”. Reguillo (2000) decía que el sentido de las prácticas en lo cotidiano es que adquieren su pertinencia y relevancia en cuanto hay un colectivo tras ese conjunto de rituales que sancionan y legitiman esas prácticas. Por eso, dice la investigadora, toman relevancia prácticas cotidianas como levantarse, asearse, vestirse, comer, usar transporte y otras más. Porque hay alguien afuera o adentro de

¹⁵ Variedad de caldo concentrado con sabor a gallina, res y verdura.

nuestras casas que valida esas prácticas. Cuando hacía esta entrevista y los hombres contestaban con sanción a otros hombres que no cocinaban, estaban ejerciendo un papel de verificadores, incluso para los que estaban ahí mismo. Desde mi experiencia personal he sentido que el tema del trabajo en la cocina, aún naturalizado y conferido muchas veces a las mujeres, puede ser vergonzante para ese otro que no lo hace. Los que no realizan actividades de las tareas domésticas buscan cómo explicar que hacen otras cosas y que por eso el trabajo doméstico se ha dividido de otra manera: “yo esas cosas no sé hacerlas”, “si me pongo a lavar eso lo rompo”, “con qué tiempo si yo trabajo”, aunque esa división del trabajo no haya sido necesariamente acordada.

El reconocimiento del trabajo doméstico. Cuando hablaba con ellos me daba cuenta de cómo todos estaban al tanto de las labores que se realizan en la cocina además de preparar los alimentos. Podían describir estas actividades, incluso reconocían que por el nivel de conocimiento que tenían de ellas, bien podrían hacerlas. Conocían además sobre los objetos y utensilios que se usan en las labores domésticas. Don Miguel, por ejemplo mientras teníamos la entrevista en la sala de su casa decía: “[...] esa plancha que está ahí en esa repisa, esa es una reliquia, las mujeres que manejaban eso eran macanudas, por el peso de esas planchas, ¿cierto Blanquita? (Miguel, comunicación personal, octubre de 2019). Doña Blanca, que nos acompañaba en la conversación y que en otra ocasión entrevisté, le respondió que sí, que así era. Estaban hablando de una plancha de carbón que se usaba muchos años atrás, cuando no había mayor acceso a energía eléctrica. “En ese tiempo planchaban con almidón, ¿cierto Blanquita?” Así es, don Miguel. “Era un almidón impresionante. Después apareció ese que vendían en papeletas, para ahorrar la pereza, pero antes se hacía con yuca. Eso se ponía a hervir, luego se colaba y quedaban esos cuellos y las mangas de las camisas perfectos”. Eso ya no se usa... “No, eso ya no. Los blue jeans y toda esa ropa ahora ya no se aplancha. Sólo se lava, se cuelga bien estiradita y ya no hay necesidad de planchar. Las planchas que le digo se ponían a calentar en el fogón –si tenía dos, mejor. Ponía las dos a calentar, cuando una estuviera bien caliente la quitaba del fogón y la ponía encima de la ropa. En eso la otra seguía hirviendo y cuando se le pasaba el calor a la una se

cogía la otra. ¿Sí me entiende cómo era que funcionaban?” (Miguel, comunicación personal, octubre de 2019).

Seguimos con nuestra conversación: Don Miguel, ¿quién se encarga de organizar la carne cuando la compran en el mercado? “Ella. Eso lo arregla la señora”. ¿Y ella cómo lo hace, usted ha visto cómo lo hace? “Sí, ella lava la carne, le quita todos esos gorditos, todas esas vainitas... y la va separando por chuspitas. Por porciones: un montoncito para el lunes, otro para el martes, miércoles...” (Miguel, comunicación personal, octubre de 2019). Don Chepe, que había estado muy silencioso empezó a decir: Es que el trabajo de la mujer es desagradecido. Tanta cosa que tiene que hacer... que lavar la ropa, que planchar, que remendar. Mucha cosita... una cosa que yo no hago, por ejemplo, es sacudir, porque para eso toca bajar todo. Eso si no me gusta. En la casa hay mucha cosita para limpiar (Chepe, comunicación personal, octubre de 2019). Doña Blanca, que había estado con nosotros en la entrevista intervino: “es que el oficio de la casa, le digo una cosa, si uno no se acuesta ligero pasa derecho haciéndolo”. “Doña Blanca tiene la razón”, dijo don Julio y empezó a hablar de las mujeres que conocía en La Esperanza, una vereda de Felidia: “La Esperanza es una tierra sobre todo de agricultores. Allá si se iban al corte, por ejemplo, diga usted que de espinaca, no es que la esposa se queda en la casa. No, allá al corte se va la esposa, el esposo y los hijos. Se van bien desayunados y tipo 9 o 10 am la esposa va llegando después a la casa a hacer el almuerzo. Doble trabajo, claro” (Julio, comunicación personal, octubre 2019). Don Miguel, elaborando una reflexión sobre las labores en la cocina, decía: “Uy sí, la cocina es muy dura y muy desagradecida. Queda bien limpia y al ratico ya encuentra en el lavaplatos una cuchara, un vaso... Cuando estoy solo yo los lavo. A mí me gusta que el platero esté limpio. Pero como eso a cada rato se enmugra porque se toma café, que el almuerzo, que un jugo. Ahí se la pasa lavando” (Miguel, comunicación personal, octubre de 2019).

Ben Highmore (2011), a propósito del trabajo de limpieza decía que éste no está regulado (no hay una campana, un timbre, una señal que marque su inicio), no se paga, el ritmo no se establece de antemano y tiene una temporalidad amorfa. Y tendría

que agregar que esta es una de las características que envuelve al trabajo doméstico bajo la idea de un trabajo que es silencioso, que sólo se nota cuando falla, cuando alguien lo deja de hacer, que debe borrarse como trabajo, anticipar la necesidad y disimular los esfuerzos. Citando a Luz Gabriela Arango: “el cuidado doméstico no suele abordarse desde su dimensión temporal, de responsabilidad a largo plazo con los riesgos de cansancio y desaliento que conllevan” (Arango y Molinier, 2011, p. 20). Una conversación sobre estos temas había tenido con las mujeres que entrevisté. Doña Eliza (de 78 años) me decía: “Uno la deja bien limpia [la cocina] y ya va y encuentra una cuchara, un pocillo, lo que sea. [...] nadie le decía a uno que qué rico le quedó, que gracias. Eso es ahora” (Eliza, comunicación personal, marzo de 2018). Luz Gabriela Arango (2011) decía que esa invisibilidad del trabajo de cuidado también se refiere a la escasa valoración de las competencias, saberes y habilidades que se ponen en juego y que son incorporadas por las mujeres bajo una lógica de la división sexual del trabajo.

3.2. “Cuando el muerto tiene quien lo cargue se vuelve pesado”.

Desvirtuando la asociación de las mujeres al hacer en las cocinas.

He escuchado a mi mamá decir varias veces este refrán. Lo usa cuando quiere quejarse de que mi papá no termina una labor en la cocina porque sabe que ella en algún momento la tendrá que completar. Por ejemplo, cuando él lava los platos pero no las ollas. No las lava porque son grandes, porque tal vez necesitan más estregadas, porque seguro se ha cocinado en ellas con ingredientes que exigen de más esfuerzo, tan solo un poco, para que queden limpias. O no las lava porque le da pereza. No lo vamos a negar, lavar ollas a veces puede ser muy aburridor. Entonces mi mamá, que regresa a la cocina y ve las ollas, las termina lavando. Y así con otras cosas. Tal vez parezca un ejemplo menor pero no lo es. Lo que hacía mi papá de lavar toda la loza menos las ollas, era una cosa que yo también hacía –porque las mujeres también podemos naturalizar esas labores asociadas a nuestras madres. Sacaba alguna excusa para no hacerlo. Alguien tendría que hacerlo, ya sabíamos quién. Cuando viví sola en Bogotá sacaba excusas parecidas cuando cocinaba algo para mí y dejaba la olla en remojo

adentro del lavaplatos. Luego, unas horas después, esa olla todavía estaba allí. No se había movido un ápice, no estaba más limpia. Nadie la había lavado, porque claro, acá ya no había nadie que lo hiciera por mí. *No había quién cargara al muerto*. Y este ejemplo no es menor, porque condensa buena parte de los relatos que escuché cuando hice las entrevistas. Y puede incluso reunir varias experiencias de las mujeres en las cocinas, de las mamás de los que me leen, de sus hermanas, de sus esposas, de ellas mismas.

Cuando les pregunté a los hombres que entrevisté cuándo cocinaban en sus casas sus respuestas fueron: “cuando toca”. ¿Y cuándo toca, don Chepe? “Pues cuando la esposa se va o está enferma” (Chepe, comunicación personal, octubre de 2019). “Cuando la esposa no está, eso es correcto” (Laureano, comunicación personal, octubre de 2019). “Cuando se va mi esposa para donde el médico, porque yo quedo solo aquí con el nieto” (Julio, comunicación personal, octubre de 2019). Y así todos. Una de las características de la vida cotidiana es que ésta es extrañada cuando alguno de los mecanismos que la hacen posible entra en crisis, cuando se rompe, se transforma. Reguillo decía que es precisamente de la excepción de donde la cotidianidad extrae la fuerza y el sentido para explicarse a sí misma (Reguillo, 2000). Lo que rompía aquí era la ausencia de la presencia femenina.

Los hombres que entrevisté no recibían ayuda en la cocina, porque cuando lo hacían casi siempre estaban solos en la casa. También encontré otros relatos donde cocinar se hacía, no sólo cuando sus esposas no estaban, sino también en fechas de celebraciones y en preparaciones especiales: el cumpleaños de alguien, la visita de familiares, un asado, un sancocho hecho en leña luego de un paseo al río. Algunos cocinaban también porque eran contratados en fincas para vigilancia, labores de jardinería y oficios varios, entre esos cocinar.

Estos casos hasta ahora suponían un trabajo esporádico de ellos dentro de la cocina. Pero encontré otros dos casos que se salían de esta condición. Don Elvio y don Eduardo se encargan rutinariamente de cocinar y mantener funcionando la cocina e

incluso toda la casa, porque el primero se separó hace más de 20 años y el otro quedó viudo en un periodo parecido. Viven solos. Cada uno con la presencia esporádica de un hijo y un sobrino, principalmente. “Pues como quien dice, sea que quiera o no cocinar pues tengo que hacerlo, porque sino quién. Ahí es donde está el detalle” (Elvio, comunicación personal, octubre de 2019). El detalle es que *el muerto no tiene quien lo cargue*. Don Elvio, por ejemplo, tiene que asear su cocina, su casa, lavar su ropa, sacar la basura, lavar los platos. Estar atento a todas las labores domésticas. Don Eduardo me decía: “[...] terminé haciendo de mamá y papá: trabajando, llevando la comida, haciendo lo de la casa, llevando a la hija a la escuela... Cuando había esas reuniones en la escuela yo tenía que llegar del trabajo en pura carrera, comer, bañarme rapidito y hágale para esas reuniones” (Eduardo, comunicación personal, octubre de 2019).

Sus estrategias en las cocinas. Había hablado en el capítulo anterior de los conocimientos que las mujeres entrevistadas despliegan en las cocinas, formas de hacer individualizadas, de apropiación del espacio y estrategias frente a todo lo que demandaba alimentar a sus familias. En este caso, quise ver qué rutinas y estrategias ponían en marcha los hombres que entrevisté al momento de preparar los alimentos.

5:30am. Don Eduardo se levanta, mira ese reloj que tiene encima de la mesa al lado de la cama y marca las 2am, pero es obvio que no. Ya está aclarando, “ya cantó el gallo hace rato. ¡Qué dos de la mañana van a ser!”. Otra vez se le acabó la pila al despertador. Se sienta en la cama, busca con los pies las chanclas y corre al perro que ha estado durmiendo encima de ellas. Don Eduardo vive solo hace mucho tiempo, con Milo, el perro que siempre lo acompaña y un sobrino que viene casi día de por medio.

6:00am. Entra a la cocina, ya se ha bañado y se ha puesto unos tenis *converse* que su sobrino le regaló junto con sus pantalones de lino de toda la vida. Se termina de abotonar la camisa blanca –muy delgadita- y coge la olla donde hierve el agua para hacer el café. “Apenas hierve le echo el café al colador. Este café es el que saca don José, ¿usted lo ha visto, cierto? Es delicioso”. Lo cuele, le pone azúcar y lo prueba. Comprueba que está justo en el punto de dulce que le

gusta y empaca todo el contenido de la olla en un termo azul, “como los que usan las que venden café”, para que esté caliente todo el día.

6:20am. “Me siento a tomar el cafecito. ¿Qué afán?...”

6:40am. Se dispone a terminar de preparar el desayuno. Tiene unos plátanos verdes encima del mesón de su cocina. “Estos son guineos de acá mismo de esta finca”. Los atraviesa con un cuchillo pequeñito, que tiene el filo de un machete, y los guineos se abren como una flor. “Yo desayuno más que todo frito. Me gusta fritar plátanos, cocinar yuca y fritarla, con alguna otra cosa revueltica, como un complemento” ¿Como un huevo?... “Sí, como un huevo o un pedacito de carne, un salchichón, un chicharroncito, algo así por el estilo”. Esta vez desayuna con tostadas de guineo pintón y con unas arepas que trajo el sobrino que acaba de llegar.

7:00am. Se sienta a desayunar junto con su sobrino.

8:00am. Don Eduardo no tiene casa propia, vive en una finca que cuida, le permiten vivir ahí a cambio de su vigilancia y trabajos de cuidado de algunos árboles frutales, algunas matas de plátano, unos árboles de aguacates, un par de gallinas enanas y dos perros. Don Eduardo tiene 79 años. Camina pausado, todos sus gestos y movimientos los hace con suavidad.

10:00am. Pone la olla para preparar el almuerzo. “Ahora últimamente lo que más hago son sopas, que es lo que me dicta a mí comer”. Tiene una estufa de energía de dos boquillas. En una pone una olla con agua, le agrega sal y un pedazo pequeño de carne. “Se echa primero lo más duro y luego va echando lo más blandito de último para que no se desbarate”. Agrega unas lentejas a esa agua que empieza a querer hervir. Deja que se cocinen los ingredientes unos minutos y pica un poco de cebolla que agrega a la olla. “Después de eso le echo los fideos”. Mientras tanto pone a lavar tres papas pardas que va a agregar a la preparación. “Esas no las pelo sino que las raspo. Las parto en dos y las tajo bien tajaditas y las pico para que me queden menuditas. Así se ablandan más ligero y le dan sabor al caldo”. El caldo hierve y espesa, le agrega un poco más de sal y otros aliños que tiene en su cocina. “La carne ya está blandita, mire

como se ve que ha soltado la sustancia. Si no tiene carne pues puede embolatar la sopa con un knorr, pero no es lo mismo”. Baja la olla de la estufa.

12:00m. Almuerzo, esta vez con su sobrino que viene a acompañarlo.

1:00pm. Se sirve un tinto que se toma en el umbral de la cocina.

2:00pm. ¿Cómo le fue con eso de ser mamá y papá, don Eduardo? “Pues le digo que eso es durísimo. Al principio me tocaba correr. Uno prácticamente está pensando en la casa y en el trabajo al mismo tiempo. Aunque yo tuve una ayuda muy grande y fue mi mamá. Ella estaba ahí ayudándome lo más que se podía mientras yo trabajaba”. ¿Usted en qué trabajaba, don Eduardo? Yo vendía revuelto en la Alameda¹⁶. Todo lo que es verdura... lo que se le echa a la olla, mejor dicho. Todos los santos días a las 5am. Iba volviendo a la 1pm a buscar qué hacer de almuerzo y a seguir la ruta de la casa”. El manejo que estos hombres tenían de la agricultura les daba unos ciertos conocimientos respecto a los alimentos, sobre todo verduras, tubérculos y plantas medicinales: calidad de los productos, beneficios, usos, sabores, modos de aprovechamiento, las mejores maneras de prepararlos y saber cómo se pueden comportar en una preparación.

4:00pm. “Para por la noche yo prácticamente no hago nada”. Destapa la olla donde había cocinado la sopa del almuerzo y se sirve un poco de lo que ha sobrado. La calienta antes y completa con un vaso de café aguado. “Siempre dejo una porción del almuerzo y me la repito por ahí a las cuatro de la tarde. Y ya con eso. Bueno, también si hay un pan por ahí o un pandebono como complemento”.

Cuando hablaba con don Eduardo de sus rutinas para prepararse el almuerzo, el desayuno y la comida, sobre todo ahora que es mayor y que buena parte de sus

¹⁶ Ubicada en el barrio Alameda, en el centro de Cali, la historia de este mercado se remonta a los años 50 cuando los campesinos llegaban en chivas a vender sus productos. Con el pasar de los años, el lugar se afianzó como uno de los principales mercados de la ciudad y hoy en día se venden productos provenientes de todos los rincones del Valle del Cauca.

actividades se concentran en la casa, en la cocina y no tanto en la calle, pensaba en lo que decía Rossana Reguillo: que la cotidianidad está armada sobre la certeza de la repetición, que ésta es ante todo una amalgama de tiempos y espacios, y que éstos organizan para los practicantes innumerables rituales que garantizan la existencia de un orden construido (Reguillo, 2000). A don Eduardo le había cambiado la cotidianidad una vez quedó viudo y luego le cambió aún más, cuando se hizo mayor. La imagen de esa cotidianidad con la que creció, donde veía a su mamá, sus tías o sus hermanas metidas en la cocina, y poquísimo a sus familiares hombres, cambió. Y aquí, a propósito de Reguillo nuevamente, es importante entender que la vida cotidiana es histórica y dinámica. No existe una cotidianidad esencial, sino que está “indisociablemente vinculada a lo que un momento específico y en una cultura particular se asume como legítimo, normal, necesario para garantizar la continuidad” (Reguillo, 2000, p. 78). Este no es un proceso plenamente pasivo, pues en las lógicas de operación de la vida cotidiana se revelan distintas negociaciones que los actores deben realizar continuamente con el orden social (Reguillo, 2000). He ahí el interés de esta investigación. La cotidianidad no es una penumbra “prereflexiva en la que todo ha sido domesticado y es por ello, previsible, controlable” (Reguillo, 2000, p. 80).

Aprendiendo de los errores. Don Elvio (de 74 años) no tiene nevera. Desde que vive solo –hace más de 20 años– dice que no le encuentra mucho uso. Y tampoco tiene dinero para comprarse una, así que se idea formas de conservar ciertos alimentos. La carne, por ejemplo, la conserva salándola y ahumándola, “o si usted tiene una olla de barro, ahí la mete y eso también la conserva”. [...] Yo compro la carne el día viernes, donde ese señor Jesús, el del matadero. La compro el viernes para el almuerzo y la comida del sábado. Y me queda un poquito para el domingo”. O la puede ahumar y así le queda para más días... “No es tan buena idea, hija. Porque entonces tocaría estar comiéndosela solamente frita. El otro día yo puse a ahumar una carne ahí en la leña, pero esa vez hice un caldo y eso quedó sabiendo a puro humo. Asada o frita sí, pero en sopa no. En ese tiempo mi hijo iba a almorzar y me dijo: papá, ese caldo sabe a puro humo. Y pues claro, ¿no ve que estaba ahumada! Yo no sabía que eso iba a quedar amargo. Pero de ahí ya aprendí”. O sea que usted usa todavía un fogón de leña... “Sí,

porque el gas no me ha gustado. Yo desde que supe de un señor que por allá en Las Nieves se le quemó la casa entera con una pipa de gas, ni más. Yo tengo una estufa de energía y otras veces cocino con leña” (Elvio, comunicación persona, octubre de 2019).

Sus prevenciones se trasladaban también a ciertos utensilios de cocina: “Es como esa olla pitadora. Cuando estaba con la mujer teníamos una de esas. Compramos una y para estrenarla dijimos: pues hagamos unas arvejas. Cuando oiga, yo no sé, seguro no la apretó bien. Eso comenzó a hervir y mandó la tapa pa’la... mejor dicho, esas paredes quedaron llenas de arvejas. Es que cuando eso hierve, pues las arvejas sueltan esa cascarita, eso se pega a la válvula y ahí es que se tapan. Yo tengo dos ollas de esas pitadoras, pero ahí están porque a mí me da miedo usar eso”.

Luego don Elvio se acordó de otra cosa... Para la época de su recuerdo don Elvio ya se había separado, “ella me dejó, prácticamente”. Debía tener cerca de 50 años y no vivía con nadie. “Me levantaba, y todavía me levanto, a las cuatro de la mañana a hacer un arroz, un principio y me lo empaco para llevar al trabajo”. Ese día se había levantado igual, había cocinado arroz y arvejas frescas. También había preparado una sopa de pastas que tenía muy buena pinta. Caliente y muy humeante la guardó en una ponchera. La tapó bien, se aseguró de tapparla muy bien. La sacó otra vez de su morral y volvió a revisar que estuviera bien tapada. “Es que estaba bien tapada, mija”. Tenía un machete detrás de la puerta y lo guardó también en el maletín. El cabo negro se salía del morral pero aún así lo podía cerrar. Se colgó el maletín y salió. Desde Santa Elena, la vereda de Felidia donde él vivía, tendría que caminar unos 40 minutos si se iba lento hasta más arriba de El Diamante, otra vereda de Felidia. Iba tarde, raro en él, así que tenía que hacer ese trayecto en 20 minutos. “Y pues yo corre que corre, porque tenía que estar antes de las seis para el corte de espinaca”. Pasó el cementerio, luego el matadero, el puente del río que está rodeado de árboles de caspi¹⁷ y seguía apresurando el paso. “Desde ese día yo no volví a llevar esa sopa. Le cuento que ese baldé se abrió y yo me quemé la espalda con eso. Ni más volví a cargar esa vaina. Yo ya

¹⁷ O manzanillo. Especie de árbol conocido principalmente por la reacción alérgica, a veces de gravedad, que genera en algunas personas.

no llevo sino es atún con espaguettes (sic) o algo así. Caldo ni más, que si hay me lo guarden en la casa y no vuelvo a llevar esa joda”.

Mi interés no es sólo profundizar cuándo es que los hombres que entrevisté se meten a la cocina a preparar alimentos u otras labores, porque de eso ya hablé en el capítulo 2, a partir de los relatos de las mujeres de esta investigación, que dialogan en sincronía con los que recogí de los hombres. Me interesa reflexionar sobre cómo estos hombres lo hacen, son capaces, pueden hacerlo bien, y sin embargo no lo hacen si no hay una razón, casi siempre la ausencia femenina. Esto debate las ideas, seguramente ya cuestionadas en la teoría pero aún persistentes en los imaginarios sociales, sobre la “facilidad natural” de desenvolvimiento de las mujeres en la cocina, las labores domésticas como un saber esencialmente femenino y la supuesta inutilidad o torpeza de los hombres en las labores domésticas. Nada más preguntémosnos, ¿por qué el trabajo doméstico sigue siendo hecho por empleadas, ya no solo en el espacio doméstico de las viviendas de las mujeres y de los hombres que entrevisté? Mal llamadas por muchos y muchas como *la señora que me ayuda* –que también dialoga con esa idea de que el hombre *ayuda* en la cocina. Este es ante todo un trabajo y debe ser pactado, pagado y asumido como tal. No es una ayuda, y reducirlo, al bajarlo de su categoría de trabajo, da pie a subcontrataciones, malos pagos, explotación y abusos que no vienen a ser motivo de esta tesis. Sin embargo, la presencia femenina en estos cargos, a razón de su conexión con el espacio doméstico y la vida cotidiana, sí es un tema que atañe a mi investigación. Sobre todo porque es un puente entre lo cotidiano y lo doméstico con la esfera pública, “la posibilidad de darle espesor al entramado social a partir de la vida cotidiana” (Reguillo, 2000, p. 85) y en el espacio doméstico.

Reguillo dice algo que tal vez me ayude a explicarlo mejor. La investigadora dice que la vida cotidiana es el mejor lugar desde el que puede mirarse y hacerse la crítica de lo real. Ilustra su punto con el discurso cinematográfico donde “abundan ejemplos de un cine intimista que ha buscado reflejar a través de la “pequeña” historia de unos personajes no-históricos, los grandes dramas de la vida social” (Reguillo, 2000, p. 80). ¿Cambiarían las condiciones en el trabajo doméstico –el que es remunerado– si fuera

un trabajo compartido y colectivo desde el espacio doméstico y cotidiano? Me interesa dejar claro que mi investigación no se detiene en el trabajo doméstico remunerado, lo estoy poniendo de ejemplo para tratar de elaborar una reflexión más amplia, si se quiere, asociada más a lo estructural. No hay razón para pensar lo cotidiano como opuesto a lo estructural o el espacio doméstico sin injerencia en la esfera pública. “Lo social reside en lo cotidiano” (Lindón, 2000, p. 9). Y retomo nuevamente a Rossana Reguillo, cuando habla de la necesidad de un cambio “en la cotidianidad y en la subjetividad como condición indispensable para el cambio social” (Reguillo, 2000, p. 80).

Cocinar es ahora una práctica recurrente. Lo que encontré al entrevistar a estos hombres es que ellos cocinan más ahora que trabajan en casa y que salen de sus casas mucho menos por cuestiones de edad y de salud. Lo que quiere decir que mantienen más tiempo en sus casas y a veces sus esposas menos –situación parecida con las mujeres que entrevisté y de lo que hablaré en el siguiente capítulo. Estos hombres entre los 67 y 79 años cocinan más repetidamente porque son menos activos fuera de sus casas y cocinan no sólo para ellos, sino para sus esposas, sus hijos y algunas veces para sus nietos. Los hombres que viven solos, por ejemplo, lo hacen aún más seguido que los otros. Se les ha vuelto completamente rutinario. Al pedir que detallaran sus hábitos noté que tras su discurso hay una preocupación por su autocuidado. Al hacerse mayores su salud se ha deteriorado y tienen que cuidarse en lo que comen, la cantidad y la forma como realizan sus preparaciones. Esto es importante porque, aunque esta concepción del autocuidado se ha dado en un primer momento como algo circunstancial, por la muerte de sus esposas o separaciones, se hace evidente en ellos una noción diferente respecto al cuidado propio. Algo similar sucede con las mujeres, pero entonces ocurre al contrario: sueltan la responsabilidad de la cocina para dedicarse a otras cuestiones de su salud, como se planteará en el siguiente capítulo.

4. “Al final uno se cansa”

Hacer de comer hoy: tensiones y continuidades

El último capítulo lo he dividido en tres partes. Mi interés en este capítulo es rastrear cómo es que las mujeres en la vejez hacen de comer y qué pistas de análisis configuran estas prácticas. En la primera parte del capítulo se analizan tensiones y contradicciones al hacer de comer a otros, desde su dimensión de trabajo a largo plazo. La segunda parte se refiere a las evoluciones en las cocinas, los objetos y su conexión con los cambios en las prácticas de las mujeres. La última parte tiene que ver con las limitaciones físicas que interfieren en el hacer, desde el deterioro del cuerpo, conectado esto a la materialización del trabajo de cuidado en el cuerpo de las mujeres mayores. Por último, cierro el capítulo con algunas reflexiones de las mujeres entrevistadas en su vejez, sobre sus roles de esposas y madres.

4.1. “Es que la verdad uno se cansa”.

Cuidar y cocinar es dar amor, pero el amor no siempre es romántico.

Doña Eliza tiene 78 años. Casi siempre se viste con unas faldas de lino que le llegan un poco más abajo de las rodillas. Tiene su pelo completamente blanco, muy corto y algo crespo. Nació en 1941. Su vejez es bastante más tranquila que sus años de juventud. Ya trabajó lo suficiente, tal vez más de lo suficiente. Vive en una finca que se llama La Estrella. Siempre que fui a su casa me recibió en un pequeño balcón lleno de diferentes tipos de plantas de jardín. Nos sentábamos mirando al patio de su casa, o a lo que pudiéramos llamar antejardín, desde donde se veían los gansos, las gallinas y dos perros que apresurados se rascaban las pulgas. Esta vez era domingo, doña Eliza se movía de un lado a otro de la habitación buscando su loción. “La dejo aquí pero luego la nieta me la coge”. Se había levantado temprano, había limpiado un poco su casa y tuvo listo el almuerzo como a las diez de la mañana. “Ahí dejé todo hehecito”. Se terminó de peinar, cogió las llaves y una sombrilla que tenía colgada detrás de la puerta. Salió. Se devolvió apresurada: “Casi se me queda el rosario”. El trayecto hasta la iglesia, justo en la plaza del pueblo es largo, entonces nos vamos caminando con casi

una hora de anticipación para alcanzar la misa. ¿Para quién es la comida que dejó en la cocina, doña Eliza? “Para Heriberto [su esposo]. Ahora que baje de sus matas de café seguro la calienta y come. Hoy está de buenas que me levanté con ganas de cocinar. Porque los domingos casi no cocino” (Eliza, comunicación personal, septiembre de 2018). Todos los domingos doña Eliza va a misa y se queda luego en la plaza del pueblo que ese día se llena con ventas ambulantes, música y turistas de Cali.

En el proceso de escritura de esta tesis leí la investigación *“Cocinar es amar en silencio”* (Daza, 2019), sobre las prácticas cotidianas en las cocinas y cómo el discurso científico modifica la preparación y el consumo de los alimentos. Parece un título que romantiza las prácticas en la cocina, pero realmente no lo es. La investigación de Daza tuvo lugar en un curso de cocina. A partir de algunos testimonios de los estudiantes, se manifiesta en efecto que cocinar es amar a otro, porque darle de comer es cuidarlo. Pero entonces luego la investigadora revela lo que escuchó de una mujer en uno de los cursos: “Pero cocinar es amar en silencio [...] uno se quema y lo calla, uno se corta y lo calla. Eso que dicen que el que parte y reparte se lleva la mejor parte, ¡¡mentiras!! Uno deja una arepa quemada para uno y a los demás les da la mejor parte, eso es amor, es amar” (Daza, 2019, p. 264). Dice Daza que en diversos estudios sobre comida, varios investigadores han señalado cómo se ha asociado a la cocina como un lugar de cuidado del otro. Lo que “sirve para dar cuenta de los diferentes significados e intenciones que sobre la salud están comprendidos en las prácticas que se cruzan en la cocina” (Daza, 2019, p. 263). Además, cocinarle a otro es poner en evidencia toda una suerte de afectos y un placer también al cuidar, sobre todo en el espacio doméstico, sentimientos transmitidos a quienes comen. Y sí, es un gesto muy bonito que alguien te cocine desinteresadamente o te haga una sopa cuando estás enferma. Pero el cuidado es contradictorio, dice Daza, y alguna literatura suele romantizar el concepto. “Cuidar y cocinar es dar amor, pero el amor no siempre es romántico, también puede ser un terreno de espinas y lágrimas” (Daza, 2019, p. 264). ¿Qué pasa cuando cocinar no siempre es amar en silencio?

Seguimos caminando con doña Eliza para llegar a la misa y como el sol había bajado un poco, guardó su sombrilla y se limpió con un papel el sudor que se le asomaba en la frente. “Heriberto así era. ¡Atenido! Ahora es que ha dejado porque me le fui quitando todo eso. [...] Ahora si le hago el sancocho tiene que irme a traer el revuelto. Yo en ese tiempo cogía la peinilla y corra para allá, que a buscar un guineo, que a buscar una yuca. Así era, ahorita ya no. Es que la verdad uno se cansa. Cansada de la vida, de tantos años de matarse. Dígame usted uno cocinando toda la vida, ¿dígame si eso no es cansón?” (Eliza, comunicación personal, septiembre de 2018).

El trabajo de alimentar a otro es extenuante. “Cuidar también ensucia, cansa, a veces esclaviza y genera dependencias” (Daza, 2019, p. 264). Y eso no tiene nada que ver con los afectos de las mujeres entrevistadas hacia sus familias. Pero no siempre cocinar es amar en silencio, depende de las circunstancias, de quién lo hace, por cuánto tiempo lo ha hecho, para quién se hace y por qué se hace. Cuando la situación es como la de las mujeres que entrevisté, mujeres ente los 78 y 82 años, donde cocinar ha sido su trabajo de casi toda la vida: “al final uno se cansa”.

Cambios y permanencias desde el hacer. Doña Elba tiene 82 años, nació en el 37. Siempre hemos hablado en la sala de su casa, ella sentada en un mueble que parece que se la traga y frente a un televisor a todo volumen. Sus piernas están un poco hinchadas y las mantiene metidas en unas medias blancas, largas y gruesas. Aunque afuera hace calor, su casa es algo fría. Oye poco pero recuerda mucho y por eso solamente hay que insinuarle una pregunta para que se deje ir. Esta vez doña Elba estaba recostada a una ventana que da a la zona trasera de la casa. “No sólo cocinaba el desayuno, el almuerzo y la comida. También me tocaban las meriendas. Ahora es que ya no se cocinan las meriendas, será porque ya casi no hay trabajadores” (Elba, comunicación personal, octubre de 2019). Desde la ventana se ven las montañas de Felidia. Doña Elba empieza a señalar el paisaje: “Antes usted se podía parar desde este cerro y se veían esas montañas llenas de cebolla, de maíz, de café. Todo eso de allá. A veces los dueños alquilaban camiones y sacaban las cargas de café. También se cultivaban las aromáticas y toda clase de hierbas. Pero eso se ha ido acabando. La

agricultura ya no es lo mismo. Un atado usted lo cogía y lo iba a vender y sí valía. Hoy en día para sacar un atado de perejil tiene que comprar abono, pagar trabajadores, fumigar y lo lleva a venderlo en Cali y le compran un atado así en ¡300 pesos!” (Elba, comunicación personal, septiembre de 2018).

Doña Elba, como varias mujeres que entrevisté, no cocinan para trabajadores como solían hacerlo antes. No hay trabajadores. Casi ninguna se dedica ya a la agricultura. Ni ellas ni sus familias. La mayoría de sus hijos y nietos tampoco cultivan, muchos de ellos ni siquiera viven en el pueblo. Algunas tienen pequeños sembrados pero están dedicados únicamente al consumo interno. Los cambios en el contexto (por lo que pasa fuera de la casa), en este caso rural, modifica también las prácticas en la cocina.

Hoy cocinan para menos personas porque además sus familias son más pequeñas, muchos se han ido del pueblo y se han establecido en ciudades como Cali. No sólo se ha reducido el número de personas para quienes cocinan, sino que ha cambiado también lo que se come. Antes un desayuno, decía doña Eliza: “Era ese plátano frito y se compraba esa gordera¹⁸ y se le echaba ese chicharrón a los frijoles... Sólo chirriaban esos chicharrones cuando caían” (Eliza, comunicación personal, septiembre de 2018). Pero ahora, decía en una entrevista doña Elba: “Uno por la edad tiene que mermar las comidas. Ya no se puede comer como antes. Si uno come mucho por la noche ya dicen que el estómago de uno no digiere” (Elba, comunicación personal, octubre de 2019). Y doña Ana también refiriéndose a las comidas y a su salud, decía: “A mí me está molestando el azúcar y por eso ya no como tanto frito ni muchas harinas. Yo misma me controlo porque soy yo la que cocino” (Ana, comunicación personal, octubre de 2019).

Todas las mujeres que entrevisté continúan cocinando en sus casas. Ninguna ha dejado de hacerlo. Sin embargo, ha disminuido la cantidad de trabajo en la cocina, se ha modificado el ritmo y el tiempo y también han liberado la carga de trabajo dentro de sus casas, recayendo en los hijos o los nietos. Se han desligado por voluntad propia,

¹⁸ Se refiere a la piel del cerdo, en su mayoría grasa (“gordera”, “gorditos”).

pero también por iniciativa de sus familias a razón de su salud y de limitaciones físicas que han venido trayendo con los años. También porque sus hijos son adultos y ellas ya no tienen la responsabilidad de hacerles de comer. Cuando intentaba explorar si había una liberación frente a su rol de madres, muchas decían que sí, que claro: “Ya uno se va zafando de responsabilidades porque ya cada cual busca su nido. Todos ellos tienen sus esposas [refiriéndose a sus hijos]” (Ana, comunicación personal, octubre de 2019). El cuidado es delegado a otras mujeres, una transferencia femenina. “Aparte de ella [su hija] que vive conmigo, el resto [de sus hijos] están viviendo por fuera. Puedo darles comida si llegan, claro, por ejemplo a la hora que uno esté almorzando. Y por la tarde pues ya tienen ellos la mujer o las hijas. Si yo no puedo pues ellos resuelven” (Ana, comunicación personal, octubre de 2019).

4.2. Las cocinas y los objetos hoy.

Cambios en los objetos y los espacios y su conexión con el hacer de las mujeres en la cocina.

El video comienza mostrando una estufa de energía de dos boquillas y dos ollas puestas encima. Se pierde el foco por unos segundos y nuevamente la cámara enfoca y muestra la cocina con nitidez. Siguen las ollas encima de la estufa, a un lado y colgados en la pared están los cucharones, tenedores, ralladores y un colador. “Las puertas eran de estas, vea. Esta es de las antiguas, bien gruesas en una madera que no es cualquier madera”, dice doña Eliza mientras hacemos un video de su cocina. Su cocina conserva pocas cosas de la cocina de la que habíamos hablado tanto en otras entrevistas. Vive en la misma casa pero la cocina de ahora tiene un mesón largo enchapado en una baldosa azul. En la parte de abajo del mesón han dejado un espacio para guardar las ollas y desde el encuadre de la cámara se ven todas, organizadas y boca abajo. La cocina está enchapada también en una baldosa blanca con una cenefa de un par de flores cada tres baldosas blancas. “Le he echado límpido a ese azulejo pero no blanquea”. La casa donde vive doña Eliza está construída con una mezcla de varios materiales: bahareque, cemento, esterilla, guadua, madera y tierra. Además es una mezcla de tiempos, pues era la casa de los papás de su esposo que pasó por herencia a ser de su propiedad. Así que se ha remodelado con los años y se conservan materiales,

objetos y algunos diseños de mucho tiempo atrás. “Esto parece material pero es bahareque. Sino que le echaron un baño de cemento porque las gallinas se lo comían. Pero esto es puro bahareque. Toque...”. El video sigue, hay tres limpiones dispuestos en el mesón, una llave que cae sobre un hondo lavaplatos, también enchapado en ese azulejo, y a un lado el motor de la licuadora con el vaso de vidrio. Una nevera que parece del doble de alto de doña Eliza, que se para a un lado para explicar frente a la cámara que se la regaló un hijo y que ellos compraron el horno que está enseguida. “No se usa mucho porque como es de energía, luego la luz llega muy cara”. Tal vez los dos objetos más caros y de tamaño más rimbombante que tiene en su cocina. El resto son objetos que se notan sencillos y más útiles que costosos, como las tres ollitas, una enseguida de la otra, que están debajo de los cucharones colgados en la pared, “de un aluminio normalito pero bueno”. En su cocina tiene una alacena en madera blanca y encima unos tarros de plástico, donde guarda el azúcar, el arroz y la sal. En una esquina se ven unas canastas para las papas, cebollas y naranjas. Todo luce ordenado y limpio, igual que el resto de su casa. La cocina tiene dos ventanas de madera que la iluminan tan potente, que cuando la cámara pasa por ellas, la imagen se estalla. Se desenfoca el video, la luz vuelve loca a la cámara. Automáticamente ajusta el foco y se ve en la pantalla a doña Eliza, que dice: “¿Se acuerda que le conté que esta cocina casi se quema un día que misiá Paulina dejó prendido el fogón por la noche? En ese tiempo esto era esterilla. No había esta nevera, ese mesón, ni siquiera esta llave con agua”, señalando al lavaplatos, para donde ahora gira la cámara (Eliza, comunicación personal, octubre de 2019).

En la investigación de Daza (2019), ella hace un rápido recuento histórico del espacio de la cocina. Durante el último siglo las cocinas han sufrido cambios importantes en términos de disposición, diseño, uso, propósito, materiales y tecnologías. Hasta los años 50, dice Daza, las cocinas empezaron a tener identidad propia como espacio de la casa con toda una variedad de tecnologías, pues durante mucho tiempo ésta estuvo clasificada como lugar secundario, hacía parte de las habitaciones de servicio (Daza, 2019). Algunas quedaban incluso fuera de las casas. Un largo proceso de cambio social y modificaciones tecnológicas. Lo que diferencia las cocinas de ahora con las de hace

unos años no son solamente los materiales, el tamaño y el diseño. En estas modificaciones “son fundamentales los valores que se le imputan al espacio de la cocina como parte de la vivienda” (Salazar, 2004, p. 71). Y también por la manera como permean las prácticas de estas mujeres. Tan solo que el piso de la cocina no sea en tierra modifica las labores que ahí se hacen y las formas de hacerlas.

Las mujeres que entrevisté no viven en unas casas lujosas y sus cocinas no están dotadas de utensilios, máquinas o diseños caros. Salazar (2004) dice que “construimos nuestras vidas junto con espacios y objetos que las hacen viables y encarnan nuestros valores respecto a las relaciones con el mundo. Si bien son en principio recursos para armonizar la vivienda, los objetos y los lugares que les otorgamos en el espacio y nuestras vidas, relatan historias sobre cómo llegamos a ser lo que somos y son rastros de nuestras trayectorias de vida” (2004, p. 73). Todas las cocinas de las mujeres que entrevisté son cocinas de autoconstrucción y algunos cambios/mejoras en el espacio, o adquirir ciertos electrodomésticos que pudieran hacer más cómodas las labores, han sido resultado de ahorros, o porque continúan trabajando, por herencias o porque sus hijos ya adultos les han colaborado, lo que significa que han tomado tiempo y para muchas han sido comodidades que han disfrutado sobre todo siendo mayores. El cambio en el espacio de las cocinas y los objetos dentro de éstas permite leer parte de sus trayectorias de vida.

Los objetos y los cambios. Me devolveré un poco sobre los relatos de los objetos que usaban mucho antes en sus cocinas. Ellas hablaban de unos objetos autoconstruidos que ayudaban en algunas labores de la cocina. En esta investigación encontré que casi todos fueron construidos por sus esposos, o sus papás cuando ellas eran niñas. No encontré, no sé si fue porque ya no lo recordaban, o si por considerarlos mínimos los pasaron por alto, objetos y utensilios de la cocina construidos por ellas o por una figura femenina dentro de sus familias. Debe haber relatos así. Tal vez me faltó a mí, en mi rol de investigadora, indagar más a fondo. Sin embargo, encontré esto: Doña Catalina no tenía horno para preparar tortas pero encontró una manera. Cocinaba tortas en un fogón de leña, que no es lo mismo que un horno de leña. Ponía un sartén

en la hornilla y para encapsular el calor, ponía otro encima para que lo tapara. Arriba de éste unas brazas, todavía calientes, “unas brazas ardiendo. Así estaba caliente arriba y abajo. Hacía torta de choclo y con harina también. Y quedaban como pan. [...] ahora pues para eso ya hay horno o ya se encuentran las cosas más fácil. O el pan ya está en la tienda” (Catalina, comunicación personal, marzo de 2019).

Tener agua en la cocina

“Ahora es que ya hay lavadero aquí adentro. Cuando yo recién vine aquí no había agua. Cuando estaba esperando el primer hijo, el cuñado fue el que le dijo a Heriberto que buscaran el agua para poner un poquito: “pobre mujer con esa barriga yendo a traer agua por allá arriba”. Ellos fueron los que se pusieron a buscar el agua para traerla a la casa. ¿Y sabe en qué? En puros canales de hojas de plátano. Hacían unas horquetas por donde pasaba el agua. Tocaba estarlas cambiando porque cuando se iban dañando se doblaban y el agua caía al suelo” (Eliza, comunicación personal, septiembre de 2018).

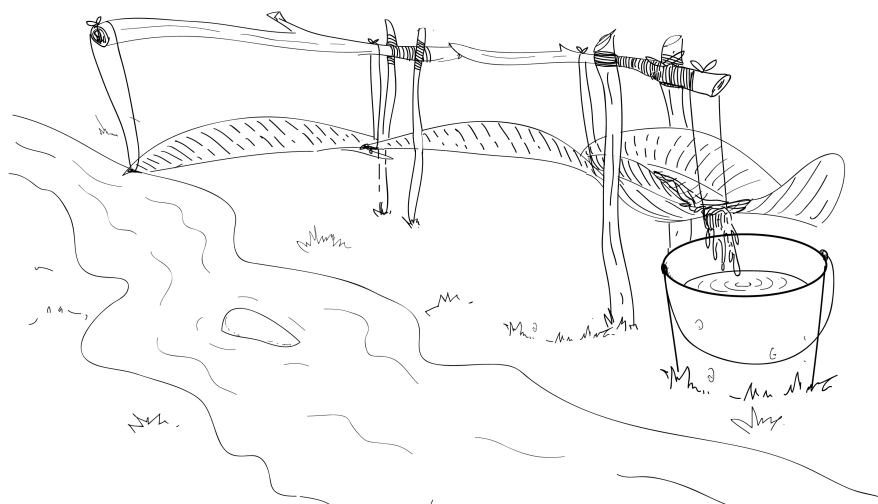


Ilustración 3.

Autor: Alejandro Libreros



Ilustración 4.

Autor: Alejandro Libreros

El fogón en la cocina

“El fogón era de leña. En ese tiempo había unos muy pocos de cemento. Por lo general eran de esos de bahareque, empañados en barro y con esterilla. No, eso no se derretía. Con el tiempo de pronto se cuarteaba, pero eso era con el tiempo. Se hacían dos muritos, uno al lado del otro. Y encima se colocaban dos hierros bien gruesos y ahí usted ponía la olla; calculando el tamaño de la olla se ponían más separados o más juntos. Ahora es que son más modernos, antes eran así” (Amparo, comunicación personal, agosto de 2019).

Un lavadero en el río

“Yo en el río tenía un lavadero que mi papá me había arreglado. Él había hecho una horqueta y encima una piedra, una más o menos grande. Una piedra redonda, de ahí del mismo río. La horqueta se sacaba de un árbol grande, de las ramas más gruesas. Casi siempre se buscaba que fuera de madera buena, como el higuerón, nacedero o

guamo. Para que resistiera el peso. Se amarraban los palos, cosa que no se desbaratara de tanto lavar ropa. Una horqueta es haga de cuenta una “Y”. Y eso se aplanchaba (sic) cuando se colocaban las piedras. O sino era como donde mi abuela: una piedra grande, otra encima y acuñadas con otras más chiquitas. Ahí era donde se lavaba. Ahora es que cambia todo, que el lavadero cuadrado y no sé qué, pero antes era en piedra. Acá donde mi abuela era así y el que quisiera podía entrar a lavar” (Ana, comunicación personal, marzo de 2019).

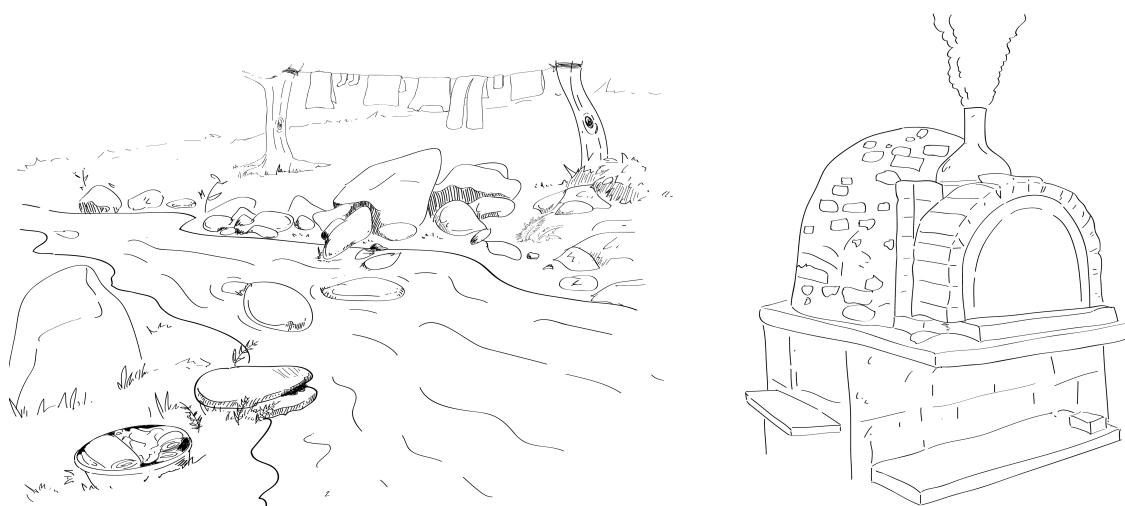


Ilustración 5-6.

Autor: Alejandro Libreros

El horno para pandebonos

“Mi papá le hizo un horno a mi abuela que vendía pandebonos en el pueblo y ahí en la casa. Un horno con ladrillo. Embarrado en barro y acá a los lados en ladrillo. Quedaba como una cuevita. También le hizo una espátula con un mango largote para meter el pandebono. Mi papá se encargaba de meterlos. Les ponían a esa espátula una hoja de plátano y mi mamita iba acomodando ahí las roscas de pandebono. Colocaba de a tres roscas. Había que meterlas con modito. Eso se tapaba y cuando calculaba que ya estaba, ella ya tenía la otra tanda. Mi papá sacaba los que ya estaban y los echaba en una batea” (Amparo, comunicación personal, agosto de 2019).

Una cama para las matas

“Esta es una cama que yo le hice a ella [su esposa] para sus matas. Eso es bien fácil de hacer. Se cogen palos de eucalipto, se los mide más o menos para la cantidad de matas que uno vaya a poner y se empieza a armar la camita. ¿Si ve usted que parece una camita? Se pone un bejuco seguidito de otro, como las tablas de una cama. Se le hacen unas patas para que se sostenga y no quede a ras de tierra. Y se amarra o se ponen puntillas, ya usted verá. Yo a esta le hice los amarres con ese cable negro que era de energía. Y con guasca también. Y ya, luego ella organiza sus matas a su gusto” (Laureano, comunicación personal, octubre de 2019).

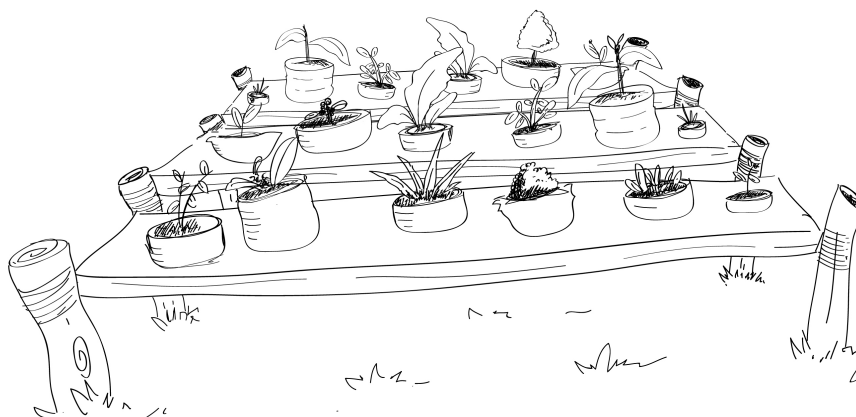


Ilustración 7.

Autor: Alejandro Libreros

Estos objetos ya no existen. Tal vez el fogón de leña y los hornos en barro sobrevivan, pero los otros casi eran únicos, contruidos según la necesidad. Los objetos más interesantes fueron creados en procura de agilizar, facilitar o apoyar por medio de la fuerza, el trabajo en la cocina. Las prácticas dentro de la casa, muchas veces preparatorias para el cocinar, demandaban la consecución de esos objetos. Sus

esposos o sus papás construían, pero ellas eran las que los usaban. La introducción de artefactos tecnológicos depende de contextos específicos y prácticas culturales. Dice Aída Martínez, citada por Daza (2019), que la introducción de un pequeño artefacto como el molino de maíz, liberó el tiempo de las mujeres, que pasaban cinco o seis horas haciendo tortillas. Refiriéndose a las mujeres en México dice: “la popularización del molino casero les permitió levantarse de la piedra ancestral” (Daza, 2019, p. 142). En nuestras conversaciones también se hablaba de los objetos ausentes en las épocas en las que ellas estaban más jóvenes. El historiador Pablo Rodríguez (2012) dice que el paso de cocinar con leña a cocinar en estufas es algo que no se ha estudiado con suficiente detalle. Este proceso fue lento y se dio principalmente en las ciudades. Se usaban estufas alimentadas con leña y carbón hasta después de llegadas las eléctricas -algunos registros ubican su llegada al país a mediados del siglo XIX o principios del XX. “En aquel entonces y todavía por mucho tiempo más, especialmente en el campo y entre los sectores populares de la ciudad, lo que se usaba era una parrilla puesta sobre unas piedras” (Rodríguez, 2012, p. 11). No cabe duda, dice Rodríguez, que la estufa cambió radicalmente el trabajo en la cocina. Valdría la pena precisar que los fogones de leña ya existían, bajo cierta recursividad y en su mayoría autoconstruidos. No sé si es correcto decir que eran *parrillas puestas sobre una piedra*. Además, porque cocinar en leña diariamente era todo un proceso de pasos a seguir. Una de las mujeres entrevistadas decía: “el fogón no era sólo prender el fogón. Había que traer la leña, rajarla, amontonarla, mantenerla seca, estar pendiente de que algunas cosas que se preparaban no tuvieran mucha llama. Un arroz, por ejemplo, con mucha llama se quema” (Elba, comunicación personal, septiembre de 2018). Y cocinar así está bien en un paseo, en una celebración, al final de año cuando se prepara un asado, pero ¿hacer eso todos los días?

Sin duda, a la estufa eléctrica y luego a la de gas, habría que sumarle también tener agua directamente en la cocina a partir de la entrada del acueducto y el alcantarillado; igual que el sistema eléctrico para otros electrodomésticos, como la nevera, ollas arroceras, licuadora, estufa y luego la lavadora, entre otros. Aquí vale la pena otra precisión. El acceso a los objetos de la cocina o los sistemas de acueducto y

alcantarillado, servicio de energía eléctrica y gas, no son los mismos para todas las mujeres. Felidia no tuvo agua potable las 24 horas del día sino desde el 2010. El acceso al gas –no domiciliario– llegó en los 2000 y la energía se instaló en 1986. La demora en el acceso sin duda responde a unas condiciones económicas y se marca aún más en las zonas rurales. “Tocaba recoger muchas veces el agua del invierno para cocinar. Ahora ¿quién va a usar esa agua? ¡Todo como ha cambiado! Pero a uno le tocó así... yo todavía recojo el agua de la lluvia, pero ya es para las matas o los pisos” (Eliza, comunicación personal, septiembre de 2018).

Les pregunté a las mujeres que entrevisté cuál fue el objeto, de los que tienen ahora, que más les hacía falta en esa época. Todas contestaron que la lavadora. Lavaban en el río, muchas veces metidas hasta la cintura, cargaban la ropa, entre húmeda y seca, de regreso a la casa. Los pañales, en la época que nacieron sus hijos eran de tela. No sé con seguridad si ya existían pañales desechables, si existían eso era un lujo que ellas no se podían dar. “Entonces tocaba lavar ese ejército de pañales en el río. Yo procuraba cuando ellos [sus hijos] se quedaban dormidos, ir a un zanjón que quedaba por acá abajo a lavar los pañales que tenía amontonados en un platón” (Eliza, comunicación personal, septiembre de 2018). Claro que iban a contestar que la lavadora les hubiera venido muy bien en esa época. “Uno echa la ropa ahí y ella misma la lava (risas)” (Catalina, comunicación personal, marzo de 2019). La nevera, por ejemplo, permitía conservar los alimentos por más tiempo y sin necesidad de aplicarles ciertos procesos para alargar su duración, como salar la carne o ahumarla. Además, podían preparar algún plato para consumir más días de la semana: “Yo cocino y dejo en la nevera. Eso alcanza para dos días. Por lo menos, ayer me hice un sudado y hubo hasta para hoy” (Catalina, comunicación personal, octubre de 2019). Salazar (2004) dice que dentro de las posibles formas de valorar un objeto dentro de las viviendas, la gente frecuentemente resalta dos: por las funciones que cumple (unos valores funcionales) y por la historia del objeto unido a la del dueño (unos valores emocionales). Y complementando, que el valor nunca es una propiedad inherente de los objetos, sino un juicio acerca de ellos emitido por los sujetos (Simmel citado por Appadurai, 1991 p. 17). La importancia que le dan las mujeres que entrevisté a la

lavadora, a la nevera e incluso el sistema de acueducto en sus casas, es ante todo de tipo funcional. Aunque, como dice Salazar (2004), los valores funcionales no excluyen los emocionales o de otro tipo: “[...] cuando salió la olla arrocera, yo le hice berrinche al viejo [su esposo] y me la compró”. ¿Por qué quería una? “Pues porque yo la había escuchado por la televisión y entonces le dije un día al viejo: “compremos la olla que queda como bueno el arroz”. Y la compramos. Él como pobre, él me daba gusto en lo que yo quisiera. Me daba cositas así para la cocina, yo todavía tengo algunas...” (Ana, comunicación personal, marzo de 2019).

Estos aparatos sin duda han permitido cierto confort en las labores de la cocina, más precisamente en la preparación de alimentos. Y según los relatos de las mujeres de esta investigación, han ayudado a que ellas desatiendan algunas labores. No estoy diciendo que las abandonen, porque no lo han hecho, pero cuando doña Elba se va a alguna cita médica y dice que cualquiera en la casa puede hacerse un arroz y preparar el almuerzo, porque ya “en esa olla arrocera es poner el arroz y hundir un botón” (Elba, comunicación personal, octubre de 2019). O cuando doña Eliza dice que ella deja preparado el almuerzo los domingos y se va al pueblo, que su esposo ya verá si lo calienta y come, porque calentar es sólo girar la perilla de la estufa. No se trata de pensar el trabajo en la cocina como una práctica puramente mecánica que se vuelve automatizada. Lo que se hace evidente es que el cambio y la evolución en los objetos, en su tecnología, en sus formas de uso y en lo que se pudiera considerar eficiencia, ha ayudado a que ellas puedan salir más de sus cocinas en comparación a los relatos de cuando eran más jóvenes. Por supuesto que las cocinas sólo cobran vida cuando cocinamos en ellas, la tecnología y los inventos están condicionados por el uso que les damos. Una relación con los objetos y los espacios que es dinámica, que resuena de un lado y de otro. Los artefactos no son totalmente receptivos e imponen también formas de acción (Daza, 2019). La misma autora decía: “[...] artefactos y prácticas co-evolucionan, nuevos artefactos generan la necesidad de nuevos conocimientos y prácticas. Nuevos conocimientos generan la necesidad de nuevos utensilios” (Daza, 2019, p. 152).

Esto hay que mirarlo con cierta complejidad. De un lado, las mujeres que yo entrevisté son mujeres que no cuentan con un capital económico grande y aunque tengan conocimiento de todos los objetos, electrodomésticos y utensilios de los que hoy en día están dotadas las cocinas, ellas no cuentan con muchísimos de ellos. Seguro que si comparamos sus cocinas con las de otras familias en zonas urbanas o rurales con un nivel adquisitivo distinto, sus cocinas van a parecer todavía repletas de carencias. También no sé cuánto de eso necesitarían. El interés de esta reflexión no es asumido en ese sentido. En lo que me quiero detener es cómo los cambios en los objetos están relacionados con cambios en las rutinas de las mujeres que entrevisté y en sus prácticas. Y cómo esto no las involucra solamente a ellas sino también a sus esposos, a los hijos que viven aún con ellas y a otros familiares: “En la arrocera hasta Guillermo pone a hacer el arroz” (Catalina, comunicación personal, marzo de 2019). *Hasta Guillermo puede hacerlo*. Esto ha permitido que los demás sean también autosuficientes: “Yo le cocino cuando se pueda, pero si tengo una cita médica pues que él ponga un arroz y frite una carne. Eso no tiene ciencia. Ahí está todo en la cocina” (Eliza, comunicación personal, septiembre de 2018). Esto, en el caso de doña Eliza, por ejemplo, fractura esa idea de la inutilidad masculina en la cocina, de la que venía hablando en el capítulo anterior. Ella toda la vida le cocinó a su esposo. Todos los días. Ahora, cuando ella no está o decide no hacerlo, por ejemplo los domingos, es él quien resuelve una necesidad que es básica y se muestra autosuficiente. Esto en la medida en que no está enfermo, se puede mover con cierta facilidad y porque la vejez no es sinónimo de inacción. Don Heriberto (de 84 años), el esposo de doña Eliza puede cocinar y lo hace, así como otras labores que veremos más adelante.

4.3. “Ya de 60 para arriba la gente comienza a sufrir achaques”.

Cocinar no es lo mismo ahora porque sus cuerpos también están cambiando y hay algunas limitaciones físicas que han hecho que ellas tengan que hacer menos. Doña Catalina es la mayor de todas las mujeres que entrevisté. Tiene 87 años, nació en 1932. Se casó cuando tenía casi 17 años y desde esa edad se ha dedicado a cocinarle a su familia, eso junto con otros trabajos, casi siempre dentro de su casa. Esta vez Doña

Catalina estaba sentada en una de las dos camas que están en su habitación. Al poco tiempo de estar hablando llegó doña Blanca y se sentó en la otra. Con ambas hablé varias veces para esta investigación, son amigas desde hace mucho y esta vez parecía que sin planearlo iba a tener una entrevista doble. “¿Qué le pasó en esa pierna, Catalina?”, le preguntó doña Blanca mientras se acercaba a mirarla. Doña Catalina se había caído y se había fracturado una pierna. Le habían puesto una platina y por eso no se podía parar. Por eso esta vez nuestra charla fue en su habitación. La vez pasada, cuando hablamos en el pasillo que conducía a su cocina, le pude ver la nariz, inflamada y púrpura. “Ahora fue la pierna, hija. La otra vez fue la nariz”. ¿Se golpió (sic) la nariz, Catalina?, le dijo doña Blanca, con esa voz dulce de ella y ese particular acento que parece de ninguna parte. “Me rompí aquí y me tuvieron que coger puntos”. Lo de la pierna y la nariz le pasó saliendo de su pieza. Se enredó, perdió el equilibrio o simplemente su cuerpo, que envejece, no le respondió. “Dos veces me he caído en el mismo puesto. Se enreda uno solo, ¿cómo es que dice ese dicho?... ese de que las patas ya van solas”. “Que las vacas se manejan solas” le dice Blanca. “¡Ese!”.

Blanca, a diferencia de doña Catalina, tiene plena libertad en el manejo de su cuerpo, tiene todavía la fuerza para trabajar en su huerta, cuidar a su nieto y trabajar un día a la semana limpiando una casa en Cali. Pero claro, Blanca tiene 66 años y doña Catalina le lleva 21. En una asesoría con el director de mi tesis él me hacía un comentario respecto a que no es lo mismo ser una mujer mayor de 60 y una de 80, o más. Y que eso se veía en muchas cosas: por ejemplo en el papel activo que toman en las decisiones familiares, en cuánta atención se presta a sus opiniones o deseos, qué tanto se respetan sus voluntades y qué tanto se los trata como adultos, sin infantilizarlos. Hay distinciones dentro de “lo viejo”. Tendría que decir también que no es lo mismo envejecer y tener 67 años o casi noventa, y esa diferencia también está en los cuerpos.

Haciéndole una entrevista a doña Eliza vimos a su esposo que estregaba una camisa en el lavadero para luego dejarla en remojo en un platón, que iba a poner en una esquina estratégica para que le dieran los rayos del sol. “Ahí con ese sol esa ropa blanquea porque blanquea”, dijo don Heriberto después de saludar. Le pregunté a

doña Eliza por lo que estaba haciendo su esposo: “Como yo estoy tan enferma de mis hombros, él ha cogido de lavar su ropa. Porque yo mantenía muy mala de mis brazos y entonces ya casi no podía lavar” (Eliza, comunicación personal, septiembre de 2018). Hay un abandono por ciertas actividades que físicamente les es difícil realizar. Simone de Beauvoir (2013) decía, en su libro sobre la vejez y mencionando a su mamá enferma de artritis y el desgaste de su cuerpo y su salud, que aunque el individuo de edad soporte esos males con resignación, “son el precio que pagó [por] la mayoría de sus actividades. Ya no puede, pues, ceder a caprichos, seguir sus impulsos: se interroga sobre las consecuencias y se ve obligado a optar” (Beauvoir, 2013, p. 376). A negociar la realización de actividades que antes hacía casi todos los días. Como Doña Elba, que en sus relatos decía: “Más antes me gustaba tener todo limpio. Me agarraba a lavar los patios y ese corredor. Ahora ya no sirvo para eso. Sólo para barrer y trapear. Pero ponerme a lavar por allá afuera no. A todo eso le echaba Fab y Límpido y lo entregaba. Ahora ya no porque donde me resbale y me quiebre algo...” ¿Entonces quién lo hace? “Pues la nieta a veces se pone a hacer eso, o mi hija... ellas que están más jóvenes” (Elba, comunicación personal, octubre de 2019).

He hablado todo este tiempo de desligarse de las actividades en la cocina, que no abandonarlas. Las mujeres que entrevisté siguen realizando labores domésticas dentro de las cocinas y del resto de sus casas. Tampoco se trataría de que no hicieran nada. Teresita, que tiene 83 años, vive sola y trabaja vendiendo matas: “Yo casi siempre almuerzo a las 4, 4:30 de la tarde. Por la mañana tomo cafecito con pan, después procuro desayunar bien. Y de ahí sagradamente me voy para allá [el huerto donde tiene todas sus plantas de jardín para la venta]. Me da como fatiguita y vengo y tomo café y vuelvo y me voy. Digo yo: si me pongo a almorzar ya pierdo el trabajo. Hay que ver el jardín que tengo. Empecé a ir a la galería Santa Elena de [vendedora] ambulante, la policía me quitaba mis matas cuando había recogida hasta que me pude hacer al puestico. Hace años de los años que tengo ese puesto” (Teresita, comunicación personal, marzo de 2019). Al escucharla en los audios de las entrevistas, su rutina me hacía pensar un poco en algo que decía Simone de Beauvoir: que en la vejez los hábitos se acrecientan, se vuelven más rígidas las rutinas. Que los

individuos mayores prefieren un método repetitivo, no tener que enfrentarse a tomar decisiones sobre cambios en la rutina. Al leer a Beauvoir, hasta cierto punto, me parece que algunas veces sus generalizaciones se pueden tornar frágiles. Porque una edad cronológica concreta no puede convertirse en un límite específico o un conjunto de características que determine unas clasificaciones individuales (Wilson, 1996). Cuando “[...] los estereotipos que sirven de base para la marginación por edad se traducen en que la edad se convierta en la clave característica de la vejez” (Wilson, 1996, p. 142). La edad entonces se convierte en el gran rasero y se ignoran diferencias de clase social, raza y género. Cuando Beauvoir habla de hábitos repetitivos en la vejez, al conectarlo con las mujeres de mi investigación, pienso que los relatos sobre sus rutinas cotidianas se conectan a una intención de romper con las representaciones hegemónicas de la vejez respecto a su improductividad o inutilidad. Una de las mujeres entrevistadas me decía: “No, a mí nadie me ayuda en la cocina porque ni me gusta. Las hijas saben venir pero yo les digo que no, que no me alboroten mis cosas, déjemelas como yo las tengo, que ya sé cómo tengo mis cosas. Luego me las mueven y me cambian todo. [...] a mí no me gusta que me hagan nada. Mientras que yo pueda no me hagan nada” (Ana, comunicación personal, octubre de 2019).

Un dolor en este hombro izquierdo. *Sobre la materialización del trabajo de cuidado en el cuerpo de las mujeres.* A Eliza le duelen los hombros casi todas las noches. Se pone hielo cubierto con una toalla y así puede dormir mejor. En las mañanas va tres veces a la semana al grupo de la tercera edad donde hacen ejercicios de gimnasia, con otras señoras como ella. No deja de ir ni un solo día pues dice que eso le ha ayudado a sentirse mejor del dolor en las noches. Las rodillas también han empezado a molestarle; le duelen mucho sobre todo cuando hace frío. Ya he hablado de las labores y el trabajo que hacía cuando estaba más joven: intensas y de gran esfuerzo físico, sin contar el desgaste emocional y mental que también recae sobre ellas. “Se daña uno haciendo malas fuerzas” decía doña Eliza. A doña Elba le pregunté que para ella ¿qué sería descansar?: “Descansar para mí sería tener alivio en el momento que me están doliendo mis pies. Tener alivio del dolor. Hay veces, aún cuando esté con este dolor, que me voy para donde mis matas y allá me entretengo. No me puedo quedar

enteramente quieta porque es peor” (Elba, comunicación personal, septiembre de 2018).

Doña Ana levanta su mano y la pone tapando la luz del sol. Se ve la palma abierta, oscurecida por el contraluz. Entonces dice: “Si ve torcidos los dedos, ¿cierto? Un médico dijo que puede ser artritis, pero yo no creo... Un señor me dijo que uno tenía que enjabonar a mano, aún cuando fueran los limpiones, los interiores, porque si uno no hace movimiento los dedos se tuercen” (Ana, comunicación personal, octubre de 2019). ¿De qué le dio eso, doña Ana? “... yo no sé... yo planché mucho. Mi mamá le planchaba ropa a policías y a mí me tocaba ayudar. Tocaba con esas planchas de carbón. Prender leña, sacar los carbones y allá afuera ponernos a planchar. Y así acalorada si tocaba hacer algo en la cocina pues tocaba. Que picar cebolla, lavar unas papas, mojarse con alguna cosa. Por eso se tuercen los dedos” (Ana, comunicación personal, octubre de 2019).

Al escuchar sus relatos referidos sobre todo a lo físico, pensaba en las experiencias de mujeres mayores de mi familia cuando hablan de sus dolores físicos y cómo se han vuelto persistentes con la edad. Las he oído quejarse del dolor en la espalda, de sus piernas inflamadas, de mala circulación, hernias, de vejigas descendidas, de hombros resentidos, del dolor en sus rodillas. Para una clase en la universidad quise hablar de las marcas en el cuerpo que deja en las mujeres mayores el trabajo de cuidado dentro de la casa. Claramente también deja huellas en lo emocional, pero en lo que yo pensaba era cómo deja rastros en el cuerpo, en su desgaste. Y cómo sigue siendo el cuerpo femenino el mapa sobre el que se dibujan inequidades y sometimientos. Por supuesto muchas de las dolencias de estas mujeres son resultados de la edad, de enfermedades congénitas, de múltiples variables. Pero entre esas, muchos de esos dolores son consecuencias de labores arduas, pesadas y constantes en el trabajo de cuidado dentro de sus casas. Recuerdo que el profesor de esa clase me decía que las huellas corporales del trabajo del cuidado, a un nivel material, llevan a la reflexión sobre las cargas y sobre la injusticia que conlleva esta manera de funcionamiento social. La *injusticia*, me dijo.

Para esa clase también leímos a Luz Gabriela Arango (2017), y ella decía que el trabajo de cuidado no solía abordárselo desde su dimensión temporal, en su responsabilidad a largo plazo. También habría que pensarlo en las huellas que deja en las mujeres con el paso del tiempo. Y pensarlo en el envejecimiento, ver cómo envejecemos distinto hombres y mujeres. Los vínculos entre envejecimiento y género. Pero habría que abarcar aún más, incluyendo su interacción con otras bases de diferenciación social, como la clase social. Cómo envejecemos distinto incluso siendo mujeres. Simone de Beauvoir (2013) decía que el deterioro del cuerpo en la vejez es fatal y que nadie escapa a él, pero que éste sea lento o rápido, parcial o total, depende de numerosos factores. No todas las mujeres envejecen igual, y no todas nos contarán que en su juventud tenían que cargar agua desde el río hasta la casa o recoger bultos de las siembras, y que ahora en sus ochentas sufren de hernias o malformaciones. No se puede pasar por alto la desigualdad estructural y la influencia de los factores materiales y culturales sobre el sentido y la experiencia real de las vidas de estas mujeres (Ginn y Arber, 1996).

4.4. Menos presión sobre roles hegemónicos. Reflexiones en la vejez.

Para cerrar este capítulo, voy a mencionar algunas reflexiones a partir de los relatos de las mujeres entrevistadas alrededor de sus roles como madres y esposas, que exploran las fisuras y los quiebres a los roles hegemónicos sobre los que se cuestiona esta investigación. En el caso de las mujeres entrevistadas, la vejez permite romper esos roles hegemónicos por la perspectiva que da sobre la vida y porque las experiencias acumuladas se vuelven una fuente de saber. Es clave además, resaltar aquí la capacidad reflexiva de las mujeres y la autonomía que han ganado con los años. Esto cuestiona una de las ideas recurrentes en la academia sobre las mujeres campesinas, consistente en que no podrían pensarse como sujetos independientes de los hombres, y articuladas bajo unas identidades más homogéneas y colectivas.

Teresita estaba en el lavadero con el pescuezo de una gallina entre las manos, mientras el agua lavaba la sangre que salía del animal muerto. Luego cogió un cuchillo

y terminó de despresar la gallina. Teresita se separó de su segundo y último esposo el 28 de febrero de 1979. Tuvo un primer matrimonio de pesadilla y un segundo que aunque mejor, no fue suficiente. “Eso hace más de 40 años y como yo ya me hice a mi rancho, yo dije: no más”. Puso unas hojas de romero, algo de color y empezó a exprimir unos limones en los muslos, la pechuga, las alas y todas las otras presas de la gallina. ¿Desde ahí no se volvió a casar, Teresita? “Yo nunca más. A Julio [su último compañero] le dije una vez que estaba muy enfermo y mandó a llamar al padre, que si me tocaba traérselo, yo se lo traía para que se confiese, para que le den los santos óleos. Pero lo único que le recomendé es que no le fuera a prometer al padre que se iba a casar conmigo, porque yo no me caso. Tan pronto se aliente, yo me voy. Y dicho y hecho. Me fui... Y Julio no se murió, eso era puro miedo” (Teresita comunicación personal, marzo de 2019). ¿No era raro que en esa época no se volviera a casar? “¿Y por qué? El matrimonio es una cosa muy... ¿con lo que a mí me había pasado y yo amarrándome otra vez? Yo no necesitaba un hombre para vivir bien, pa’ eso dios me dio estas manos, para trabajar” (Teresita, comunicación personal, marzo de 2019). Teresita que vivió 18 años con un hombre que no quería trabajar y del que estaba exhausta, no tenía presión por asumir un rol como esposa/ama de casa. Tampoco le preocupaba construir una imagen ligada a una función de esposa. Cuando Teresita decía eso pensaba en las tantas veces que en conversaciones cotidianas uno escucha decir a una mujer que “ahora está sola”, en referencia a que no tiene pareja. Lo que decía Teresita era algo que resonaba con una reflexión de Marcela Lagarde (2001) sobre el mito de la *madresposa*. “Para que la mujer exista es necesaria una preexistencia del hombre. Ella sólo existe social e individualmente por esta relación. En cambio el hombre es en sí mismo. De ahí, la importancia del lazo conyugal de las mujeres” (Lagarde, 2001, p. 367). Tenía ganas de preguntarle a Teresita si en todo ese tiempo desde que se separó nunca le había gustado alguien. Entonces ella dijo: “Para mí la compañía es buena, tanto para el hombre como para la mujer, pero depende. Si el hombre va a dar con una perezosa, malgeniada y una mala mujer, pues para qué. Que se quede solo. Y uno también, así mismo le pasa a uno de mujer. Y nadie se ha muerto por eso...”. Existir como ser autónomo y no sólo mediante los otros, dice Lagarde.

Doña Eliza armaba las arepas con las manos. Bien redondas, girando una y otra vez. Por la ventana de su cocina, desde donde entra toda la luz, se ve un rancho de madera que alguna vez fue una especie de galpón para gallos de pelea que pertenecían a su esposo. “Él se iba y había que cuidarle esos gallos. Donde él encontrara uno de esos gallos peleando o picados, era un problema. Había que pedirle más o menos permiso para uno salir, porque si no había nadie que le pusiera cuidado a esos gallos, la insultada más berrionda”. ¿Y entonces no salía? “Pues no. Uno antes no podía decir me voy... En cambio ahora no. Ahora uno se arregla y sale y se va y ya”. Sin avisar. “Sí, poco a poco yo fui dejando eso, porque uno ya viejo y otro diciéndole: que no vas y no vas. Que aquí te tenés que estar. Eso ya no pasa. Esas son las diferencias de los matrimonios de ahora y los de antes” (Eliza, comunicación personal, septiembre de 2018). Puso sobre la hornilla dos arepas que estaban listas. Se acomodaron perfecto y Eliza empezó a armar otras dos. Seguimos conversando: ¿Y por qué cree que fue dejando eso, doña Eliza? “Por la edad, yo creo... uno ya va viendo, la pareja va cambiando, los hijos están grandes” (Eliza, comunicación personal, septiembre de 2018). Se han marcado unas cuantas líneas negras en las arepas por el tiempo que llevan recibiendo calor y doña Eliza las voltea para que se terminen de asar. Se ven crocantes por fuera y algo de queso se sale por los lados. ¿Su esposo siempre fue así, doña Eliza? “Es que él era muy celoso. Le cuento que cuando yo tenía mis hijos estudiando ahí en el pueblo y tenía que ir a reuniones de padres de familia, eso era la pelea más segura. Celosísimo. Que si uno iba por allá era que se iba a conseguir otro... Yo no salía de esta finca. No salía sino el día domingo a la misa con mi suegra. Y de ahí otra vez para acá” (Eliza, comunicación personal, septiembre de 2018). Estuvieron listas las arepas y entonces empezó a servir café. ¿Había cosas que le dijera que no hiciera y usted igual las hacía? “Pues uno tenía que obedecer las cosas. No se podía poner uno como ahora que se puede vestir como quiera. Que si le provocó este vestido va y se lo coloca. Si a él no le gustaba no se lo dejaba poner” ¿Él le decía cómo se debía vestir? “A veces me decía que no me pusiera alguna cosa. Hasta ahorita él me dice que por qué me pongo eso tan feo, que ya estoy muy vieja para usar tal cosa. Y yo le digo que me deje mi blusita ahí. Me la coloco y me la dejo” (Eliza, comunicación personal, septiembre de 2018). Y antes no pasaba eso. “No, antes no. Antes me la quitaría”

(Eliza, comunicación personal, septiembre de 2018). Ginn y Arber (1996) dicen: algunas mujeres, que al principio de la edad adulta apenas cuestionaban los papeles asignados al género, van oponiéndose y resistiéndose a los mismos a medida que envejecen. El envejecimiento no se produce en un medio estático ni fuera de un contexto. Para explicar por qué algunas mujeres se desligan de estereotipos cuando son mayores, estas investigadoras mencionan que uno puede que, siendo mayor, no reproduzca roles hegemónicos porque te has apartado de ellos por diferentes experiencias (un cambio social). Si esas experiencias son menores, es posible que esos roles no cambien mucho. En el caso de los relatos de las mujeres que entrevisté, fueron pequeñas modificaciones en el actuar respecto a su rol de esposas, estos no parecen de gran espectacularidad pero reafirman sus identidades y su autonomía. El género tiene aspectos materiales e inmateriales y los cambios que se producen en una serie de esferas sociales influyen en el género de diversas maneras (Wilson, 1996).

El tema de la maternidad en las conversaciones que tuve con las mujeres de esta investigación fue bastante recurrente, pues para quienes hacían de comer era principalmente a sus hijos y esposos. Parece bastante obvio que cuando les preguntaba a ellas por la responsabilidad sobre sus hijos en la actualidad, ésta parecía disminuir. Todos son adultos y muchos no viven con ellas. “Pues uno porque quiere colaborarles, pero que uno *tenga* responsabilidad con ellos la verdad es que ya no” (Elba, comunicación personal, octubre de 2019). Y no se refieren en absoluto a los afectos, sino más bien a una cierta independencia de ellos, sobre todo en lo que refiere al trabajo de cuidado. Una liberación de la carga emocional y física de las labores domésticas. Tal vez más la física que la emocional. Doña Eliza decía otra cosa además: “Cuando ellos estuvieron pequeños yo los corregía duro, para qué voy a decir que no. Eso sí era con correa o ramas del café. Y vea, salieron buenos muchachos, trabajadores, juiciosos y muy responsables con las mujeres. Pero yo en cosas de ellos [refiriéndose a problemas en sus matrimonios] no me meto, porque yo ya crié hasta donde tenía que criar” (Eliza, comunicación personal, septiembre de 2018).

Para continuar analizando el tema de las maternidades de las mujeres entrevistadas voy a reproducir un diálogo entre doña María y su esposo:

- [Doña María] Yo cuando vine aquí al pueblo no había ni energía. Se cocinaba era con leña.
- [Don Evelio] Eso era con leña...
- [Doña María] En ese tiempo no se usaba ni siquiera algo para evitar tener hijos.
- [Don Evelio] Aquí eso era con velas [*Él seguía con el tema de la energía*].
- [Doña María] No como ahora que para planificar hay inyecciones, pastas. Todo eso de lo que hay ahora antes no había.
- [Don Evelio] Al tiempo fue que pusieron una planta [*Él seguía con el tema de la energía*].
- [Doña María] Tuve que tener los hijos que viniera por las obras del señor [dios].
- [Paula] ¿Y usted a qué edad tuvo su primer hijo?
- [Doña María] Por eso, yo lo tuve como a los 16 años.
- [Don Evelio] Sí, más o menos a los 16. (María y Evelio, comunicación personal, marzo de 2019).

Tuve que tener los hijos que vinieran, dijo doña María. ¿Cuántos de esos hijos eran deseados? (que no queridos, que eso es otra cosa). Deseados. ¿Cuántos embarazos por decisión? Lagarde decía que “la vida de muchas mujeres se desenvuelve en un cuerpo “cargado”, por dentro o por fuera, durante muchos años. Hay mujeres, sobre todo campesinas, pero también ciudadinas, que siempre están embarazadas, o acabando de parir” (Lagarde, 2001, p. 383). La vivencia corporal de la maternidad ocupa la mayor parte de su vida. Tal vez esto mucho más frecuente años atrás: “Cuando me vine aquí a este pueblo vine a una finca de unos señores de plata. Y Evelio [su esposo] vivía ahí enseguidita. Ahí fue que nos conocimos... Él me engañó y quedé embarazada del primer hijo que tuve, entonces tuvimos que casarnos” (María, comunicación personal, marzo de 2019). ¿Cómo así que “él me engañó”? La conversación iba muy rápido y siguió: ¿En ese tiempo no se planificaba, doña María? “Nooo [se ríe]. Ni sabía uno qué cosa era eso. En ese tiempo uno no sabía absolutamente nada de eso. Por eso era que más antes las mujeres teníamos tanta familia, porque uno no sabía. Ni escuchaba si quiera. A nadie” (María, comunicación personal, marzo de 2019)¹⁹. ¿Ustedes se pusieron de acuerdo en cuántos hijos tener? “No, uno más antes... mejor dicho. Uno

¹⁹ Apenas hacia 1964 se empezó a socializar la píldora anticonceptiva en Colombia.

más antes como que no pensaba que la vida era dura. O yo no sé por qué uno no pensaba en esas cosas”. Cuando usted quedó embarazada, ¿le contaron cómo era un parto? ¿Su hermana o su mamá le contaron cómo iba a ser? “Ni que por dónde lo iba a tener. No, no es como ahora. Yo ahora le digo a Cindy [su hija menor]: cuídese, hija, que un hijo es duro tenerlo, duro de verdad. Y bueno, pues ni tanto eso, la lucha mientras lo tiene, y de ahí en adelante, para criarlo qué. Yo de mis hijos no me duele porque todos son buenos hijos, pero uno tiene que tenerlos hasta donde uno quiera” (María, comunicación personal, marzo de 2019).

Recuerdo una clase en la universidad donde hablábamos de la construcción social del *instinto materno*. Y pensaba en esto que dice doña Ofelia: “Pues no sé... hay personas como... yo por ejemplo en la juventud también era así. A mí no me gustaban los niños. ¿Usted cree que yo en mi vida llegué a cargar un niño antes de los míos? Y cuando tuve mi primera niña a mí me daba una pereza, una jartera (sic), mejor dicho, a mí me daba de todo. Y cuando lloraban... no, qué pereza. Yo no sé por qué tuve hijos si a mí no me gustaban los niños...” (Ofelia, comunicación personal, marzo de 2019). Respecto al mito social de ser mujer: madre, que dice que una mujer por serlo debe ser madre, y que en tanto, por ser madre es mujer. “El mito dirá que la madre posee un saber-hacer instintivo, que le permite entender mejor que nadie lo que su hijo necesita [...] La madre va a saber por instinto” (Fernández, 1993, p. 171). Y va a querer ser madre por ser mujer. Fernández (1993) decía que estos mitos del imaginario social son extremadamente sensibles a lo histórico. De manera que se encontrarán enormes diferencias en la concepción de la maternidad a lo largo del tiempo, y en un cierto contexto social y cultural. La eficacia de este mito es que usa una pretendida ilusión de atemporalidad: siempre fue así y siempre será así. Y esto “tiene mucha más fuerza que pensar que pensar que dicha función cambia con los tiempos” (Fernández, 1993, p. 172).

Con el paso del tiempo otros serán los mitos, otros los discursos, otras las prácticas sociales e individuales, públicas y privadas (Fernández, 1993). Los discursos de estas mujeres han cambiado con los años, no necesariamente para desmontar unos

imaginarios atribuidos a ellas por ser mujeres, pero sus reflexiones posiblemente nazcan como “puntos de fisura por los que el mito grita sus contradicciones” (Fernández, 1993, p. 168). Un instinto materno que se pone en duda, que se cuestiona, tal vez no en estas palabras, pero se reflexiona sobre él con el tiempo, en retrospectiva de la vida que se ha quedado atrás. Cuando ya parece que se van desligando de ciertos roles.

Comentarios finales

En este último apartado elaboraré algunas reflexiones que no tienen la intención de ser necesariamente concluyentes, sino que abren la puerta a nuevas preguntas y rutas de nuevas investigaciones.

“Los efectos del poder nunca son totales, siempre hay espacios no sometidos a la hegemonía, y es en estos lugares donde resulta particularmente relevante indagar sobre los significados y construcciones culturales de las formas de agencia y resistencia” (Ortner citada por Llanes, 2014, p. 42). Cuando empecé esta investigación le había dado un nombre a lo que buscaba. Estaba tras el rastro de unas *resistencias* de las mujeres campesinas frente a roles hegemónicos. Sin embargo, lo que entendemos por resistencia tal vez no es el término preciso para lo que encontré. Lo que apareció en esta indagación fue una cosa menos definida. En una investigación con estas características: que se concentra en mujeres mayores, en sus historias de vida, en temas tan aparentemente anodinos, y en el terreno de lo micro y cotidiano, donde hay una pretendida “naturalidad” con la que las prácticas cotidianas se despliegan; lo que da cuenta de esta investigación no puede ser rotulado bajo un solo concepto y difícilmente cerrado o terminado.

En este sentido, los resultados de esta indagación plantean más bien quiebres, tensiones o fisuras que a veces se abren, se mantienen así por un tiempo y vuelven a cerrarse, o éstas a su vez abren otras. Les llamaré fricciones y acomodados, pues las unas aluden no necesariamente a la resistencia, pero sí al encuentro incómodo, a los malestares persistentes que no son choques directos; y los otros, los acomodados, aparecen en las naturalizaciones y las formas de adaptación a representaciones hegemónicas sobre ellas.

Me propuse analizar las fricciones y acomodados de las mujeres de esta investigación desde esta perspectiva. Un malestar, que a veces está ahí, no siempre descifrable, no

siempre fácil de señalarlo o de ponerlo en palabras y que no implica siempre una reflexividad plenamente consciente. Podría pensarse que hay fricciones y acomodos que operan de ciertas maneras: algunos planeados, elaborados más conscientemente y otros más espontáneos, colectivos e individuales, internos y externos, públicos y privados. Para Ortner los sujetos conservan la agencia resistiendo a la dominación o tratando de sustentar sus propios proyectos en los márgenes del poder. Estas prácticas se pueden sostener de modo reflexivo o desde el cuestionamiento abierto (Ortner citada por Raich y Vommaro, 2017). Y a pesar de que esta tesis indaga en la vida cotidiana de las mujeres campesinas, estas experiencias son transversales a todas las mujeres. Aquí debo precisar que las diferencias, inequidades y representaciones hegemónicas en las que vivimos hombres y mujeres no son solamente individuales sino también estructurales, de manera que los cambios no se resuelven simplemente a través de los individuos, sino que son precisas además variaciones fundamentales en la manera como las sociedades se organizan. Sin embargo, es importante detener nuestra mirada en las prácticas y experiencias cotidianas y del espacio doméstico (y nuestras experiencias más personales) pues lo social reside en lo cotidiano y un cambio en éste es indispensable para el cambio social (Reguillo, 2000).

Estas fricciones y acomodos se dan en un contexto específico, de manera que no tienen que ser necesariamente iguales para todas las mujeres. Porque no todas las mujeres vivimos bajo los mismos modelos femeninos o los mismos “deber ser o hacer”. Algunas veces estas rupturas responden a ciertas circunstancias: sobre todo de orden económico. En algunos relatos de las señoras de esta investigación, ellas asumen más evidentemente el rol de proveedoras cuando sus esposos enferman, por ejemplo. Una participación más activa y decisoria, pues es equivocado decir que sus esposos eran los únicos proveedores. Este rol no era solamente masculino, si bien el femenino era invisibilizado. Además, la proveeduría no puede ser vista únicamente en aspectos económicos, pues ésta puede estar referida en términos de estrategias de subsistencia, y no limitarse sólo al que compra el mercado o paga los servicios.

Los malestares espontáneos, actitudes en tensión y ánimos de oponerse revelan la capacidad reflexiva de estas mujeres, tal vez un poco más visibilizada en su envejecimiento, que les permite elaborar dudas, no dar cosas por sentadas y reevaluar. Las estructuras de poder nunca son totales, incluyen relaciones sociales y la conciencia, en algún punto reflexiva, que las personas tienen sobre ellas. “Los sujetos viven, significan, valoran, resuelven, incluso resisten las lógicas de poder en las que se desarrollan sus prácticas” (Ortner citada por Raich y Vommaro, 2017).

En la vejez de estas mujeres, estas fricciones y acomodados no se presentan sólo en las prácticas sino que el discurso también los hace evidentes: en las reflexiones alrededor de sus matrimonios y sus embarazos. La capacidad de elección, negada o diezmada en su juventud, es replanteada en la vejez. El deber ser madre o esposa son mirados a la luz de otros ojos, sobre todo movidos más por sus deseos individuales. Sin embargo, como ya lo he planteado, no cambia el discurso por completo, no es uno enteramente nuevo y en oposición. Pero se evidencia que sus maneras de vivir y de relacionarse no han sido estáticas ni homogéneas. Es importante entender que la vida cotidiana es histórica y dinámica. No existe una cotidianidad esencial sino que está “indisociablemente vinculada a lo que un momento específico y en una cultura particular se asume como legítimo, normal, necesario para garantizar la continuidad” (Reguillo, 2000, p. 78). Este no es un proceso plenamente pasivo, pues en las lógicas de operación de la vida cotidiana se revelan distintas negociaciones que los actores deben realizar continuamente con el orden social (Reguillo, 2000). La cotidianidad no es una penumbra “prereflexiva” en la que todo ha sido domesticado y es por ello, previsible o controlable. Los mitos del imaginario social, que por ejemplo asignan a las mujeres el rol de madres, por el solo hecho de ser mujeres, son extremadamente sensibles a lo histórico. De manera que se encontrarán enormes diferencias en la concepción de la maternidad a lo largo del tiempo, y en un cierto contexto social y cultural. La eficacia de este mito es que usa una pretendida ilusión de atemporalidad: siempre fue así y siempre será así. Y esto “tiene mucha más fuerza que pensar que dicha función cambia con los tiempos” (Fernández, 1993, p. 172). Con el paso del

tiempo otros serán los mitos, otros los discursos, otras las prácticas sociales e individuales, públicas y privadas (Fernández, 1993).

El capítulo tres de este documento se pregunta por la participación de los hombres en las cocinas. Las reflexiones ahí no intentan retratar una igualdad en las relaciones de género dentro de las casas, pero sí las complejiza. Se asemeja al proceso de las fricciones y acomodados en las mujeres, aunque sin la intención de igualarlos, siempre en movimiento. En ese capítulo se cuestionan ciertos imaginarios sobre el trabajo de cuidado vinculado exclusivamente a las mujeres y se desvirtúa la idea del trabajo doméstico como unas habilidades naturalmente femeninas. Ahí, además, se descubre una suerte de “guión” tras el trabajo doméstico que se realiza en las casas: las mujeres saben hacerlo muy bien y los hombres lo ejecutan torpemente. Pero parece más un parlamento que se aprende, con el que han crecido y que han escuchado tanto que ya se recita de memoria, pero el discurso se desvirtúa cuando se enfrenta a las prácticas de estos hombres, algunos de ellos viudos y separados, que hacen evidentes prácticas de autocuidado y habilidades al hacer en sus cocinas.

La decisión de centrar la investigación en el trabajo que se realiza en la cocina cuestiona la pretendida *naturalidad* con la que las prácticas cotidianas se despliegan, que las vuelve ajenas a toda sospecha y bajo una cierta sensación de un inofensivo transcurrir que selecciona, combina, ordena el universo de sentidos posibles, que le otorga a sus procedimientos y a su lógica el estatuto de lo que es “normal” (Reguillo, 2000). Muchas veces las respuestas de las personas que entrevisté, tanto en los hombres como las mujeres, se inclinan por un “así pasaba”, “así era”, era lo normal dentro de la cotidianidad del espacio doméstico. Pero hay un margen, que deja un vacío para la “improvisación”, una fuga, un excedente de sentido para que se presenten quiebres y reacomodos.

Analizar el trabajo en las cocinas, y más detalladamente el hacer de comer, produjo no sólo una descripción profunda de sus procesos, sino que también ubicó estas fricciones y acomodados en momentos menos dramáticos y estelares, y más bien en el

vaivén de la rutina y del tiempo que parece repetirse con los días. Centrar la mirada en este espacio y en sus prácticas también permitió identificar unas redes de cooperación entre mujeres. Estas cadenas de trabajo colectivo podían ser también intermitentes y en situaciones por fuera de la rutina. Otras se desarrollaban diariamente y los relatos sobre ellas desmontan (que no idealizan) las relaciones frecuentemente estereotipadas entre suegra y nuera, cuñadas, madres e hijas. Es decir, entre mujeres. Este vínculo entre mujeres se mantiene también en la vejez en grupos de la tercera edad a los que pertenecían varias señoras entrevistadas. La colaboración entre mujeres y la compañía en la vejez genera un vínculo entre ellas, una invitación a ver a las mujeres también en su relación con otras mujeres: desde la amistad, la edad, la transmisión generacional entre madres e hijas, entre hermanas o colegas.

Al hablar de formas de hacer de comer, las reflexiones e interpretaciones no pueden quedarse sólo en la preparación de alimentos. Hay otras labores *satélites* donde se puede encontrar más información sobre las formas de relacionarse y la repartición de hombres y mujeres de las tareas domésticas, no acordada y dada como natural, junto con la existencia o no de rupturas a lo hegemónico. En el desarrollo de este documento también se abordó el tema de enseñar a cocinar como algo impreciso que no sigue el mismo patrón de aprendizaje formal. No se trata tanto de *estudiar* cocina, en el contexto de esta investigación, sino de *aprender* a cocinar. Es entonces un saber práctico. La enseñanza de la cocina sí se da, aunque se trate de una delegación, como muestra esta investigación. Ésta a su vez refuerza la autonomía y el autoaprendizaje, aunque no siempre haya acompañamiento en la tarea. Este saber hacer, desde la experiencia, disuelve los roles y las fronteras entre lo femenino y lo masculino, entre el aprendiz y el experto.

Un punto clave en esta investigación fue el uso de la cultura material como entrada metodológica. Al adentrarme en el espacio y los objetos (cocina y utensilios, principalmente) y en el uso que se hace de ellos, se puede ver cómo la gente se los apropia y se relaciona con ellos. En este caso, con acento en una cuestión de género. La cocina se asume como un espacio dinámico para entender los comportamientos, los

roles asignados socialmente y las dinámicas de género dentro de las familias. El espacio no es percibido del mismo modo por dos individuos y cuenta con múltiples significaciones en diferentes contextos. Además, hablar con las señoras de temas tan cotidianos como ¿quién lavaba la loza? permitía que se asociara a otros temas y las entrevistas fueran más reveladoras.

La concentración en el espacio y los objetos me permitió llegar a otros análisis, como la relación de la independencia y autonomía con la *casa propia*. Los espacios adquieren mayor valor cuando se vuelven/se sienten propios, con unas connotaciones ligadas a un aumento en la capacidad de decisión de estas mujeres. Conectándose con esta línea, el negocio propio con las plantas de jardín por ejemplo, en apariencia sólo bellas y decorativas, significaron para las mujeres una oportunidad que se traducía en ingresos económicos, de manera que eran aportantes dentro de sus familias y les generaba a ellas cierta autonomía e independencia. Vale la pena una mención a las plantas de jardín que, así como la máquina de coser, tan ligada al universo femenino, han significado tanto para muchas familias en nuestro país. Desde los relatos de las señoras de esta investigación, ¿cuántos uniformes o cuadernos para los hijos se compraron con la venta de un montenegro, una veranera o unas azucenas? ¿Y cuánto dinero ahorrado de ese trabajo se tradujo en la compra de un terreno?, como algunos relatos que se recogen en este documento.

Pero el tema de los objetos no se queda aquí. Los cambios en el espacio de la cocina en términos de disposición, diseño, propósito y las transformaciones en los materiales y tecnologías de los utensilios, también revelan modificaciones en las prácticas. En qué se hace y cuánto se hace. En algunas investigaciones sobre la cultura material de las cocinas y también algunas desde una perspectiva feminista, se revela que el avance en las tecnologías de las cocinas no significó menos trabajo para las mujeres. A veces incluso podía suponer más: mayor tiempo lavando y limpiando todos los nuevos utensilios especializados para cada acción dentro de la cocina. Y ciertamente no liberaron a la mujer de esta carga porque jamás se replanteó al sujeto del trabajo en el hogar. La mujer continuó siendo la responsable. Pero en un contexto rural y más

concretamente de las mujeres de esta investigación, los cambios en los servicios básicos, por ejemplo, han significado reducción de tiempo y el involucramiento de otros miembros de la familia con el uso de los utensilios y diversificar la apropiación de las cocinas.

No se trata de idealizar cambios ciegamente, sólo porque puedan parecer buenos para unos. Hay aspectos positivos en la vivienda rural actual que no se han apreciado en toda su importancia, pero en esta tesis me he referido a elementos básicos y servicios de primera necesidad que han resultado importantes para el trabajo doméstico de las mujeres de esta investigación. Aquí vale la pena aclarar que la modernización del hogar (entre 1940-1959 según estudios historiográficos) es un fenómeno que empezó siendo urbano y de clase alta. Tomó lugar en la casa de ciudad, no en la rural. Además, tuvo que ver con las transformaciones de las ciudades, vinculadas con las redes de distribución de servicios de energía, principalmente (Ríos, 2020). Recordemos que el servicio de energía llegó a Felidia apenas en 1986.

De otro lado, los objetos para las labores en la cocina que se mencionan en el capítulo final de esta tesis no sólo muestran el ingenio de las personas para resolver problemas cotidianos, sino que a pesar de que son pocos los casos de esas soluciones técnicas que las desarrollan las mujeres, también muestra otra cara de la división sexual del trabajo, que incluye a los hombres en tareas domésticas como hacer un horno o arreglar una cama para las matas. Podría decirse que la división sexual sigue siendo desigual al poner a los hombres en un rol "creativo" y a la mujer en uno reproductivo, pero sin duda muestra algo que puede leerse como una ruptura frente al modelo patriarcal hegemónico: donde los hombres "trabajan" (por fuera del hogar en labores que producen dinero) y las mujeres se quedan en la esfera doméstica en la reproducción de la vida.

También me interesa referirme al uso de investigaciones históricas como herramienta de análisis. La importancia de revisar la historia permitió identificar que en los relatos de las mujeres se evidencia una continuidad en modelos heredados de feminidad y de

familia, y una estructura patriarcal que los constituye. Aunque se gestaban cambios para las mujeres a mediados del siglo XX, lento era el ritmo de las transformaciones reales en la cotidianidad dentro de las casas y en unos contextos más que en otros.

Finalmente, esta investigación invita a volver la mirada sobre las diversas maneras que encontramos para vivir la experiencia de ser mujeres. En este caso la atención está sobre las trayectorias de vida de estas mujeres mayores y campesinas, especialmente sobre sus saberes, para comprender el mundo a través también de la manera como se lo han apropiado. Aprender desde lo cercano, para entender la diversidad.

Bibliografía

- Abu-Lughod, L. (1990). *La resistencia idealizada: trazando las transformaciones del poder a través de las mujeres beduinas*. Barcelona: Ed-Bellaterra.
- Acevedo, D. (1995). *La Colombia Contemporánea, 1930-1990*. En Calderón, C (Ed.), *Las mujeres en la historia de Colombia*. Tomo II. Bogotá: Editorial Norma.
- Appadurai, A. (1991). *La vida social de las cosas*. México: Editorial Grijalbo.
- Arias-López, B. (2015). *Vida cotidiana y conflicto armado en Colombia: los aportes de la experiencia campesina para un cuidado creativo*. *Aquichan* 15 (2): 239-252.
- Arango, L. & Molinier, P. (2017). *El cuidado como ética y como trabajo; Antes que todo, el cuidado es un trabajo y El trabajo de cuidado: ¿servidumbre, profesión o ingeniería emocional?* En: *El trabajo y la ética del cuidado*. Medellín: La Carreta.
- Arango, L., Molinier; P. (2011). *El cuidado como ética y como trabajo*. En: *El trabajo y la ética del cuidado*. Bogotá: La Carreta Editores y Universidad Nacional de Colombia.
- Arango, L. (2011). *El trabajo de cuidado: ¿servidumbre, profesión o ingeniería emocional?*. En: *El trabajo y la ética del cuidado*. Bogotá: La Carreta Editores y Universidad Nacional de Colombia.
- Bautista, S., & Bedoya, I. (2017). *Mujer rural y construcción de paz: temas, problemas y desafíos*. *Prospectiva*. *Revista de Trabajo Social e intervención social* No. 24, julio diciembre 2017: pp. 121-148
- Bermúdez, S. (1995). *Familia y hogares en Colombia durante el siglo XIX y comienzos del XX*. En Calderón, C (Ed.), *Las mujeres en la historia de Colombia*. Tomo II. Bogotá: Editorial Norma.
- Bourdieu, P. (2003). *The Berber House en The anthropology of space and place*. Blackwell Publishing.
- Bustacara, S. (2019). *En busca de la cocina perdida. Los singulares instantes del quehacer de cocinar*. *Revista KEPES Año 16 No. 19 enero-junio 2019*, págs. 123-149
- Camacho, I. (2016). *Representaciones de la vejez en Colombia. Análisis de memorias de vida frente a la política nacional de envejecimiento y vejez*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

- Canal Encuentro. 18 de octubre de 2017. Historias debidas VIII: Rita Segato (Capítulo completo)- Canal Encuentro. Recuperado de: https://www.youtube.com/watch?v=kMP21R_MQ1c&list=PLEq0VaxcytPBTmK6Zjnu8omIkUjggXcG&index=43&t=3033s
- Castellanos, G. (2003). Sexo, género y feminismo: tres categorías en pugna. En P. Tovar (Ed.), *Familia, Género y Antropología* (pp. 30-65). Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia –Icanh-.
- Centro Nacional de Memoria Histórica. (2015) *Arraigo y resistencia. Dignidad campesina en la región Caribe 1972-2015*. Bogotá: CNMH.
- Daza, S. (2019). *Cocinar es amar en silencio. Materialidades, conocimientos y prácticas en clases no formales de cocina*. Universidad de los Andes: Facultad de Ciencias sociales.
- De Beauvoir, S. (2013). *La vejez*. Bogotá: Random House Mondadori.
- Deere, C. & León, M. (2002). Importancia del género y la propiedad. En *Género, propiedad y empoderamiento: tierra, Estado y mercado en América Latina*. México: Universidad Nacional Autónoma de México. Flacso, Sede Académica de Ecuador.
- Dueñas, G. (2014). *Del amor y otras pasiones. Élite, política y familia en Bogotá, 1778-1870*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia (Sede Bogotá). Facultad de Ciencias Humanas. Escuela de Estudios de Género.
- Echeverry, L. (1998). Transformaciones recientes en la familia colombiana. *Revista de Trabajo Social*, No. 1, págs. 51-60.
- Fals Borda, O. (1956). Aspectos psicosociológicos de la vivienda rural colombiana. *Revista Colombiana de Psicología*, Volumen 1, p. 206-229.
- Fernández, A. (1993). Madres en más, mujeres en menos: los mitos sociales de la maternidad. En: *La mujer de la ilusión. Pactos y contratos entre hombres y mujeres*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Fleischer, F. & Marín, K. (2018). *Atravesando la ciudad. La movilidad y experiencia subjetiva del espacio por las empleadas domésticas en Bogotá*.
- Florián, J. (2013). *Reforma agraria y alianza para el progreso en Colombia 1960-1967*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Historia.

- Garzón, L. (2019). El Asilo de Locas de Bogotá y sus voces 1930-1950. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas, Doctorado en Ciencias Humanas y sociales.
- Giard, L. (1999). La invención de lo cotidiano 2. Habitar, cocinar. México: Universidad Iberoamericana. Departamento de historia. Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.
- Ginn, S & Arber, J. (1996) "Mera conexión". Relaciones de género y envejecimiento. En: Relación entre género y envejecimiento. Enfoque sociológico. Madrid: Narcea Ediciones.
- González, J. (2016). Tres días en la vida de una mujer. Revista Universidad de Antioquia No. 325, Medellín, julio-septiembre, páginas 132-137.
- Grisales, P. (2015). ¿Algunas mujeres ya no quieren ser madres? Cambios en las representaciones sociales de la maternidad en mujeres en edad fértil. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Grossberg, L. (2009). El corazón de los estudios culturales: contextualidad, construccionismo y complejidad. En: Tábula Rasa. Bogotá, No. 10: 13-48, enero-junio.
- Gutiérrez de Pineda, V. (1968). Familia y Cultura en Colombia. Tipología, funciones y dinámica de la familia. Manifestaciones múltiples a través del mosaico cultural y sus estructuras sociales. Bogotá: Coediciones de Tercer Mundo y Departamento de Sociología.
- Gutiérrez de Pineda, V. (1998). Cambio social, familia patriarcal y emancipación femenina en Colombia. Revista de Trabajo Social, No. 1, págs. 39-50.
- Gutiérrez de Pineda, V. (2003). Familia ayer y hoy. En P. Tovar (Ed.), Familia, Género y Antropología (pp. 273-298). Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia -Icanh-.
- Gutiérrez de Pineda, V. (2005). Modalidades familiares de fin de siglo. Revista Maguaré, No. 19, págs. 286-299.
- Highmore, B. (2011). Doing time. Work-life. En: Ordinary Lives. Nueva York: Routledge.
- Kaufmann, J. (2001). La ropa sucia. En Hijos de la libertad. México: Fondo de Cultura Económica.

- Lagarde, M. (2001). Capítulo IX. Las madresposas. En: Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas. México: Universidad Nacional autónoma de México.
- Lamus, D. (2009). La transgresión de la cultura patriarcal: movilización feminista en Colombia (1975-1995). *La Manzana de la Discordia*, [S.l.], v. 4, n. 2, p. 71-85.
- Larracochea, E. & Portocarrera, A. (Eds.). (2016). *Las resistencias nuestras de cada día. Subversiones cotidianas a las violencias simbólicas y materiales*. Nicaragua: Universidad Centroamericana.
- LeGrand, C. (1988). *Colonización y protesta campesina en Colombia 1850-1950*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- León, M. (1995). La familia nuclear: origen de las identidades hegemónicas femenina y masculina. En *Género e identidad. Ensayos sobre lo femenino y lo masculino*. Bogotá: Ediciones Uniandes, Universidad Nacional Facultad de Ciencias Humanas, Tercer Mundo Editores.
- Lindón, A. (2000). Del campo de la vida cotidiana y su espacio-temporalidad (una presentación). En: *La vida cotidiana y su espacio-temporalidad*. Barcelona: Anthropos Editorial.
- Llanes, R. (2014). Antropología, cultura y poder. Algunas notas sobre la obra de Sherry Ortner. *Bricolage*, Issue 20, pp. 42-49.
- Luna, L. (1992). *Movimientos de mujeres. Estado y participación política en América Latina. una propuesta de análisis histórico*. Universidad de Barcelona.
- Molina, A. (2015). "De sentires y pesares". Relaciones, prácticas y significados de ser pareja, amar y reproducirse en el contexto de la producción agrícola de café en el Municipio de Santuario, Risaralda. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas, Maestría en Estudios Culturales.
- Moncayo, H. (2008). La transformación indeseada. En: J. Suárez (Ed.), *La cuestión agraria hoy. Colombia: tierra sin campesinos*. Bogotá: Publicaciones ILSA.
- Morales Tejeda, A. (2009). El universo material de la vida doméstica de la élite de Santiago de Cuba entre 1830 y 1868. En *Historia Crítica*, núm. 38, mayo-agosto, 2009, pp. 96-121.
- Muñoz, C. (2016). *¿Mujer: madre? Razones de un grupo de mujeres para no tener hijos o hijas*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

- Murillo, I. (2012). En defensa de mi hogar y mi pan: estrategias femeninas de resistencia civil y cotidiana en la Zaragoza de posguerra, 1936-1945. España: Prensas de la Universidad de Zaragoza.
- Ospina, R. (1998). Para empoderar a las mujeres rurales. Bogotá: IICA en coedición con TM Editores.
- Pachón, X. (2007). La familia en Colombia a lo largo del siglo XX. En: Puyana y Ramírez (eds.), Familias: cambios y estrategias. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas.
- Padilla, S. (2008). "La vivienda campesina inDigna". Análisis crítico de la vivienda rural y perfil habitacional de la vereda El Edén, Municipio de Granada-Antioquia. Medellín: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Arquitectura.
- Pérez, J. (2010). Luchas campesinas y reforma agraria. Memorias de un dirigente de la ANUC en la Costa Caribe. Bogotá: Puntoaparte Editores.
- Puyana Y. (1998) Ni sólo campesinas, ni sólo ciudadinas. Revista En otras palabras... "Mujeres y espacios urbanos" (5). pp. 50-61.
- Puyana, Y. (2003). Padres y madres en cinco ciudades colombianas. Cambios y permanencias. Bogotá: Universidad Autónoma de Bucaramanga, Universidad del Valle, Universidad de Cartagena, Universidad de Antioquia y Universidad Nacional de Colombia.
- Quintero, J. (2018). "Entre ricos toca vivir como ricos": cultura material y autoconstrucción de la casa rural en Anapoima. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Maestría en Estudios Culturales.
- Raich, S. y M. Vommaro. 2017. Análisis sobre Antropología y Teoría Social. Cultura, Poder y Agencia, de Sherry Ortner. La Zaranda de Ideas. Revista de Jóvenes Investigadores en Arqueología 15 (2): 172-177.
- Ramírez, M. (2001). Entre el Estado y la Guerrilla: Identidad y ciudadanía en el movimiento de los campesinos cocaleros del Putumayo. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Reguillo, R. (2000). La clandestina centralidad de la vida cotidiana. En: La vida cotidiana y su espacio-temporalidad. Barcelona: Anthropos Editorial.
- Reyes, C. & González, L. M. (1996). La vida doméstica en las ciudades republicanas. En B. Castro Carvajal (Ed.), Historia de la vida cotidiana en Colombia (pp.205-240). Bogotá, D.C.: Grupo Editorial Norma.

- Ríos Durán, M. A. (2007). La casa santafereña, 1800-1830: en el camino hacia la intimidad, el confort y la domesticidad: Anuario Colombiano de Historia social y de la cultura, 34, 43-84.
- Ríos, M. (2020). Modernizándonos en casa. productos modernos para el hogar y tecnificación del trabajo doméstico en Bogotá, 1940-1959. Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura 47.1 (2020): 169-199.
- Rodríguez, P. (2012). Prólogo. En: Aida Martínez, Mesa y cocina en el siglo XIX. Bogotá: Ministerio de Cultura.
- Riveros, M. (2010). Género y lugar. Estudio de caso en la Vereda Santa Lucía, Municipio de Cabrera, Región del Sumapaz. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Escuela de Estudios de Género.
- Rybczynski, W. (2001). La casa. Historia de una idea. España: Editorial Nerea.
- Salazar, O. (2004). Historias de la vida de la vivienda. Formas de vida urbanas y significados del espacio doméstico en Bogotá. Universidad de los Andes: Facultad Ciencias Sociales-Departamento de Antropología.
- Salvo, I. (2017). Narrativas de mujeres que adoptan monoparentalmente en Chile: dispositivos de intervención y prácticas de resistencia. Rev.estud.soc., Ene 2018, no.63, p.29-41.
- Segato, R. (2013). Género y colonialidad: del patriarcado comunitario de baja intensidad al patriarcado colonial moderno de alta intensidad. En: La crítica de la colonialidad en ocho ensayos. Y una antropología por demanda. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Simmel, G. (2014). IX. El espacio y la sociedad. En Sociología: estudios sobre las formas de socialización. México: Fondo de Cultura Económica.
- Scott, J. (2011). Los dominados y el arte de la resistencia. México: Ediciones Era.
- Talotti, A. (2014). "Primero vivir, después filosofar". En academia.edu.co. Recuperado de:
https://www.academia.edu/7586826/Virginia_Woolf_y_Una_Habitacion_Propia
- Toledo, M., & Aguilar, M. (2018). Xocoyote. Parentesco, género y cuidado no remunerado en el Altiplano Central Mexicano. En: Género y cuidado. Teorías, escenarios y políticas. Bogotá: Universidad Nacional, Universidad Javeriana, Universidad de los Andes.

- Valle, D. (2011). *Violencia doméstica y resistencia: una mirada crítica*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Villarreal, N. (2004). *Sectores campesinos: mujeres rurales y Estado en Colombia*. Universidad Autónoma de Barcelona: Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, Programa de estudios de doctorado en sociología.
- Wilson, G. (1996). "Yo soy los ojos y ella los brazos: cambios en los roles de género en la vejez avanzada". En: Arber & Ginn (Ed.), *Relación entre género y envejecimiento. Enfoque sociológico*. Madrid: Narcea Ediciones.
- Woolf, V. (2008). *Una habitación propia*. España: Editorial Seix Barral.
- Yie, M. (2015). *Del patrón-Estado al Estado-patrón. La agencia campesina en las narrativas de la reforma agraria en Nariño*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia-Universidad Javeriana.
- Zuluaga, G., & Arango, C. (2013). *Mujeres campesinas: resistencia, organización y agroecología en medio del conflicto armado*. Cuadernos de Desarrollo Rural, 10 (72), págs. 159-180.